

DOV BER BOROJOV

"NUESTRA PLATAFORMA"
BASES DEL SIONISMO PROLETARIO



EDITORIAL "PUEBLO JUDIO "

Traducción de
ARIE BEN AMI (KIBUTZ GAASH)
Bajo la supervisión de la
HANHAGÁ HAEIONÁ DEL HASCHOMER HATZAIR



QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE PRESCRIBE LA LEY 11.723
COPYRIGHT BY EDITORIAL "PUEBLO JUDIO" — BUENOS AIRES

Palabras preliminares

Con este primer libro que la Editorial "Pueblo Judío" entrega al lector, comienza a realizar ésta su propósito de editar una serie de obras sobre los orígenes y los problemas del movimiento sionista socialista, y sobre cuestiones de interés judío en general.

"Nuestra Plataforma", de B. Borojov, que apareció en 1905, es una de las principales obras teóricas del sionismo proletario; la que fundamentó científicamente la ideología del movimiento obrero judío y le dió las armas indispensables para emprender su liberación nacional y social.

Aunque publicado hace aproximadamente medio siglo, sus premisas teóricas siguen siendo válidas para el movimiento revolucionario judío y han servido para la elaboración de la plataforma ideológica del Kibutz Haartzi del Haschomer Hatzair, el más consecuente heredero y portaestandarte de la ideología y práctica revolucionarias dentro del movimiento judío de liberación nacional y social, y hoy columna vital del Partido Obrero Unificado (Mapam) de Israel.

Editorial "PUEBLO JUDIO"

DOV BER BORJOV

(Nota biográfica)

Dov Ber Borojov nació en Zalatanoscha, no lejos de Poltava, en la Rusia Zarista, el 21 de junio de 1881. A pesar de que su padre era maestro de hebreo, en su infancia no recibió una educación judaica, y por ello, no sólo en los años de estudio en el Gimnasio, sino también después de la terminación del curso, cuando se afilió en Yekaterinoslav a los círculos socialistas, no dedicó su tiempo al problema judío. Pero en su trabajo de propagandista socialista, y cada vez con mayor intensidad, buscó la armonía entre el problema judío y el socialismo. Y en medio del trabajo de agitación, se forjó su concepción del mundo sionista socialista.

Hacia ya ocho años que existía la Organización Sionista Mundial, pero Borojov encontró el camino hacia ella sólo en 1905, cuando contaba 24 años. En ese año, lo encontramos entre los delegados al Sexto Congreso de la Organización Sionista. La fracción de los sionistas obreros estaba lejos aún de la cristalización ideológica. Diversas corrientes vivían en ella. Borojov se convirtió en el ideólogo del poalesionismo y comenzó a escribir "Nuestra Plataforma", después de haber publicado con anterioridad tres trabajos, uno sobre "El carácter de la razón judía" (a los 21 años), el segundo sobre "El problema de Sion y el territorio" y el tercero sobre "La lucha de clases y la cuestión nacional".

Publicó todos estos trabajos en ruso. En junio de 1906 fué encarcelado por la policía y libertado al corto tiempo, pa-

sando a Minsk. Con diferentes seudónimos comenzó a publicar diversos artículos sionistas socialistas, pero desde ese momento, en idisch. Con el fortalecimiento de la reacción en Rusia, se vió obligado a abandonar Minsk, pasando por un corto período a Cracovia, y más tarde a Viena. Desarrolló una intensa actividad organizacional y teórica en la Organización Mundial de los Poalei Sion. Pero en medio de este trabajo, su despierta inteligencia lo llevó a nuevos campos, y especialmente a la investigación de la lengua idisch y de la historia de la literatura judía. También a esos temas consagró su pluma prosiguiendo sus constantes investigaciones.

Cuando comenzó la primera guerra mundial, Borojov pasó a los Estados Unidos, país en donde el cosmopolitismo había engullido a todas las capas judías sin excepción. Borojov realizó aquí una enorme tarea. Adquirió nuevas experiencias, que empleó en sus tareas posteriores. Combatió contra las teorías antisionistas, contra la asimilación, por la organización del judaísmo americano, por el papel de ese judaísmo, no sólo en el frente económico, sino también en el cultural, frente a los sufrimientos soportados por el judaísmo europeo.

En los comienzos de la primera guerra mundial, el socialismo mundial fué puesto ante una seria prueba: estar a favor o en contra de la guerra. Borojov, estando en América, luchó contra la exagerada confianza en los aliados y sus pretendidas intenciones idealistas en su relación hacia Israel. Igualmente luchó contra el socialpatriotismo, y a través de esta lucha demostró la concepción revolucionaria frente a la crisis mundial.

Cuando le llegó la noticia de la revolución rusa de 1917, resolvió abandonar Estados Unidos y volver a Rusia, en donde se encontraba su campo de actividad más natural entre las masas judías. En el camino quedó algún tiempo en Estocolmo, en donde se ocupó en la redacción del me-

morandum sobre las exigencias del proletariado judío con respecto a la paz. En agosto de 1917 llegó a Rusia, y participó en forma intensa en la organización de la vida judía democrática, fruto de la revolución.

En medio de este trabajo productivo, en un período de transformaciones revolucionarias en el judaísmo europeo, a la edad de 36 años, el 17 de diciembre de 1917, murió Borojov en Kiev, Ucrania.

“NUESTRA PLATAFORMA”

BASES DEL SIONISMO PROLETARIO

INTRODUCCION

“Nuestra Plataforma” fué escrita en forma fragmentaria, en su mayor parte en la cárcel y en la peregrinación. Vió la luz en pleno fragor de revolución y de contrarrevolución, siendo publicada en los periódicos “poaleisionistas”: “Ievreiskaia Rabochaia Kronika” (Poltava), “Molot” (Simferopol), en el año 1906, y en el “Forverts” (Vilna) ⁽¹⁾ en el año 1907. Este libro estaba destinado a servir de programa para el partido “Poalei Sion” de Rusia. Por esta razón, aun cuando todo el libro fué escrito por Borojov, nótanse en el mismo las huellas del debate interno y del desarrollo ideológico del partido en aquellos años. El libro está dedicado, en su mayor parte, a la polémica con los adversarios del sionismo proletario de afuera (Bund), y con los falseadores y los liquidadores de adentro (S. S., seimistas). Si bien ya ha pasado la hora de los partidos con los cuales polemizó Borojov, la mayoría de sus hipótesis son actuales aún. En la crítica de la realidad imperante se revela la fuerza del creador del sionismo socialista para descubrir, tras la frase revolucionaria de sus contrincantes, la semilla verdadera, las raíces clasistas de sus concepciones.

Nosotros no adoptamos frente a Borojov una posición dogmática ni consagramos cada frase que salió

de su pluma. Una actitud semejante no concuerda con el espíritu del marxismo. Como veremos más adelante, Borojov corrigió con el correr del tiempo distintos detalles de su teoría, a la luz de la experiencia del movimiento obrero en Eretz Israel. Algunos intérpretes de Borojov falsearon partes importantes de su teoría, desentendiéndose por completo de aquellas otras que no coincidían con sus conceptos. En ese sentido, el destino de Borojov no fué distinto al destino de los creadores del socialismo científico. Es preciso colocar la ciencia de Borojov sobre bases verdaderas, tal como él la fundamentó en los breves años de su existencia, a fin de continuar desarrollándola y complementándola conforme a la realidad de nuestros días.

Tres partes integran la teoría de Borojov: 1) Fundamentación del problema nacional, reducción de la lucha de liberación social y nacional a un común denominador —que constituye una contribución importante al tesoro del pensamiento revolucionario del movimiento obrero internacional; 2) Análisis del problema judío, la situación especial del proletariado judío y los procesos immanentes en la realidad judía que obran en el sentido de la concentración territorial en Eretz Israel; 3) Determinación del camino de la clase obrera en la realización del sionismo, a través de la lucha de clases que llevará a la obtención de la independencia territorial en el país, como primera etapa hacia la revolución social que será realizada por la dictadura del proletariado y en la cual encontrará su solución integral el problema nacional judío.

Los sectores reformistas del movimiento obrero erez-israelita aceptaron de Borojov el análisis del problema judío en la diáspora, pero se desentendieron del camino clasista revolucionario en la realización del sionismo, que constituye una parte inseparable del con-

junto de su teoría. Nuestro movimiento ⁽²⁾ adoptó la teoría de Borojov, en sus lineamientos generales, como base de su concepción sionista-socialista. Ella sirvió también de base para la unificación del Mapam en torno a la bandera del sionismo jalutziano y del socialismo revolucionario.

EL PUEBLO JUDIO EN LA DIASPORA EXPLOTACION Y DESPOJO

El primer capítulo de "Nuestra Plataforma" está dedicado al análisis de los rasgos fundamentales del problema nacional judío, en base a las conclusiones extraídas por Borojov, en su libro anterior "La lucha de clases y la cuestión nacional". En este opúsculo define Borojov al pueblo como sociedad que se desarrolló en condiciones de producción relativamente iguales y separadas, y al problema nacional como producto de las contradicciones entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las condiciones de producción de un grupo social dado. La raíz de la anomalía judía radica en el hecho de que el pueblo judío carece de la condición de producción básica: el territorio. En lugar de este elemento positivo en la vida de los pueblos autónomos, actúa en la vida del pueblo judío la base negativa del aislamiento: su imposibilidad de adaptarse al ambiente natural y social que lo circunda debido a la acción de fuerzas externas. De no haber sido por este factor negativo externo, los judíos hubieran asimilado a los pueblos periféricos en el curso de su largo destierro. La concepción idealista en boga trata de explicar la supervivencia del pueblo judío en la diáspora, a través de la actuación de fuerzas espirituales internas. Borojov no desestima la influencia

Con
son
a
men
ro
dad

del factor espiritual-cultural, sosteniendo como Engels que "las condiciones históricas internas, creadas en el proceso de la producción, actúan en forma independiente", pero como marxista no ve en ellas al factor primordial en el desarrollo de un grupo nacional determinado.

Borojov presenta el esquema de la historia judía en la diáspora como el resultado de la acción recíproca de dos factores contradictorios: el factor asimilador y el factor aislador. Al carecer de una economía nacional propia, la nación extraterritorial disfruta de un relativo bienestar material mientras es explotada nacionalmente, "mientras los judíos desempeñan en la sociedad una función aún no ocupada que estimula el desarrollo de las fuerzas productivas de la misma". Pero también en el periodo de bienestar relativo, les será vedado el acceso a los lugares y a las funciones ocupadas ya por la población nativa, "a los estadios primeros del proceso de la producción". "El grupo extraterritorial sólo encuentra lugar en los procesos del intercambio de mercancías y en los estadios finales del proceso productivo." Borojov desarrolla la teoría de los estadios de producción y de la concentración de los judíos en los estadios finales de la misma, en su detallado estudio sobre "El desarrollo económico del pueblo judío". En el mismo encontramos un cuadro de la distribución de los judíos entre los distintos estadios de la producción en la Rusia zarista:

Producción agrícola	0,6 %
Producción industrial básica (minas, canteras, economía forestal) ...	1,8 %
Estadios intermedios secundarios (metalurgia, tejeduría, construcción)	19,7 %

Estadios intermedios terciarios (ma- deras, cueros, papel, etc.)	31,3 %
Estadios de producción finales (con- fecciones, imprenta, relojería, pa- nadería, etc.)	45 %

La explotación nacional de los judíos por parte de los pueblos territoriales —o sea, por sus clases gobernantes— constituye no solamente la base del bienestar económico de los judíos, sino también un factor que estimula su asimilación. Pero como un correctivo drástico y obligado a la explotación nacional, aparece bien pronto la competencia nacional por parte del pueblo mayoritario, o más propiamente, por parte de las clases que se desarrollan paralelamente a las judías y que aspiran a desalojar a éstas últimas de sus posiciones económicas. En esta competencia, el pueblo territorial se esfuerza por “negar al competidor la posibilidad de utilizar los recursos materiales que se encuentran en poder de la nación territorial, sin los cuales el grupo extraterritorial no puede subsistir”. En la competencia nacional este último se halla siempre en condición de inferioridad, estando expuesto al aislamiento completo y absoluto.

¿Rige este esquema histórico en todas las diásporas y es válido para todos los períodos de la historia judía? Borojov hace algunas observaciones muy importantes sobre la historia del pueblo judío en Europa: “En la Edad Media, a pesar de hallarse alejados de los procesos de producción principales, desempeñaron los judíos funciones importantes que estimularon el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad circundante”; “En aquella época todo el mundo civilizado era su mercado nacional”; “El desarrollo del capital mercantil da lugar al desalojo y a la expulsión de los

*Actual
Zoni
ejemplar
fran*

judíos... En esta forma, pasando de la esfera de la competencia nacional a la de la explotación nacional, los judíos fueron desplazándose gradualmente del occidente al oriente europeo". Estas observaciones arrojan luz sobre los acontecimientos más importantes en la historia judía. Las expulsiones de los judíos en la Edad Media se iniciaron en los países más desarrollados económicamente: Gran Bretaña (en el año 1290), Francia (en 1394), España (en 1492), y en los países alemanes (en períodos diferentes). El primer "ghetto" fué introducido en Venecia, la vanguardia del comercio europeo con los países orientales. En los últimos años fué publicado cuantioso material histórico que revela la potencia de la asimilación en el período de oro del judaísmo ibérico, y el "retorno" a las fuentes judías con el agravamiento de la situación. Las "Ligas de las ciudades", los comerciantes y el populacho urbano fueron los enemigos más acérrimos de los judíos durante la Edad Media. El fanatismo religioso disimuló con dificultad, bajo las alas del sacerdocio, la presión de los intereses económicos y el deseo de desalojar a los judíos y conquistar sus posiciones. Los judíos de Alemania se desplazan lentamente hacia Polonia, y los judíos expulsados de España se dirigen en masa hacia Turquía, es decir, hacia países que se encuentran en un nivel de desarrollo primitivo. En ambos, los judíos vuelven a tornarse "útiles", desempeñando nuevamente funciones económicas importantes (comercio exterior, acuñación de monedas, industria armamentista, etc.). El período que coincide con el desarrollo de las ciudades y de la manufactura fué el período más oscuro en la vida del pueblo judío, el que estimuló el desarrollo y la difusión de teorías y creencias místicas y de movimientos mesiánicos que basaban la redención en la ayuda de fuerzas sobrenaturales.

¿Concuerda este cuadro con la situación de los judíos en los países orientales? El alejamiento de éstos de la tierra, su conversión en un pueblo extraterritorial, no fué un acontecimiento singular, sino un proceso que se prolongó durante muchas centurias. La decadencia del centro territorial en Eretz Israel estuvo acompañada por la expulsión de los judíos también de los países vecinos. Los conquistadores árabes musulmanes completaron su desalojo del suelo. En épocas posteriores, las persecuciones antijudías hiciéronse extensivas a los países musulmanes más avanzados. En España, los judíos fueron expulsados de los ricos Estados musulmanes, viéndose obligados a buscar refugio en las zonas septentrionales del país, dominadas por los cristianos, que en aquella época encontrábanse en un nivel de desarrollo primitivo. Aún no ha sido investigado suficientemente el desarrollo económico de los judíos en los países islámicos. En estos países el feudalismo revistió un carácter diferente al de Europa, y las clases urbanas no alcanzaron el poderío y la importancia que disfrutaron en las regiones más avanzadas del continente. No obstante ello, es indudable que también aquí el "factor aislador" desempeñó un papel económico y cultural importante. He aquí un cuadro comparativo de la estructura profesional y social de los judíos en los países árabes y musulmanes, antes de la gran catástrofe:

	Europa Oriental (1930)	Africa Septen- trional	Rusia Zarista (1897)
Industria y manufactura	36,4 %	36,2 %	36,3 %
Comercio y crédito	38,6 %	40,0 %	31,0 %
Profesiones libres	6,1 %	6,6 %	4,7 %
Agricultura	4,2 %	1,5 %	3,9 %

Comunicaciones	3,0 %	2,3 %	3,0 %
Sin profesiones, servicios, asalariados, etc. ...	14,7 %	10,3 %	18,6 %

Las diferencias que se observan en la estructura profesional y social entre los judíos de la Europa oriental y del Africa septentrional son reducidas, y debidas, en parte, a las distintas épocas en las que se realizaron los censos y a los distintos métodos de estadística empleados. La economía judía evolucionó y se entrelazó con regímenes diversos. Con el tránsito del feudalismo al capitalismo, y con la evolución de éste a etapas superiores, tienen lugar en ella cambios importantes. Pero el congestionamiento de los judíos en los estadios finales del proceso de la producción sigue siendo característico a todas las diásporas judías, empezando por el Yemen atrasado y feudal y terminando por los Estados Unidos de América, que han alcanzado la cima del desarrollo capitalista.

LOS JUDIOS EN LA EPOCA DEL CAPITALISMO

En el capítulo IV de "Nuestra Plataforma" analiza Borojov el desarrollo del pueblo judío en el periodo capitalista. "Solamente durante el primer período del naciente capitalismo industrial, dominó fuertemente en la vida judía el factor asimilador. La revolución industrial derribó las murallas del "ghetto", arrojando a los judíos al ancho campo de la libre competencia. La época del choque decisivo entre el capitalismo y el feudalismo fué también el período de oro de la asimilación judía." En estas líneas es dada la explicación marxista de los movimientos sociales y literarios aparecidos en el pueblo judío con la iniciación del capi-

(*talismo industrial y de su influencia sobre la vida económica y cultural de los judíos. Este periodo es conocido en la historia judía como el "período del Iluminismo" (Haskalá). La competencia despiadada por la conquista del mercado de consumo local en la época del feudalismo, cedió su lugar a la colaboración en el desarrollo del mercado territorial y en la financiación de la industria en crecimiento. Ante la burguesía judía ascendiente se abrieron, momentáneamente, vastos horizontes.*

Los voceros del "iluminismo" no predicaron, en su mayoría, la asimilación, sino la adaptación de los judíos al ambiente y a las nuevas condiciones, la ruptura de la muralla espiritual que mediaba entre ellos y la vida y cultura europeas, pero es indudable que la tendencia objetiva de aquella época estaba orientada hacia la asimilación completa. La fe en el progreso ininterrumpido de la humanidad con la desaparición del feudalismo, en la normalización de la vida judía con la igualdad civil, constituía la fe de la generación. La lucha por la emancipación judía se entrelaza con la lucha general contra el absolutismo y la supervivencias del régimen feudal. Los ideales del "iluminismo", las reformas religiosas, basan en la concepción del mundo de la burguesía progresista de aquella época. Ellos están destinados a facilitar la adaptación de la burguesía judía y de la "intelligenza" vinculada a ella, a las condiciones del nuevo régimen, al idioma y a la cultura imperantes, aliviándoles la lucha por sus posiciones económicas y por sus derechos. En el período del "iluminismo" ya maduraron tendencias nuevas que dieron expresión a las aspiraciones contenidas de capas populares más amplias; hicieron su aparición los primeros brotes del pensamiento nacional y socialista judío. Pero este hecho sólo confirma la ley dia-

léctica según la cual cada época engendra y desarrolla en su seno a sus enterradores y sus sucesores.

El fin del período del "iluminismo" judío finca en el desarrollo del factor que lo engendró, en el pase obligado del capitalismo de la etapa de la libre competencia a la etapa del imperialismo monopolista, del liberalismo a la reacción. En el escenario hizo su aparición un correctivo implacable a la libre competencia individual: la competencia nacional, y el factor asimilador tuvo que ceder su lugar al factor aislador."

El período del "iluminismo" en Israel coincide con el período de la ascensión del capitalismo, en el cual la dinámica de la historia impulsa al judío desde adentro hacia afuera, hacia el amplio campo de la libre competencia. En el período de la decadencia del capitalismo "todas las fuerzas reales de la dinámica judía impulsan hacia una dirección completamente opuesta. La competencia creciente, que alcanza al judío en todas partes, no lo asimila, sino que lo nacionaliza".

La década del ochenta del siglo pasado, que fué testigo del nacimiento del movimiento renacentista nacional, de la aparición del sionismo, de los grandes cambios operados en la literatura hebrea y judía, transcurre bajo el signo de la crisis del capitalismo, que estimula la expansión y la competencia del imperialismo. En el momento en que la burguesía no judía abandona su tradición revolucionaria liberal aliándose con la reacción feudal y sus instituciones históricas (monarquía, iglesia, etc.), la burguesía judía es dejada de lado, convirtiéndose en un elemento extranjero, competidor y difícilmente soportado. La burguesía media vese obligada, cada vez más, a apoyarse en la solidaridad judía, estrechando sus vínculos con todo el pueblo. El desarrollo histórico objetivo "hace cristalizar en una unidad aislada a todas las diásporas del

pueblo judío en el mundo, unifica a la nación judía, y otorga al problema judío contornos internacionales”.

Mediante la fundamentación marxista dialéctica, libera Borojov a la historiografía judía tanto de los elementos irracionales que imperaron en ella durante largo tiempo, como de las interpretaciones superficiales y aparentemente marxistas que se desentendieron por completo del problema judío o de la existencia de un pueblo judío en general. La profundidad de la concepción marxista de Borojov le permitió no sólo explicar el pasado, sino también fijar la prognosis acertada del futuro del pueblo judío. El periodo transcurrido desde la formulación de la prognosis borojovista sólo ha confirmado la veracidad de la misma, desvirtuando las concepciones superficiales e infundadas de sus adversarios del campo antisionista y territorialista.

LAS MIGRACIONES JUDIAS

En “Nuestra Plataforma” se ocupa Borojov del problema de la emigración judía y de los nuevos centros judíos formados en pos de ella, tema al que dedicara también un folleto especial titulado “El problema de la emigración y el Congreso Emigratorio Judío”. La emigración fué el “conducto de acción principal” por el que fluyeron todos los cambios operados en el pueblo judío durante la década del ochenta. Con el despertar nacional y la aparición del movimiento de “Jibat Sión”, inicióse también la inmigración judía a los Estados Unidos de América. En la época en que fué escrita “Nuestra Plataforma” esta inmigración había alcanzado el récord de 160.000 judíos al año, en tanto que la aliá a Palestina afluía en canti-

dades insignificantes. Al frente de la emigración se encontraban las capas pauperizadas de la "zona de residencia", que atravesaron en el Nuevo Mundo por un proceso acelerado de proletarización, especialmente en las ocupaciones "judías": todo lo relacionado a la industria de la confección. El movimiento obrero judío en América antecedió al de Europa. Muchos vieron en la emigración una solución básica al problema judío. Borojov señala con claridad las tendencias de la emigración judía para que podamos "dibujar un cuadro concreto de lo latente en la dinámica judía y que está destinado a revelarse en el curso de su desarrollo". Explica la ley de la concentración de la inmigración en forma inmanente, destinada a facilitar la adaptación a las nuevas condiciones. Esta concentración de la inmigración judía en las grandes ciudades y metrópolis, fortalece la competencia nacional e impide la penetración de los judíos en las "formas superiores de la producción", en las ramas básicas de la economía. "Ellos se condenan a seguir aferrados a los estadios finales del proceso productivo: la manufactura y la elaboración de bienes de consumo."

Borojov no se desentiende del papel positivo de la inmigración judía a los países capitalistas más avanzados que "posibilita a sectores importantes de la población judía la ascensión a una etapa superior, a la cima del perfeccionamiento en las profesiones judías, sin modificar en nada la naturaleza de sus ocupaciones". (El problema de la emigración y el Congreso Emigratorio Judío). El ve en la emigración sólo un paliativo y no una solución radical del problema del trabajo judío. "La base conquistada por los inmigrantes judíos en América no es estable", y los procesos de desalojo, comunes a las masas judías en Europa, tampoco les perdonará a ellos. "También ellos se verán

obligados a pensar en nuevos lugares de residencia.” (El problema de la emigración y el Congreso Emigratorio Judío). Esta hipótesis se halla basada en el análisis de la estructura social de la comunidad judía en América y de las tendencias de desarrollo del capitalismo. “En la medida en que aumenta el porcentaje del capital fijo sobre el capital móvil, disminuye proporcionalmente el trabajo judío.” Esta ley de desalojo rige asimismo en la industria de la confección en América. “Con el desarrollo de la cultura crece la actividad espiritual también entre otras naciones, pero nunca alcanza la proporción que alcanza entre los judíos.” (El desarrollo económico del pueblo judío). La competencia nacional que se agudiza en los períodos de crisis, se revelará también en los países inmigratorios, especialmente en las profesiones “espirituales” ocupadas por los judíos, acelerando el desalojo de éstos de sus ocupaciones tradicionales.

Las contradicciones internas de la emigración judía que obstaculizan la concentración de los judíos en un solo lugar, conducen a su dispersión en varios centros por todo el mundo. La inmigración judía se verá obligada a dirigirse de los países capitalistas más avanzados hacia los países de economía semiagrícola. Esta dispersión inmigratoria agudiza el problema judío y le confiere contornos internacionales. Borojov no se contenta con la conclusión sobre la “necesidad de orientar a la emigración judía, en forma constante y sistemática, hacia un solo país, hacia un territorio especial”. Sobre esta necesidad hablóse también antes de él. Borojov subraya que el sionismo quedará como utopía y no se convertirá de necesidad en imperativo histórico, si no se crearán las fuerzas capaces de transformar a estas necesidades en un instinto social poderoso que bregará por concretarse en la realidad. Estas fuerzas

serán creadas por la misma dinámica judía. El no confía en la posibilidad de dirigir la corriente emigratoria en forma artificial hacia un país cualquiera, tal como creían los territorialistas. "Para que se produzca un viraje en el movimiento migratorio judío no basta con que él resulte beneficioso para los judíos. Para ello es preciso que la antigua inmigración se torne cada vez más difícil e imposible." Sólo con la clausura de los países inmigratorios a los emigrantes judíos éstos volverán sus ojos hacia Palestina. Hasta entonces, Palestina no podrá competir con América. En Eretz Israel debe hacerse un "trabajo de preparación orgánico" a fin de poder recibir la gran alíá inmanente, en el momento en que ella se produzca.

Veamos en qué forma se cumplió la prognosis de Borojov sobre las "tendencias de desarrollo latentes en la dinámica judía" y especialmente en la inmigración judía. En cuanto a la concentración de los judíos en las grandes ciudades, es característica la siguiente estadística:

EE. UU. de América .	47 % en Nueva York
Argentina	51 % en Buenos Aires
Gran Bretaña	63 % en Londres
Brasil	90 % en R. Janeiro y S. Pablo
Africa del Sur	42 % en Johannesburg

Contrariamente a las tendencias de la migración judía hacia los países más atrasados en el período pre-capitalista, la corriente emigratoria dirigióse hacia los países más avanzados en el período capitalista. Entre los años 1880-1930, los judíos inmigraron a los siguientes países:

EE. UU. de América	2.885.000 judíos
Gran Bretaña	210.000 "

<i>Argentina</i>	180.000	„
<i>Canadá</i>	125.000	„
<i>Eretz Israel</i>	120.000	„
<i>Alemania</i>	100.000	„
<i>Francia</i>	100.000	„
<i>Africa del Sur</i>	60.000	„
<i>Bélgica</i>	50.000	„
<i>Egipto</i>	35.000	„
<i>Brasil</i>	30.000	„
<i>Demás países americanos</i> ..	30.000	„

El 68,2 % de los inmigrantes judíos a los Estados Unidos hasta el estallido de la primera guerra mundial se registraron como "obreros calificados"; de ellos 60 % en la industria de la confección, que representa el 72 % del total de los inmigrantes ocupados en esta rama. Antes de la primera guerra mundial, el porcentaje de los judíos en los grandes sindicatos de la costura y de la confección alcanza a los dos tercios, en tanto que en vísperas de la segunda guerra mundial el mismo sólo alcanza a un tercio. Los procesos de desproletarización, desalojo de los judíos de sus ocupaciones tradicionales, etcétera, progresaron a pasos acelerados. El abandono de los judíos de la rama de la confección no se ha debido al deseo de una vida fácil sino al empeoramiento de las condiciones de trabajo como resultado de la penetración de obreros baratos de la aldea pauperizada y de inmigrantes de otros pueblos, facilitada por la standardización y mecanización del trabajo que permitió reemplazar al obrero judío calificado por una mano de obra no calificada y más barata. Las brillantes conquistas del obrero judío en los Estados Unidos, fruto de una lucha sindical prolongada y de una intensa labor constructiva, revélanse efímeras. Tampoco la segunda generación logra ingresar a las ramas bá-

sicas de la producción, y se concentra en las ocupaciones específicamente judías. De acuerdo a una estadística realizada por el señor Herman Frank sobre la segunda generación judeo-americana (EE. UU.), el porcentaje de los judíos en las distintas ocupaciones era el siguiente:

Empleados de comercio	59,8 %
Oficinistas	42,7 %
Trabajo de confección	43,0 %
Capataces de trabajo	7,7 %
Campesinos	0,6 %
Metalúrgicos	0,6 %
Ferrovianos	0,3 %
Mineros	0,3 %

Al término de la segunda guerra mundial, la estructura ocupacional del judaísmo norteamericano era la siguiente (según Iaacov Leschinsky):

Comercio y crédito	52 %
Industria y manufactura	28 %
Profesiones libres	10 %
Servicio doméstico	6 %
Transportes y comunicación	2 %
Agricultura	2 %

En los centros inmigratorios más jóvenes, el movimiento obrero judío nunca alcanzó el desarrollo que logró en los Estados Unidos de América. En la Argentina, escenario del gran experimento colonizador de la J. C. A., la estructura ocupacional de la comunidad judía era la siguiente:

Comercio y crédito	58,7 %
Industria	3,7 %
Manufactura	23,6 %
Agricultura	9,8 %
Profesiones libres	4,8 %

En Africa del Sur la estructura ocupacional de los judíos es aún menos productiva:

<i>Comercio y crédito</i>	67 %
<i>Industria y manufactura</i>	16 %
<i>Servicios</i>	5 %
<i>Agricultura</i>	4 %
<i>Profesiones libres</i>	3 %

Esta estructura profesional de las comunidades judías de allende los mares es más anormal y está más expuesta a las lesiones que la de las comunidades judías de la Europa oriental antes de la gran catástrofe. Por su parte la estructura ocupacional de los judíos de ciudadanía francesa era la siguiente:

<i>Industria y manufactura</i>	46 %
<i>Comercio</i>	32 %
<i>Profesiones libres</i>	21 %

El renglón de "Industria y manufactura" se subdividía a su vez en las siguientes ramas:

<i>Industria de la confección</i>	49,0 %
<i>Carpintería y construcción</i>	10,6 %
<i>Relojería</i>	9,6 %
<i>Industria de cueros</i>	6,2 %
<i>Imprenta</i>	4,6 %
<i>Textil</i>	1,0 %

La estructura profesional de los obreros judíos en Francia antes de la segunda guerra mundial es de naturaleza típicamente "galútica": el obrero judío no está representado en la industria pesada, en las minas, y tampoco en la agricultura.

La clausura de los países inmigratorios al emigrante judío se convirtió en una realidad al término de la primera guerra mundial. La lucha por la restricción de la inmigración a los Estados Unidos de

América fué dirigida, durante mucho tiempo, por las organizaciones obreras. En el año 1914, la Conferencia Ordinaria de la A.F.L. ⁽³⁾ se pronunció en favor de la restricción de la inmigración, sin que los sindicatos "judíos" se atrevieran a votar en contra. En la reunión de la Internacional Socialista celebrada en Stuttgart en el año 1907, el delegado norteamericano Hillckwith se pronuncia contra el ingreso a su país de inmigrantes de pueblos retrasados, bajo el pretexto de atentar contra el nivel de vida del obrero estadounidense. "La solidaridad internacional de los trabajadores no es más que una frase hueca" —proclama enfáticamente este delegado. También el representante socialista ante la Cámara de los Representantes de los Estados Unidos, señor Berger, se pronuncia en favor de la restricción de la inmigración. La famosa "cuota" aprobada por el Congreso americano en el año 1921 y ratificada en el año 1924, no sólo restringe la inmigración sino que está dirigida especialmente contra los inmigrantes de la Europa oriental y meridional, mediante la limitación de la cuota de inmigración anual al 2 % del total de los inmigrantes llegados de cada país a los Estados Unidos hasta el año 1890. Esta ley ha sido calificada justicieramente como una ley racista. En momentos en que la tragedia judía alcanzaba su cima, la inmigración de los judíos a los Estados Unidos registró su punto más bajo. En el año 1932, en vísperas de la ascensión de Hitler al poder en Alemania, ingresaron solamente 2.372 judíos, la cifra más baja desde el año 1880. En pos de los Estados Unidos fueron los demás países inmigratorios, que cerraron sus puertas a la inmigración judía. La Conferencia de Evíán, convocada poco antes del estallido de la segunda guerra mundial a fin de encontrar una solución al problema de los refugiados, se disolvió

sin mayores resultados. Parecía como si el mundo entero se confabulara para entregar al pueblo judío a manos de sus verdugos.

Impulsado por este desarrollo trágico de la realidad judía, el Sionismo se convirtió en un "instinto social poderoso que brega por realizarse en la práctica". Llegó la hora de la "Hapalá" (inmigración "ilegal"), y de la aliá inmanente. La aliá judía a Eretz Israel alcanzó entre los años 1930-39 al 60 % del total de la inmigración judía en el mundo, a pesar de las restricciones políticas y de los disturbios en el país. La prognosis de Borojov se cumplió en toda su amplitud, y su teoría se verificó en todo su realismo revolucionario.

JALUTZIUT: EXPRESION DEL ACTIVISMO SIONISTA

Muchos de los discípulos de Borojov —especialmente entre los "poaleisionistas" de izquierda— concibieron el borojovismo como una teoría que no obliga a una acción jalutziana. El "proceso inmanente" fué interpretado por ellos como un mecanismo social que opera por sí mismo, independientemente de la voluntad y de la conciencia humana. Esta concepción mecanicista, que contradice las bases del marxismo revolucionario, fué extraña al espíritu de Borojov. En "Nuestra Plataforma", como en sus demás escritos, lucha Borojov por el activismo sionista basado en el conocimiento de la realidad judía y de las fuerzas históricas objetivas latentes en ella, y contra el utopismo de la diplomacia sionista. La creación del partido "Poalei Sión" por Borojov, anunció en su época el advenimiento de la segunda aliá, que abrió un nuevo capítulo

en la historia de la obra sionista en el país. Borojov destacó el papel vanguardista de la clase obrera judía en la realización del sionismo. "Para evitar la descentralización de la concentración inmigratoria, son necesarias fuerzas unificadoras capaces de introducir el elemento de la planificación dentro de los procesos inmanentes de la dinámica judía... La introducción del elemento revolucionario dentro de los procesos inmanentes de la migración judía, depende de la participación de la clase social revolucionaria... El proletariado judío es quien introducirá... los elementos de la organización y de la regulación planificada, y quien creará las condiciones necesarias para una colonización judía en los países de economía semiagrícola". En esta forma, es descrito en pocas palabras el papel vanguardista de la clase obrera en Eretz Israel. La aclaración de la tarea colonizadora (preparación de las condiciones básicas para la colonización), encuentra su complementación en la puntualización del camino de la lucha de clases, como el único camino de realización del movimiento obrero. Resulta pues claro que Borojov no ve ninguna contradicción entre la tarea vanguardista colonizadora de la clase obrera y su lucha de clases. Muy por el contrario, él ve en la introducción de los elementos de organización y de planificación dentro de la inmigración inmanente al país, un rasgo específico de la clase obrera revolucionaria que es inseparable de su lucha de clases.

En su lucha contra el utopismo territorialista que constituía en aquella época el peligro principal dentro del sionismo-socialista, subraya Borojov la importancia de los factores objetivos en la realización del sionismo: el "proceso inmanente". Pero temiendo, con justicia, la falsificación de sus ideas por parte de quienes estarían dispuestos a abandonar la realización del sio-

nismo en manos de los "procesos inmanentes" sin mover un dedo en favor de ella, cierra Borojov su "Nuestra Plataforma" con una seria advertencia contra el fatalismo mecanicista: "El pecado del utopismo consiste siempre en su tendencia a ocupar el lugar del proceso inmanente: el utopismo anhela crear, mediante aspiraciones humanas conscientes, algo que no nace en las profundidades de la vida social. El fatalismo cree que es imposible la intervención de la voluntad consciente en los procesos inmanentes... Los fatalistas olvidan que la historia es hecha por seres humanos que persiguen objetivos conscientes". "Más arriba hemos rechazado el utopismo territorialista en sus formas de "búsqueda de un territorio", de diplomacia y de Seimismo... Hemos hecho descender al territorialismo del cielo a la tierra. Y preguntamos: ¿Qué papel pueden desempeñar nuestra voluntad y nuestro conocimiento en los procesos inmanentes de la dinámica judía?" A esta pregunta respondió el movimiento obrero jalutziano.

Así se adelantó Borojov a los futuros acontecimientos.

LAS CLASES EN LA REALIZACION DEL SIONISMO

La cohesión del pueblo judío debida al aislamiento y a la competencia nacional, no anuló el proceso de diferenciación clasista generado por el desarrollo del capitalismo. Borojov no ve al movimiento de liberación nacional —y tampoco al sionismo— como un solo movimiento supraclasista, sino que distingue en él los intereses de las distintas clases sociales. Contrariamente a N. Sirkin que sólo reconocía la existencia de dos clases únicas —la plutocracia acomodada de los "Nigui-

dim" (4), por un lado, y las masas oprimidas del pueblo, por el otro— subraya Borojov la presencia en el pueblo judío de las clases comunes a los demás pueblos, a excepción del campesinado y de los terratenientes, si bien esas clases llevan sobre sí el sello de la anomalía judía en la diáspora.

La gran burguesía judía hizo su aparición como factor influyente en la vida judía, todavía en el período del iluminismo. Desde entonces, no ha cambiado mucho su carácter ni su forma de reacción frente al problema nacional de su pueblo. La gran burguesía judía no puede apoyarse en el pueblo judío, en su lucha por el mercado mundial. Por esta razón, ella no es nacional y aspira a asimilarse y fundirse con la clase gobernante del pueblo mayoritario. Su ideología oficial es la asimilación nacional, que halla su expresión en la forma religiosa y que es presentada como un objetivo destinado a difundir por el mundo entero la moral de los Profetas y el monoteísmo puro de los judíos.

La gran burguesía judía no experimenta, por lo general, la presión del aislamiento económico, si bien también ella se halla limitada en determinadas esferas de la economía. Pero, la agudización creciente del problema judío, el incremento del antisemitismo que dirige los dardos de la demagogia social contra los grandes financistas judíos, no le permite asimilarse tranquilamente y acrecienta su interés en las cuestiones judías. La presión del problema judío obliga a los grandes burgueses judíos a estrechar sus vínculos con la comunidad democrática judía, especialmente, a través de las organizaciones filantrópicas. El "American Jewish Committee" participa en el Congreso Judío Mundial y en la Campaña Unificada, en tanto que la "Agudath Ajim" anglo-judía y los círculos de la "Alliance" están dispuestos a responder a los pedidos de ayuda popu-

No
puede
para
esto
ajetiva
económico

lares y aun a las necesidades de la absorción de la alia en Israel. Esta tendencia de acercamiento a las organizaciones populares por parte de la plutocracia judía ya fué señalada por Borojov en su opúsculo "El problema de la emigración y el Congreso Emigratorio Judío", donde se pronuncia en favor de la cooperación de estos círculos en condiciones de control público, a través de instancias elegidas. Pero la tendencia general de la gran burguesía judía continúa siendo la misma de siempre: librarse del problema judío a fin de poder asimilarse tranquilamente. Las cuantiosas sumas de dinero que invierte en obras filantrópicas no se deben, tampoco hoy en día, a un repentino despertar del "corazón judío", sino que dan expresión a los intereses prácticos de una clase vinculada involuntariamente a la anomalía judía. Su oposición al nacionalismo judío, su disposición a ligar al pueblo judío a los intereses imperialistas y a las influencias foráneas, su temor a la "doble fidelidad",⁽⁵⁾ etc., siguen siendo los rasgos básicos de la gran burguesía judía y de los sectores de la "intelligenza" a ella vinculada.

La burguesía judía media fué exterminada en Europa por la gran catástrofe, pero aún antes ya fué arruinada y desclasada como consecuencia de la política de boycott y de aislamiento económico vigente en muchos países de la Europa oriental. De sus filas se nutrió la clase obrera en Eretz Israel y la "intelligenza profesional" en la U.R.S.S.; pero mientras la burguesía media sigue conservando su posición de tal, tampoco modifica su fisonomía. La caracterización de esta clase hecha por Borojov es válida también en nuestra época. El "sionismo general" de los Estados Unidos —expresión política de esta clase— no está dispuesto, tampoco ahora, a "modificar radicalmente sus condiciones de existencia". Ella sufre el aislamiento económico y "el problema

judío continúa siendo causa de algunas molestias", pero con todo "se halla relativamente alejada del mismo". También es cierta la opinión de Borojov de que esta clase "no puede servir de base para ningún movimiento de liberación nacional": 1) por el carácter reaccionario de sus concepciones; 2) por su incapacidad para la construcción de obras de valor histórico. Y también en nuestros días "la política de esta clase tiene más visos de pasatiempo, que de una actividad social seria y responsable". No obstante ello, Borojov se pronuncia en favor de la explotación de la "energía nacional latente en la burguesía media". En su opúsculo "La lucha de clases y el problema nacional", señala Borojov que el "contacto entre las distintas capas y clases sociales en los procesos de la liberación nacional" se prolongará hasta la creación de las condiciones de producción y de la base estratégica normal del proletariado. Con la consecución de este objetivo "finalizará la función del nacionalismo realista, y en lugar de la anterior colaboración... vendrá la estructura clasista y la lucha de clases normal".

En la pequeña burguesía y en las masas proletarizantes en general, ve Borojov la materia principal de la realización sionista: 1) porque esta capa constituye la mayoría abrumadora del pueblo judío; 2) porque sobre ella recae todo el peso de la competencia nacional y de la presión económica. Borojov destaca el vínculo existente entre la clase obrera judía y la pequeña burguesía en proceso de pauperización, debido a que el proletariado judío "recién acaba de liberarse de la compacta masa de la pequeña burguesía". Pero esta última sólo constituye la "materia pasiva de los procesos inmanentes", en tanto que el nuevo elemento revolucionario de la organización y la planificación será introducido por la clase obrera, puesto que "la

gran burguesía judía y la burguesía media son demasiado reaccionarias y están muy poco interesadas en el problema judío como para encargarse voluntariamente de solucionarlo”.

De lo antedicho resalta claramente la concepción de Borojov sobre la tarea vanguardista de la clase obrera con respecto a las masas pequeñoburguesas en la realización del sionismo —concepción fundamentada y desarrollada más tarde en nuestro movimiento por Meir Iaari y otros.

En el capítulo dedicado al análisis de la pequeña burguesía judía, define Borojov a la pequeña burguesía y al “lumpenproletariado” en general, como “remanente del pasado que no han logrado adaptarse a las poderosas tendencias del presente... (como) productos desmoralizados del conflicto entre el feudalismo y el capitalismo”. Muchos fueron los investigadores marxistas que no apreciaron debidamente el papel que esta clase estaba destinada a desempeñar en la lucha decisiva entre la burguesía y el proletariado. Ellos menospreciaron su peligro. Distinta fué la opinión de Borojov: La “energía oscurantista del populacho internacional diligentemente cultivada por el régimen decadente, constituye una amenaza constante”. “En este populacho se apoyan los aventureros políticos de la ralea de Napoleón III (y nosotros agregaríamos: de Mussolini, Hitler, etc.), y todas las fuerzas oscurantistas de las formaciones sociales decadentes”. El vé los métodos especiales de estas capas en la solución del problema judío, métodos de matanzas y violencias, y destruye la falsa creencia según la cual las violencias antijudías sólo son posibles en los países atrasados y semifeudales y no en los países capitalistas más avan-

zados. "Este populacho... es igual en todas partes: en Bakú y en Londres, en Kishinev y en Nueva York, en Nueva Orleáns y en Berlín, en Tokio y en Melbourne, en San Francisco y en Viena."

LA CLASE OBRERA JUDIA

En los comienzos del movimiento sionista-socialista estaba difundida la teoría de la "no-proletarización", según la cual las masas judías no estaban en condiciones de pasar a las filas del proletariado en los países de la diáspora debido a la anomalía del Galuth. Borojov se opone enérgicamente a esta teoría que se desentiende por completo de la existencia del proletariado judío en la diáspora, cuyos partidos políticos y cuya lucha heroica han ocupado un lugar importante en la vida de su pueblo. Frente a esta teoría incompleta, que sólo expresa una verdad parcial —las dificultades en el tránsito de las masas judías en la diáspora al trabajo y a las filas del proletariado— desarrolló Borojov la teoría de la PROLETARIZACION ANORMAL. Esta teoría se basa sobre la división del proceso de la producción en diferentes estadios. En los estadios primeros, más próximos a la naturaleza, es posible una mayor concentración en las ramas de la industria a las que corresponde una gravitación económica y política más acentuada. Borojov señala que el pueblo judío —inclusive el proletariado judío— debido a la carencia de una base territorial propia, se concentra necesariamente en los estadios finales de la producción (elaboración de medios de consumo, comercio, actividad espiritual). La proletarización anormal, existente hoy en día en los países de la diáspora, determina la debilidad del proletariado judío, la es-

trechez de su base estratégica y de su lucha de clases. "El obrero judío se halla empleado casi exclusivamente en la producción de los bienes de consumo y no desempeña ninguna función importante en ninguno de los estadios superiores del proceso productivo, no conserva en sus manos ningún hilo fundamental de la economía del país en el cual vive y trabaja". Este hecho, señalado por Borojov, es actual todavía en nuestros días en los países capitalistas y aún en la Unión Soviética. Según los datos aportados por el señor Herman Frank sobre la ocupación de la segunda generación de judíos americanos, ésta no ha logrado introducirse en las ramas básicas de la producción. (Ver estadística de Herman Frank en la pág. 28).

En la Ucrania soviética, el porcentaje de los judíos entre los obreros en las distintas profesiones, era el siguiente (1926) :

Ferrovianos	0,3 %
Mineros	0,1 %
Agricultura	0,7 %
Metalurgia	7,0 %
Industria maderera	17,0 %
Cueros	39,0 %
Textiles	26,0 %
Imprenta	42,0 %
Tabaco	58,0 %
Confecciones	62,0 %

Podemos fijar como regla general que el porcentaje de los obreros judíos aumenta en los estadios finales del proceso de la producción, en tanto que es casi insignificante en los estadios primeros y decisivos de la construcción del socialismo. En años posteriores, en el período de los planes quinquenales, se han he-

cho muchos esfuerzos para introducir a las masas judías en las ramas de la agricultura y de la industria pesada, y su porcentaje en las industrias básicas de la producción se elevó considerablemente, pero la estructura general del proletariado judío en la U.R.S.S. no se modificó substancialmente. En el año 1939 trabajaron en Ucrania, en la industria ferroviaria, 0,9 % de judíos, en las minas 1,1 %, y en la industria de la confección 62 %. De 1.400.000 sostenedores de familias judías residentes en la URSS en vísperas de la segunda guerra mundial, 325.000 trabajaban en fábricas, 125.000 en la agricultura, 250.000 en la artesanía, 200.000 en ocupaciones varias, y 500.000 en oficinas y negocios. Cerca del 44 % de los empleados judíos trabajaban en el comercio estatal. Es de destacar el porcentaje elevado de los funcionarios, empleados y artesanos judíos, en comparación a su porcentaje en la población general que apenas excede al 2 %. Este porcentaje es especialmente elevado en los grandes centros del país (Moscú 50 %, Kharkow 43 %) y en las zonas industriales (Strovelsk 63 %, Stalino 37 %, Donbas 38,9 %), y reducido en las ciudades y aldeas de la antigua "zona de residencia".

Borojov establece pues la perentoriedad de la concentración territorial tanto para la clase obrera judía como para las demás clases del pueblo. La concentración territorial amplía la base estratégica del proletariado judío, facilitando considerablemente las perspectivas de su lucha de clases y aumenta su potencialidad económica y gravitación política.

Borojov explica el atraso de la conciencia que el obrero judío tiene de su problema nacional en el carácter complejo y enredado del conflicto nacional. "El éxito momentáneo de un programa no significa, todavía, que el mismo exprese fielmente los intereses y la

ideología verdadera de la clase obrera como tal" —enrostra Borojov al Bund. "El futuro pertenece siempre al programa progresivo. Los programas primitivos están destinados a desaparecer en el curso del desarrollo de los conflictos nacionales." Esta profecía se ha cumplido con el correr del tiempo. En los días de Borojov aún no se había aclarado suficientemente que el carácter pequeño burgués y reaccionario de la ideología bundista sobre el problema nacional judío debía reflejarse necesariamente también sobre su posición socialista general, pero Borojov ya insinúa que esta ideología primitiva, presentada bajo un manto de frases revolucionarias, tiene su origen en la debilidad económica del proletariado y de la artesanía judía, en las condiciones de producción anormales y de bases estratégicas deficientes en las cuales actúa. "En estas condiciones, el proletariado judío está condenado a arrastrarse detrás de los poderosos movimientos políticos obreros del país, reemplazando con una fraseología inflamada hasta el ridículo, la falta de una fuerza de clase verdadera." Borojov vió en ello la tragedia y la impotencia del movimiento obrero judío de la diáspora, pero no sacó la conclusión que semejante proletariado era incapaz de colocarse al frente del movimiento de liberación nacional y que esta misión le estaba reservada a la clase obrera que crecerá de las filas de la alíá jalutziana a Palestina, procedente, lo mismo que el proletariado de la diáspora, del seno de la pequeña burguesía pauperizada pero forjada en condiciones de normalización creciente de su base estratégica y de fortalecimiento de su conciencia de clase. Es verdad que el movimiento obrero judío en Palestina continúa la obra iniciada por el movimiento obrero judío en la diáspora, pero esta continuación no se produce en línea recta y sin desviaciones. La presión del problema nacional, de la

competencia nacional y del aislamiento económico en la diáspora gravitó más poderosamente sobre las masas de la pequeña burguesía, que constituía la mayor parte del pueblo, que sobre el obrero judío en la medida en que éste no era desalojado de su lugar de trabajo. Esto lo reconoció también Borojov. Es, pues, natural que la conciencia sionista se haya revelado primeramente en el seno de esta clase media. El obrero judío "acomodado", en la medida en que llegaba a la conciencia sionista, no se apresuraba a extraer todas las conclusiones mientras se enfrentaba sólo con el problema de la "normalización de la base estratégica" y no con el problema del "lugar de trabajo". Por esta razón, los Poalei Sión de Izquierda, que contaron en la diáspora con grandes círculos de obreros, no llegaron durante muchos años al activismo sionista lo mismo que otros círculos obreros en América que se cuentan entre los simpatizantes del sionismo.

La mayoría de los obreros judíos de Palestina procede de las capas de la pequeña burguesía y de la "intelligenza", según lo revelan las estadísticas de la Histadrut Haovdim. Pero también los hijos de las familias obreras cambiaron en Eretz Israel las profesiones de sus padres en dirección a los estadios primeros del proceso de la producción (agricultura, construcción, transporte, metalurgia, electricidad, industria química, etcétera).

Ocupaciones de los miembros de la Histadrut
y de sus padres durante el año 1943:

	En Eretz	En el extranjero	Ocupación de padres
Agricultura	23,4 %	2,4 %	3,8 %
Construcción	10,6 %	1,6 %	1,8 %

<i>Metalurgia</i>	4,9 %	4,3 %	3,2 %
<i>Industria maderera</i>	3,4 %	2,9 %	2,2 %
<i>Electricidad</i>	2,3 %	1,3 %	0,2 %
<i>Transporte</i>	6,3 %	0,9 %	1,0 %
<i>Confección</i>	2,6 %	4,4 %	2,4 %
<i>Cueros</i>	1,3 %	1,8 %	2,1 %
<i>Comercio</i>	—	?	48,2 %
<i>Sin profesión determinada</i>	—	?	12,6 %

La insistencia de Borojov en el carácter económico del nacionalismo proletario y particularmente del problema judío nos parece un tanto extremista, lo mismo que su afirmación de que nosotros prestamos menor atención a los problemas de la cultura espiritual que a los problemas materiales. Esta afirmación fué hecha como reacción contra el carácter culturalista atribuido al problema judío tanto por el Bund como por los partidos burgueses que pregonaban el nacionalismo en la diáspora. Este acercamiento culturalista que se desentiende de la realidad trágica y específica del pueblo judío, sirvió de objetivo a los dardos de la crítica aguda y penetrante de Borojov. Pero no desconoció nunca el vínculo recíproco existente entre la superestructura espiritual y la base material; vió con claridad meridiana la importancia de la cultura nacional en la lucha emancipadora del proletariado. “El nacionalismo del proletariado es en esencia negativo... y se nutre de raíces negativas: de las anomalías sociales y económicas. Esto no significa que carezca de un contenido positivo”. Pero, como marxista, no vió Borojov en la cultura espiritual al factor preponderante, y en el problema cultural al problema cardinal del pueblo, como ocurrió con los “idishistas” y los sionistas espirituales. “La inclinación a concebir culturalmente el problema judío... es indudablemente

reaccionaria y denota todos los síntomas de una procedencia pequeño burguesa."

Borojov demostró también que la famosa "neutralidad" del Bund frente a la asimilación, actitud adoptada más tarde por la "Ievsektzia" comunista, no era sino una posición oportunista tendiente a eludir la adopción de una actitud clara frente al desarrollo de la vida judía dejando la decisión en manos del "libre desarrollo".

La prognosis de Borojov sobre el futuro del Bund se ha cumplido íntegramente. Y está por cumplirse también su conocida profecía sobre la erección de un monumento recordatorio al Bund en Eretz Israel, en homenaje a sus grandes méritos en la lucha de la clase obrera en la diáspora.

EN LUCHA CONTRA EL TERRITORIALISMO

El partido de los "sionistas-socialistas" (S.S.), se ordena movimiento sionista-socialista, por parte del territorialismo, nacido en el seno mismo del movimiento sionista en un periodo de crisis y de fracaso de la diplomacia y la colonización sionista en el país. El territorialismo echó mano a toda la argumentación sionista, escudándose en la sombra del creador del sionismo político, Herzl.

El partido de los "sionistas-socialistas" (S.S.), se organizó en el año 1904 por iniciativa de varias organizaciones poaleisionistas. Su programa, formulado en la conocida "Declaración", conquistó en un principio a la mayoría de esas organizaciones. Este partido tomó parte activa en la lucha revolucionaria de los años 1905-06, imponiéndose en su polémica con el Bund,

especialmente en Ucrania y Bielorrusia, donde este último jamás gozó de muchas simpatías. Entre sus dirigentes principales contáronse muchos de los mejores teóricos del sionismo socialista: Najman Sirkin, sociólogos de renombre como Latzki-Bertholdy, I. Leshtzinshky, etc. La ideología de los S.S. fué producto de la contradicción entre la creciente necesidad emigratoria de los judíos rusos provocada por las persecuciones zaristas y la limitación de las posibilidades de absorción de Eretz Israel. Los S.S. vieron la solución del problema judío en la concentración en un territorio apropiado y no colonizado, rechazando a Palestina por su falta de recursos naturales, su pobreza y su dependencia del régimen turco. Parte de los dirigentes de este partido retornaron más tarde al movimiento sionista, pero la mayoría de ellos adhirieron finalmente a partidos antisionistas, al Bund, a la "Ievsektzia", a los "folkistas", etc.

Borojov atacó el "anillo débil" en la ideología territorialista, la falta de relación existente entre el presente en la diáspora y el programa territorialista para el futuro. Esta relación sólo puede ser fruto de un proceso real engendrado en las profundidades de la vida social, y no producto de un programa bonito nacido en las mentes de algunos individuos "inteligentes". La alia a Eretz Israel constituye un proceso social-real que puede ser estimulado, acelerado y orientado, en tanto que el territorialismo abstracto no es sino "aventurismo ideológico... (que) sustituye al proceso social, al desarrollo prolongado de las tendencias históricas, por combinaciones fortuitas de intereses y posibilidades". La penetrante lógica marxista de Borojov se revela como fundamento más sólido para el sionismo que el "pathos" moral-idealista de Najman Sirkin. El apego sentimental al pasado no libró al anunciador del

sionismo-socialista, Sirkin, de las desviaciones territorialistas, en tanto que la rectitud del pensamiento marxista, realista y revolucionario de Borojov educó a toda una generación de combatientes judíos por el sionismo proletario. El proceso "inmanente", espontáneo e inorganizado, que se deriva directamente del desarrollo histórico de una sociedad determinada, fué el aro que faltó en el pensamiento de los territorialistas de todos los matices —burgueses, socialistas, comunistas (Biro-Bidyan)— convirtiéndolos en utopistas incorregibles. "Los S. S. sólo llegaron... hasta el reconocimiento de la necesidad de un territorio para el pueblo judío, pero carecen aún del principio de la necesidad histórica del mismo."

Borojov también critica a los S. S. por su teoría gráficas ni climáticas de un país las que determinan su adaptabilidad para la concentración territorial, sino sus condiciones sociales que tienen necesidad de un análisis sociológico y de una prognosis histórica acertada. Las condiciones de un país "se conocen gradualmente con el estudio permanente y planificado que tiene lugar en el curso de la colonización".

Borojov también critica a los S.S. por su teoría sobre la "falta de proletarización" de los judíos en la diáspora. Este partido expresó la psicología de las masas desclasadas que se encuentran al pie del abismo, sin haberse arraigado en la realidad proletaria y carentes de una firme dirección de vanguardia. Esta psicología es magistralmente definida por Borojov en las siguientes líneas: "Vacilación y falta de claridad en los conceptos; inclinación hacia cambios bruscos e inesperados; vivacidad repentina, en lugar de evolución lenta y consecuente; tendencia a renegar, con rapidez y sin mayores escrúpulos, de viejas consignas y antiguos ídolos". Todas estas características se revelaron más tar-

de en la historia evolutiva de los S. S. y principalmente de aquellos dirigentes que renegaron del sionismo pasándose a las filas de la "Ievsektzia". Pero esta definición es también válida para aquellos círculos que adhirieron, en épocas posteriores, al movimiento jalutziano, sin arraigar espiritual e ideológicamente en la realidad obrera de Eretz Israel.

LA AUTONOMIA CULTURAL JUDIA EN LA DIASPORA — SOLUCION VANA

Los "seimistas" (I. S.), partido socialista judío creado por elementos poaleisionistas contrarios al territorialismo —conocidos como "vozroddenies" por su periódico "Vozrozhdenie" (Renacimiento)— partieron de la hipótesis de que la empresa de la concentración territorial del pueblo judío no podrá ser realizada por un partido o por una organización basados sobre bases voluntarias, sino por un organismo político provisto de instrumentos y de recursos estatales. De ahí que los "seimistas" vieran en la realización de la autonomía nacional-cultural en los países de la diáspora a obtenerse por medio de una revolución democrática en Rusia y en otros países, el primer paso hacia la concentración territorial del pueblo judío. El organismo superior de la autonomía nacional judía sería el Seim, el parlamento judío, que organizaría y financiaría la empresa de la concentración territorial. Colocados en este terreno, los "seimistas" combatieron al Congreso y a la Organización Sionista Mundial, e influenciados por los "socialrevolucionarios" rusos, se orientaron hacia un socialismo idealista viéndolo en el renacimiento cultural y político del pueblo judío en la diáspora su objetivo principal.

En su polémica con los "seimistas", Borojov señala el eclecticismo ideológico imperante en la concepción de mundo del grupo "vozrodenie" y su divorcio de la realidad social de su pueblo. Explica nuevamente su posición básica, de que el nacionalismo proletario no se deriva de consideraciones nacionales "generales", supraclasisistas, sino de la misma esencia de su lucha de clases, de los intereses clasistas del proletariado en su condición de tal. Destruye la falacia de la argumentación seimista sobre la efectividad de la lucha de clases dentro del Seim y de las instituciones autónomas judías en la diáspora. "Es absurdo pensar que dentro del Seim nacional judío, la lucha de clases estará en condiciones de desarrollarse ampliamente y de producir resultados satisfactorios". "Las anomalías de la base estratégica del proletariado judío tienen sus raíces en las condiciones de la vida económica de su pueblo, y mientras dichas condiciones no sean modificadas, ninguna clase de instituciones políticas democráticas mejorará su situación". "Todo individuo sensato entiende que si el proletario judío no trabaja en las fábricas de los grandes capitalistas judíos ni en parte de los capitalistas medios, tampoco puede librar contra ellos una lucha de clases; que esta última sólo está dirigida contra la pequeña burguesía y contra aquel sector de la burguesía media que no ejerce ninguna influencia en la vida política; que la anomalía de la base estratégica del proletariado judío está condenada a reflejarse también sobre el Seim." En esta forma descubre Borojov la inoperancia del "cartismo" parlamentario en la realidad judía de la diáspora, y demuestra que "no puede tomarse en serio todo el palabrerío sobre que el proletariado obligará a la burguesía a aceptar la solución territorial del problema judío", aun cuando ella misma no esté interesada en dicha solución. Pero

este análisis marxista sobre la falta de perspectiva para la lucha de clases del proletariado dentro del marco de la autonomía judía en la diáspora, es también válido para el Congreso Sionista y para la Organización Sionista Mundial en la medida en que ambos expresan todavía la realidad judía de la diáspora y no la normal estructura clasista que se desarrolla ya en Eretz Israel. Sin embargo, Borojov no extrae la conclusión lógica de este análisis, en el sentido de que tampoco el Congreso Sionista puede constituir una arena para una lucha clasista seria y fructífera. El punto neurálgico de los "seimistas", como de todo grupo de pensadores desprendidos de la realidad, es la "audacia en el lenguaje y la cobardía en la acción". "Las amplias masas organizadas en las filas de un partido territorialista (la referencia es, naturalmente, a un partido sionista —D. ben N.) deben ver y participar en el trabajo territorialista; en caso contrario se apartarán del mismo, quedando reducido el territorialismo a una mera aspiración de hombres de gabinete, o, en el mejor de los casos, a una frase demagógica". "Ningún partido ni ninguna idea tienen derecho a esperar un éxito asegurado, si sólo se dedican a la propaganda oral desentendiéndose del medio más efectivo: la propaganda de los hechos." Estas palabras están dirigidas no solamente contra los "seimistas" sino también contra quienes, considerándose discípulos de Borojov, se han desentendido, durante muchos años, del trabajo práctico en Eretz Israel.

Borojov señala seguidamente que la obra sionista sólo podrá ser realizada por una Organización de carácter internacional que no se halle supeditada al régimen político de cada país, y que esta obra no podrá esperar hasta la obtención de la autonomía nacional judía en la diáspora. No rechaza la lucha por los derechos nacionales de los judíos en los países de su

residencia, pero no ve en el éxito de esta lucha una condición "sine qua non" para la realización del sionismo. "La autonomía nacional-política en la diáspora no es ni el único, ni el suficiente, ni el obligado camino hacia la autonomía territorial." Borojov define la tarea del Congreso Sionista en la dirección de la empresa colonizadora en Eretz Israel y en la obtención de la legalización internacional del sionismo. Únicamente después de conseguida la conformidad de sus respectivos gobiernos, podrán las instituciones autónomas judías de los distintos países prestar su ayuda a la política colonizadora del Congreso Sionista. La prognosis de Borojov sobre la autonomía nacional en la diáspora y la tarea de la Organización Sionista Mundial, se ha cumplido íntegramente; las ilusiones forjadas en torno a la autonomía cultural y política en los países de residencia, se han desvanecido. Treinta años después de haber abandonado los "poaleisionistas de izquierda" el Congreso Sionista, volvieron a él y al trabajo práctico en Eretz Israel. Pero no podemos aceptar la opinión de Borojov sobre la misión de la clase obrera en la obra colonizadora del país, al sostener que un partido proletario "no puede interesarse seriamente en toda clase de proyectos colonizadores", y que en las condiciones de la economía capitalista es imposible "despojar a la burguesía de la dirección financiera y técnica de las empresas económicas". Esta opinión de Borojov, basada en el fracaso rotundo de los ensayos socialistas en el seno del régimen capitalista, no resistió la prueba de la realidad específica de la construcción sionista en Eretz Israel y la transformación social del pueblo judío en el país. Años más tarde Borojov rectifica esta opinión, con la honradez espiritual que es característica a todos los grandes pensadores del campo socialista: "En el pasado consideramos al sionismo co-

mo un proceso inmanente y veíamos nuestra tarea principal en la eliminación de todos los obstáculos que se le antepusieran en el camino. De ahí que abandonáramos toda la tarea de la construcción, en manos de la burguesía. Más tarde nos percatamos de nuestro error. Hay procesos inmanentes mecánicos y procesos inmanentes orgánicos... Nuestro error consistió en haber creído en la iniciación del proceso mecánico cuando en realidad sólo se había iniciado el proceso orgánico”.

También la opinión de Borojov de que con “la desaparición de la propiedad privada y de las relaciones de propiedad capitalistas, se solucionará también el problema judío”, requiere una aclaración complementaria. Conforme a Lenin, distinguimos hoy en día algunas etapas en la realización del socialismo. En la primera etapa todavía sobreviven en el régimen socialista muchos remanentes del régimen capitalista: salario conforme al trabajo, diferencias entre la ciudad y el campo, formación de un aparato gubernamental abultado, etc. En esta etapa reclaman aún su solución satisfactoria los problemas nacionales específicos (el problema judío en Rusia y la “solución” de Biro-Bidjan). Mientras no sea eliminado el capitalismo en todo el mundo, los problemas nacionales pueden revestir formas negativas y convertirse en un factor de perturbación también en los países socialistas. Borojov escribe al respecto en su opúsculo “Los intereses de clase y la cuestión nacional”: “Se puede llegar a la conclusión de que la lucha nacional debe desaparecer junto con la lucha de clases. Pero esta conclusión sería prematura... Más arriesgada y prematura aún debe considerarse la opinión de que junto con las diferencias de clase desaparecerán también las diferencias nacionales. No queremos detenernos en esta cuestión, porque la estimamos

por ahora inútil." También Lenin dejó abierto, por la misma razón, el problema del desarrollo de las naciones y de la cultura nacional en el régimen socialista.

El partido "Poalei Sión" fué recibido, al principio, por parte de la opinión pública socialista como un ala del sionismo burgués y, por esta razón, se esforzó Borojov en subrayar la independencia ideológica y organizacional de este partido, como partido proletario revolucionario. Esto explica la resolución errónea de los "poaleisionistas" rusos de abandonar las filas de la Organización Sionista (1909). Borojov señaló que era incorrecto considerar al sionismo burgués y al sionismo proletario como un solo movimiento, y que este último constituía la vanguardia del movimiento obrero judío que evolucionaba gradualmente hacia una mayor conciencia de su tarea en el proceso de la liberación nacional y social de su pueblo. Pero hoy en día, después del triunfo de la lucha por nuestra independencia política, encabezada por la clase obrera, y con la negación por parte del sionismo burgués de los valores progresistas fundamentales del movimiento renacentista del pueblo judío, no tenemos razones para seguir desconociendo, por más tiempo, la genealogía de nuestro movimiento cuyos orígenes arrancan del período de la Haskalá, pasan por las etapas del "Jibat Sión" y del "Ajadhaamismo", hasta llegar al sionismo político. También el marxismo es el continuador de las ideas librepensadoras de los materialistas del siglo XVIII, de la economía política burguesa y de la filosofía idealista alemana. Hoy en día, cuando nuestra independencia ideológica ya no se presta a ninguna duda y la lucha de clases en Israel ha alcanzado una etapa superior, no tenemos razones para seguir negando las fuentes de las cuales bebimos: nosotros nos consideramos como

los herederos legítimos de la gran tradición cultural de nuestro pueblo, de todas las bases progresistas y emancipadoras de los grandes movimientos sociales creados entre nosotros en las últimas generaciones.

ERETZ ISRAEL, PAIS DE LA CONCENTRACION TERRITORIAL

Al indicar Borojov a Eretz Israel como el lugar de la concentración territorial del pueblo judío, no se detiene a subrayar los vínculos históricos que unen a esta tierra. Elude intencionadamente todo argumento que puede ser interpretado como exclusivamente sentimental y subjetivo. Años más tarde explica él mismo la razón de este cuidado superfluo. El marxismo jamás se ha desentendido de la influencia de la tradición histórica que acompaña a los procesos revolucionarios en gestación. También Borojov señala la importancia de las "condiciones de producción históricas, internas, que se crean dentro de un grupo de personas". Es indudable que el vínculo histórico entre las masas del pueblo judío y Eretz Israel, que jamás se ha interrumpido, ha desempeñado un papel de primera importancia en la orientación del proceso inmanente hacia la concentración territorial en Palestina. A no ser por este vínculo histórico, la migración judía no habría logrado concentrarse en un solo lugar. Pero a este factor agrega Borojov otros elementos de juicio que explican las posibilidades y ventajas de Eretz Israel. La ausencia de una economía capitalista en el país al comienzo de la alia judía y la falta de un poder de atracción para la afluencia del capital internacional y de los inmigrantes de otros pueblos, crearon las condiciones para el

desarrollo autónomo del capital judío, para la lucha de clases del obrero judío, y para el tránsito de una economía urbana a una economía rural.

Borojov predice un viraje en la dirección de la migración mundial —y en parte, también en la migración judía— de los grandes países capitalistas hacia los países de economía semiagrícola. La causa de este viraje radica en "la acumulación excesiva de capitales en el mercado mundial, en forma de capital financiero-bancario... que fué buscando su inversión y empleo en la emisión de préstamos grandiosos". Este capital se dirige también hacia los bosques y selvas de la Argentina, Brasil, Canadá, etc., y se pone al servicio de las grandes empresas de colonización agrícola.

El desarrollo de la colonización judía en estos países ha confirmado las hipótesis de Borojov. Las tentativas de estimular en los mismos el desarrollo de una economía agrícola de amplios contornos, han fracasado. La agricultura judía no puede competir en el mercado mundial o en el mercado interno de estos países con el gran capital internacional dominante en los mismos. Ella sólo podrá desarrollarse, sin convertirse en una economía de latifundios basada sobre el trabajo barato no judío, en los marcos de una economía autónoma judía. Por otra parte, en los países semiagrícolas, el capitalismo no ha alcanzado un desarrollo tan grande como en los Estados Unidos de América, y no ha creado un campo para la pequeña producción y para las ramas "judías". La inmigración judía a estos países no logró alcanzar nunca los contornos de la inmigración a los Estados Unidos, ni competir seriamente con la solución radical del problema judío en Eretz Israel. La prognosis borojovista se ha cumplido íntegramente también en este punto.

PROGNOSIS SOBRE LA LIBERACION NACIONAL

El marxismo no pretende señalar de antemano los detalles de la realización de los procesos históricos, dependientes de circunstancias complejas e imprevistas, sino únicamente los lineamientos generales de su desarrollo futuro. Es natural que Borojov no podía prever la sustitución del dominio turco por el mandato británico en Palestina, pero en lo esencial la prognosis borojovista de la liberación del país resistió la prueba del tiempo.

1) *La tendencia general de la dinámica judía llevó hacia el acrecentamiento de la aliá, a pesar de las crisis económicas y los disturbios políticos que la interrumpieron periódicamente.*

2) *La aliá judía creó en el país, "con ayuda de la voluntad sionista conciente y organizada", una sociedad autónoma desde el punto de vista económico y cultural.*

3) *El fortalecimiento de las posiciones económicas judías en Eretz Israel, llevó finalmente hacia la obtención de la autonomía territorial-política del pueblo judío en el país, lo que constituye para el sionismo proletario una etapa de transición hacia el socialismo.*

4) *La independencia política fué conseguida como resultado de conflictos prolongados. Borojov comprendió que transformaciones semejantes no se realizarían "sin una lucha encarnizada, sin crueldades ni injusticias, sin sufrimientos para inocentes y culpables por igual".*

5) *La clase obrera judía sionista y revolucionaria se colocó al frente de la lucha de liberación contra el dominio extranjero. "La burocracia (extranjera) que se armará contra los obreros judíos terminará por vol-*

ver sus armas contra toda la población judía en general."

6) *El proletariado judío apoyóse, en su lucha liberadora, en la ayuda de sus hermanos de la diáspora y en el interés internacional en la solución del problema judío y en el arreglo de la situación política en Eretz Israel y en el Cercano Oriente.*

7) *Después de conseguida la independencia, estalló una lucha encarnizada entre el trabajo hebreo y el capital judío en el frente económico, cultural y político.*

En cambio, no se ha cumplido la hipótesis de Borojov sobre la asimilación de los árabes dentro de la población judía de Eretz Israel. Esta hipótesis se ha debido a un desconocimiento casi absoluto de la realidad árabe y a una valoración insuficiente del desarrollo del movimiento de liberación nacional árabe en el futuro. Nuestro partido (Mapam) ve el futuro de Eretz Israel, una vez conseguida la reunificación del país por medios pacíficos, en forma de una alianza entre los trabajadores de ambos pueblos sobre las bases de una igualdad civil y nacional absoluta. Es indudable que la mayoría judía ejercerá una influencia poderosa sobre la atmósfera económica y cultural de la población árabe del país, pero esta influencia no atentará contra su cultura nacional.

En su crítica al "cartismo" en la diplomacia sionista, Borojov abrió nuevos rumbos a la realización sionista a través del trabajo práctico en Eretz Israel. La crítica del sionismo "político", que antepone el "documento escrito" a la realidad, las "amplias garantías de los derechos" a la colonización y a la alíá, sirvió de base a la obra de la segunda y tercera alíá y de armá poderosa en la lucha de la clase obrera contra la fra-seología revisionista. "En épocas de explotación y de competencia no se hacen revoluciones con cálculos y con diplomacia, sino con lucha y fuerzas concretas.

La diplomacia es útil allí donde todo podría hacerse también sin ella." Esta verdad fué confirmada plenamente en el período de nuestra guerra de liberación en el país. Ello, empero, no anula el valor de la diplomacia que viene a facilitar "el curso obligado de los acontecimientos".

Borojov subrayó especialmente el carácter internacional del sionismo y la importancia del interés internacional en la solución del problema judío, como factor auxiliar en la obtención de la independencia nacional. Pero no vió el centro de gravedad en las fuerzas foráneas y en las negociaciones diplomáticas, sino en las fuerzas históricas de la dinámica judía que impulsan hacia la realización del sionismo. "El sionismo no es únicamente una aspiración histórica, sino también una necesidad diaria de las masas judías". "Si admitiéramos, siquiera un instante, la idea de que la realización del sionismo depende de los sultanes, ello atestiguaría que hemos caído en el barro del aventurismo." De ahí su exigencia de un trabajo inmediato, ininterrumpido y práctico en Eretz Israel. "El proletariado no reconoce ideales históricos que no están relacionados directamente con sus sufrimientos en el presente. El socialismo se realiza a cada hora, con cada paso nuevo hacia la concentración de los instrumentos de la producción. Y lo mismo ocurre con el sionismo."

LA BURGUESIA Y EL PROLETARIADO EN LA REALIZACION DEL SIONISMO

En la teoría de Borojov aparece la concepción de la división de las tareas entre la burguesía y el proletariado en la realización del sionismo. A la primera asigna Borojov la orientación de los factores de creación,

el desarrollo de las fuerzas productivas, y la iniciativa de la construcción de la economía; en tanto que al proletariado le confía la orientación de los factores de liberación, la iniciativa de la democratización creciente de la sociedad, y la liberación del país del yugo extranjero. Esta división de tareas se apoya en la hipótesis marxista sobre la imposibilidad de la organización y dirección de la economía por parte del proletariado en el marco del régimen capitalista, hasta la conquista del poder y la implantación de la dictadura proletaria. Esta hipótesis fué aceptada por los miembros de la segunda alia y por los integrantes del partido "Hapoel Hatzair", quienes vieron en la colonización obrera una desviación y una deserción del camino de clase. Sólo la realidad en el país y las necesidades urgentes de la colonización sionista y de la clase obrera, generaron un cambio en esta concepción errada, transformando a la colonización y a la economía obrera del país en un instrumento poderoso al servicio de los intereses nacionales y soiales de la clase obrera de Eretz Israel.

Este cambio revolucionario en la concepción de los hombres de la segunda alia fué fruto de las condiciones específicas de la colonización en el país y de la reestructuración social de un pueblo desligado de la tierra. En "Nuestra Plataforma" reconoce Borojov "la incapacidad de la burguesía... para realizar una obra social, seria y permanente... para crear los elementos determinantes de los grandes cambios sociales e históricos". Pero esta observación justa y acertada contradice la tarea preponderante que el mismo Borojov asigna a la burguesía en la construcción del país, en el desarrollo de las fuerzas productivas, en la obtención de concesiones, etc. Si "en lo que concierne al desarrollo de las fuerzas productivas... el papel de organización está en manos de la burguesía", ¿cómo "introducirá el

proletariado judío, dentro de la inmigración que se concentra, los elementos de organización y de regulación"? ¿Cómo "preparará las condiciones básicas para la colonización"?

Durante el primer período de la realización del sionismo, la primacía corresponde a los factores de creación y no a los factores de liberación, si bien éstos no pueden ser separados en la práctica. Y conforme a la división de trabajo establecida en "Nuestra Plataforma", Borojov entrega de hecho a la burguesía la hegemonía del movimiento sionista, cosa que según él mismo puede llevar al fracaso del movimiento de liberación judío. En "Nuestra Plataforma" no encontramos una respuesta a esta contradicción interna, por cuanto el movimiento obrero sionista no había alcanzado todavía, en aquella época, la síntesis entre colonización y lucha de clases que más tarde le permitió ascender por el camino del triunfo.

Los "poaleisionistas de izquierda" quedaron estancados en esta etapa atrasada del desarrollo de la conciencia sionista proletaria durante varios decenios, y este retraso ideológico se convirtió en el obstáculo principal en la evolución de este partido, hasta que se orientó definitivamente por el camino de la colonización y de la unificación de la izquierda sionista-socialista. En cuanto a Borojov, logró superar esta etapa y desarrollar sus concepciones a la luz de la experiencia de Eretz Israel. En sus escritos posteriores se retracta públicamente de sus antiguos errores, sosteniendo que Eretz Israel debe servir de base no únicamente para la lucha, sino también para la creación de la clase obrera judía, que el partido no puede contentarse solamente con criticar a la burguesía sino que debe crear también valores propios. Explica la función sionista y socialista del kibutz y acepta el principio de la na-

cionalización del suelo por intermedio del Fondo Nacional Judío (Keren Kayemet Leisrael), pero al mismo tiempo se opone a la utopía de la construcción de una Eretz Israel socialista por caminos exclusivamente constructivos, cosa que introduce la confusión en la lucha de clases del obrero y conduce hacia el oportunismo socialista. Continúa viendo en la lucha de clases, también en Palestina, el único camino hacia la realización del socialismo que se consagrará con la revolución social y la dictadura del proletariado, una vez conseguida la liberación nacional y la autonomía territorial-política. En el kibutz y en la economía obrera ve Borojov un instrumento de colonización y una escuela de socialismo.

Borojov esbozó las ideas básicas que fueron desarrolladas más tarde por nuestro movimiento, y que encontraron su expresión en la Plataforma Ideológica del Kibutz Haartzi del Haschomer Hatzair y en la plataforma de constitución del Mapam: 1) la liberación nacional del pueblo judío, obtención de su independencia económica, política y cultural como etapa obligada en su camino hacia el socialismo, que será realizada mediante la lucha de clases y la revolución social; 2) la síntesis entre revolución y constructivismo en la lucha de clases, y la creación obrera orientada hacia la liberación nacional y social completa del pueblo judío en su patria histórica.

DANIEL BEN NAJUM

CAPÍTULO I

CARACTER DEL PROBLEMA NACIONAL JUDÍO

- a) *El problema nacional judío.*
- b) *¿Cómo lo plantea el proletariado judío?*
- c) *¿Cómo lo resuelve?*

SECÚN la definición general del análisis científico, el problema nacional es un producto del conflicto entre el *grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las condiciones de producción* de un grupo social determinado. En la mayoría de los casos, este conflicto se produce por el choque de las fuerzas productivas con las condiciones de producción *externas* en las que actúa dicho grupo. La condición más general de la producción, que contiene y sirve de base a todas las condiciones internas, es el territorio sobre el que vive el grupo social. El territorio es, pues, la base *positiva* de toda existencia nacional propia.

Los pueblos extraterritoriales carecen de esta base positiva. Al adaptarse a las condiciones naturales e históricas del ambiente nacional ajeno en el que viven, están expuestos a la pérdida de las características peculiares de su existencia nacional asimilándose a la vida social circundante. Pero, si no obstante ello, logran conservar algunas de sus peculiaridades nacionales, este fenómeno se explica por la presión de las fuerzas externas que dificultan y entorpecen su asimilación. En la vida de estos pueblos actúan dos factores diame-

tralmente opuestos: el factor *asimilador* —fruto de la tendencia a adaptarse al ambiente—, y el factor *aislador* —que trata de impedirla. El segundo de estos factores constituye la base *negativa* de la existencia nacional.

En la vida de los pueblos territoriales, la cohesión nacional de sus miembros se asienta sobre la *propiedad material nacional* de los mismos, o sea, sobre el territorio y sobre el conjunto de las condiciones materiales de producción que éste encierra. Una nación territorial es dueña de una economía nacional propia, y constituye una unidad económica dentro de la cual actúan y se desarrollan sus fuerzas productivas. Cuando, en su proceso de desarrollo, estas fuerzas entran en contradicción con los marcos ya demasiado estrechos de sus condiciones productivas, se produce un conflicto nacional provocado por la necesidad de ampliar la esfera de sus condiciones de producción, o sea, por la necesidad de apoderarse de una esfera ajena.

La política nacional de este grupo asume entonces un carácter agresivo. Pero cuando, por el contrario, las fuerzas productivas sufren la penetración de elementos extraños en la esfera de sus condiciones de producción, créase para el grupo un conflicto nacional, provocado por la necesidad de defender dicha esfera. La política nacional del mismo asume, en este caso, un carácter defensivo. Tal como los conflictos sociales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *relaciones* de producción se manifiestan concretamente en la lucha de clases, así también hallan su expresión en la lucha nacional los conflictos entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *condiciones* de producción. Pero, mientras los conflictos sociales se producen *dentro* de organismos social-económicos determinados, los conflictos nacionales *rebasan*

los marcos de los mismos. Se sobreentiende que no nos referimos aquí a organismos completamente aislados, sino a cuerpos económicos *relativamente* separados, y que las relaciones entre estos últimos, que se multiplican continuamente en la sociedad capitalista, nos autorizan a hablar no sólo de la existencia de economías nacionales sino también de una economía mundial.

Existe, sin embargo, una diferencia importante entre el conflicto nacional y el social. Mientras que la lucha de clases crece sobre el terreno de la *explotación* económica, y la competencia en el marco del grupo asume solamente un carácter individual sin crear conflictos sociales; mientras que el *contenido* del problema social es el de la explotación de clase, y la competencia económica constituye sólo un *fenómeno* social pero no un *problema* social, —la lucha nacional crece, en cambio, sobre el terreno de la *competencia* entre los grupos nacionales, y la explotación nacional constituye corrientemente sólo un fenómeno lateral que no da lugar a problemas sociales de importancia. Solamente en un caso la explotación nacional se eleva a la altura de un agudo problema social, y es cuando dos grupos nacionales forman parte de un mismo organismo económico representando a dos clases sociales distintas. La explotación nacional sólo agudiza los antagonismos sociales cuando las *condiciones* de producción coinciden con las *relaciones* de producción, o sea, cuando la línea de la división nacional de dos grupos coincide con la línea de la división de clase. Tal situación existe, por ejemplo, entre los terratenientes alemanes y los campesinos letones, en el Báltico; entre los polacos y rutenos, en Galitzia; entre los británicos e irlandeses, en Irlanda; entre los capitalistas y burócratas ingleses en la India, por un lado, y los campesinos y obreros hindúes, por el otro.

En todos estos ejemplos, el contenido esencial del conflicto es la explotación nacional, pero a ella se agrega también la competencia económica entre los distintos grupos nacionales. La explotación nacional no se diferencia del fenómeno de la explotación de clase, estando ambas regidas por las mismas leyes económicas. Encontramos aquí la explotación de clase corriente, con la diferencia de que las clases contendientes pertenecen a nacionalidades distintas. Los británicos desalojaron a los irlandeses de sus tierras en la misma forma como lo hicieron con sus propios "hermanos de sangre y de religión", los obreros y campesinos ingleses; sólo que la situación de los irlandeses era mucho más desamparada y precaria que la de estos últimos. Y lo mismo puede decirse sobre los barones bálticos y los terratenientes polacos con respecto a sus propios nacionales.

La competencia nacional se diferencia, no obstante, de la competencia individual corriente. Esta estimula el desarrollo de las fuerzas productivas antagónicas de la economía capitalista que avanza, paralelamente, a la anarquía en la producción y a la libertad de competencia. La competencia individual, al estimular el desarrollo de las fuerzas de producción capitalista, socava al mismo tiempo los cimientos sobre los que se apoya la sociedad capitalista. No así la competencia nacional. Esta dificulta la concurrencia individual, y actúa como un monopolio. En la Rusia zarista, por ejemplo, el judío podría competir libremente con el ruso nativo, pero éste, apoyándose en la competencia nacional, está en condición de anular la competencia individual de cada judío. La competencia nacional, como todo factor que obstaculiza la libertad de la competencia individual, dificulta el desarrollo de la economía capitalista, prolongando su período de maduración y su decadencia. La

competencia nacional no constituye una simple lucha entre dos grupos: corrientemente, es la tendencia de una nación a apoderarse de la base material de otra, desplazándola de sus posiciones económicas y eliminando su poder de competencia.

La competencia nacional se libra siempre por la propiedad material de las naciones, y sólo cuando éstas poseen una propiedad semejante y se apoyan en la misma, tienen perspectivas para salir triunfantes de la lucha. Sin ella, y, particularmente, sin un territorio, están condenadas al fracaso. En la competencia entre dos naciones territoriales, la más fuerte tiende siempre a desalojar a la más débil de su propiedad material. Distinta es la competencia entre una nación territorial y una nación extraterritorial: aquí, la primera tiende a desalojar a la segunda de la esfera de su propiedad material, negándole el uso de la misma y condenándola a la asfixia económica. La nación extraterritorial, al carecer de base material propia, no puede desarrollar sus fuerzas productivas sin tomar como base una propiedad ajena.

Para penetrar en la esfera de una propiedad ajena, el grupo extraterritorial se ve obligado a adaptarse a las condiciones de vida del pueblo "nativo", sin que éste, a su vez, le permita ocupar una posición en la esfera de sus actividades. Esto conduce, como ya lo señaláramos, a una lucha entre el factor asimilador y el factor aislador en la vida de los pueblos extraterritoriales, los cuales, al carecer de una base material propia, se ven obligados a convertirse en meros apéndices de organismos social-económicos ajenos.

El factor aislador es el que precipita en estos pueblos el conflicto nacional. Mientras son "útiles" a la sociedad en que viven, o sea, mientras desempeñan una función específica no ejercida aún por la población

"nativa" y que estimula el desarrollo de sus fuerzas productivas, los elementos "extranjeros" son tolerados y explotados por los pueblos territoriales vecinos. Pero, cuando en su proceso de desarrollo, las fuerzas de producción "nativas" alcanzan una etapa en la que ya pueden desempeñar por sí solas las funciones antes ejercidas por las fuerzas "extranjeras", éstas se convierten en un obstáculo para el desarrollo del pueblo "nativo"; la presencia de ese grupo constituye un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas del pueblo "nativo". Los extranjeros se tornan superfluos y se comienza a expulsarlos. Como los extranjeros no poseen propiedad nacional material sobre la cual puedan apoyarse en el proceso de competencia, pierden tras sí terreno económico. La nación extraterritorial disfruta, pues, de una tranquilidad relativa, sólo cuando es explotada nacionalmente, pero desde el momento en que la explotación es reemplazada por la competencia nacional, pierde tras suyo sus posiciones económicas. Durante el período de la explotación, los "extranjeros" penetran en las posiciones no ocupadas todavía por la población "nativa", siendo su aislamiento incompleto. Estas posiciones son, casi siempre, las conocidas como "ramas últimas" del proceso productivo —intercambio de productos—, siéndoles imposible el acceso a los así llamados "estadios básicos" de la producción, que comprenden: la técnica agrícola, la fabricación de materiales e instrumentos de producción, etc.⁽¹⁾ Pero cuando se produce la competencia del pueblo "nativo", la nación extraterritorial es aislada completamente, estallando un conflicto entre sus fuerzas productivas —que exigen una adaptación al ambiente— y las condiciones de producción externas, que la impiden. El ejemplo clásico de un grupo extraterritorial semejante, carente

de base material propia y expuesto a una competencia despiadada, lo constituye el pueblo judío.

Para comprender más profundamente el carácter del problema nacional judío, es preciso tener en cuenta que el conflicto nacional está, casi siempre, ligado al problema social, y que las cuestiones nacionales y sociales se complementan y confunden mutuamente. No existen intereses nacionales abstractos y comunes a todas las clases sociales. Cada clase tiene sus propios intereses nacionales, que son diferentes a los de las demás clases. El problema nacional y los movimientos nacionales no se elevan por encima de las clases sociales, sino que son propios de una o de algunas de ellas. El conflicto nacional se produce para ésta o aquella clase, no porque las fuerzas productivas de *todo el pueblo* han entrado en contradicción con las condiciones de producción imperantes, sino porque el desarrollo de las fuerzas productivas de *tal o cual* clase entran en contradicción con las condiciones de producción de todo su grupo nacional. De aquí la gran variedad de tipos clasistas del problema nacional, de la ideología nacional, y de los movimientos nacionales. Y, por último, no hay que olvidar que entre los judíos —por carecer de una clase campesina— sólo se han desarrollado las clases de tipo “urbano”: la grande, mediana, y pequeña burguesía; las masas proletarizantes; y el proletariado.

CAPÍTULO II

EL NACIONALISMO DE LA GRAN BURGUESIA

LA gran burguesía no está vinculada, generalmente, a la estrecha esfera de la producción y del mercado nacionales, siéndole ajeno el nacionalismo en la acepción verdadera de la palabra. Ella es de carácter cosmopolita, y su nacionalismo no encuadra dentro del estrecho marco del mercado interno. El conflicto nacional es, para ella, el resultado de su afán de conquistar un lugar en el mercado mundial. De ahí que su nacionalismo sea, a la vez, cosmopolita e imperialista. Es natural que la realidad judía no puede despertar esperanzas imperialistas en la gran burguesía judía: en el campo judío todavía no crecen estas hierbas; pero, por ello, es de fuerte inclinación asimiladora y no sufre, casi, el aislamiento. De no ser por los “pobres judíos orientales”⁽²⁾ que tan obstinadamente hacen recordar sobre su existencia —ora por la emigración, ora por los pogromes— ya hace tiempo que se hubiera olvidado del incómodo problema judío. Es cierto que los grandes capitalistas judíos del Este europeo, que están expuestos más directamente a la presión del desamparo jurídico, se interesan un poco por este desafortunado problema. Pero, para los grandes potentados judíos de la Europa occidental, el mismo no constituye sino un lastre inútil y desagradable. Y, sin embargo, les resulta imposible huir de la presencia de las “pobres masas

orientales". Puesto que la gran burguesía judía hubiera deseado ardientemente perder su propia individualidad nacional, asimilándose por completo a la gran burguesía "nativa" se muestra hipersensible a toda manifestación de antisemitismo, observando, con verdadero espanto, cualquier fenómeno capaz de propagar al movimiento antisemita por el mundo entero. Si el antisemitismo sólo fuera el pasatiempo de algunos maniáticos y psicópatas de la ralea de Drumont y Lueger,⁽³⁾ no sería peligroso. Pero se halla arraigado hondamente en las masas populares, y se nutre de la insatisfacción social de las capas retrasadas del pueblo, condensando una peligrosa reserva de odio antijudío. El antisemitismo se convierte en un movimiento político y se hace peligroso. La judeofobia se alimenta de la competencia nacional entre la pequeña burguesía y las masas desocupadas judías, por un lado, y las cristianas, por el otro. Su veneno alcanza tanto al judío pobre y desamparado, como al poderoso Rotschild, quien comprende perfectamente cuál es la causa de todas sus desgracias: las desamparadas masas judías. Y el plutócrata judío aborrece a estas masas, sin que el antisemitismo le permita olvidar el lejano parentesco que lo vincula a las mismas.

¡Pobre gran burgués judío!: "Zwei Seelen wohnen, ach, in seiner Brust" — "Dos almas moran, ¡ay!, en su pecho"—: el alma de un orgulloso europeo, y el alma de un tutor obligado de sus desgraciados hermanos orientales. De no ser por el antisemitismo imperante en el mundo, fácil le sería desentenderse de la creciente ola de dolor judío que fluye desde el Este europeo, abriéndose camino por las principales ciudades de la Europa occidental. Pero, dejarla librada a su propia suerte, significaría orientar hacia sí el torrente del odio antijudío. Y esto es, precisamente, lo que teme

el plutócrata judío. No le queda, pues, más remedio que interesarse, aun cuando de mal grado, en el problema judío, convertirse en filántropo, y juntar limosnas para los "pobres hermanos necesitados". La gran burguesía judía se interesa en el problema judío, como solución para los demás pero no para sí misma. Ella desconoce este problema y lo comprende muy poco. Su relación hacia el mismo es semejante a la relación de un tutor obligado hacia parientes indeseables. Su aspiración máxima: librarse cuanto antes de este problema y de los parientes indeseables.⁽⁴⁾

CAPÍTULO III

EL NACIONALISMO DE LA BURGUESIA MEDIA

La burguesía media está vinculada mucho más estrechamente a las demás capas del pueblo judío, que la gran burguesía. Para ella, y para la pequeña burguesía, el problema nacional es, en primer lugar, el problema del mercado interno, el cual está relacionado con el idioma nacional y con todo lo que conocemos bajo el nombre de "cultura espiritual": literatura, educación, etc. En los pueblos territoriales, la pequeña burguesía y la burguesía media constituyen los sostenes principales del nacionalismo "cultural", en todas sus formas y expresiones. En los pueblos extraterritoriales, como el pueblo judío, estas dos capas sociales, al carecer de un territorio y de un mercado propio, están expuestas a la influencia del factor asimilador. Pero, debido a la competencia nacional creciente que contra ellas libra la población "nativa", caen también bajo la influencia del factor aislador: en los países atrasados, por la implantación de severas leyes de excepción antijudías; y en los países democrático-burgueses, por el imperio de un boycot social espontáneo, que se torna cada vez más conciente y organizado, y que alcanza al judío burgués en todos los campos de la actividad humana: el comercio, la industria, la "vida social", y la prensa.

Con el fortalecimiento del capitalismo se acrecientan, también, los procesos de la democratización polí-

tica y de la competencia nacional. Algunos publicistas bien intencionados, acostumbrados a escribir sobre el problema judío, contemplan generalmente sólo uno de los dos procesos simultáneos: el de la democratización política, que elimina de las legislaciones "escritas" las discriminaciones antijudías, suavizando algunas manifestaciones tan violentas de la judeofobia como la de los pogromes. Los optimistas no comprenden que el antisemitismo está estrechamente ligado con el desarrollo de la economía capitalista, y que se enfrentan con un régimen burgués pleno de contradicciones. Pero, pasan completamente por alto el proceso sincrónico de la competencia nacional, que acrecienta el odio antijudío en el campo de las "leyes no escritas", haciéndola más conciente y organizando el boycott social contra los judíos, al punto de hacer inocua la lucha de la burguesía judía.

Este aislamiento que afecta, principalmente, al médico, al comerciante, al industrial y al periodista judíos, constituye para ellos una condición de producción que traba el libre desarrollo de sus fuerzas productivas, planteándoles el problema nacional. Esto explica su interés, más o menos directo, por el problema judío, si bien su nacionalismo es de carácter típicamente burgués. La burguesía media, al carecer de una base firme para su lucha por el mercado, se halla inclinada hacia una existencia política independiente y hacia un Estado Judío, dentro del cual podrá desempeñar una función directiva. En los países de antisemitismo desembozado, en los cuales sufre con mayor rigor la presión del desamparo jurídico judío, lucha enérgicamente por los derechos nacionales y civiles de su pueblo. Por otro lado, sufre en forma directa las necesidades de las amplias masas del pueblo judío, y por ello se muestra más inclinada a una política nacional judía. Pero, en

la medida en que logra conservar intactas sus posiciones económicas, y en la medida en que el boycott aún no ha socavado su bienestar material, el centro de gravedad de los intereses de la burguesía media sigue centrado en la diáspora, sus necesidades personales se hallan fuera de la esfera nacional judía, y aún no maduró para ella el conflicto entre sus intereses económicos y las condiciones de producción restrictivas de la vida judía. En una palabra: mientras la burguesía media conserva su carácter de tal, se halla relativamente alejada del problema judío. Es verdad que éste continúa siendo causa de algunas molestias, pero todavía no ha alcanzado un grado de gravedad suficiente como para despertar en ella la voluntad de modificar sustancialmente sus condiciones de vida. La energía nacional de la burguesía media puede ser aprovechada, parcialmente, en un esfuerzo de rehabilitación de la vida judía, pero no puede servir de base para un movimiento de emancipación nacional. No debemos olvidar tampoco el carácter reaccionario y la incapacidad de la burguesía media para realizar una obra social, seria y permanente. Sin la ayuda de otras capas progresivas del pueblo, ella es impotente para crear los elementos determinantes de los grandes cambios sociales e históricos, y para aportar nuevas formas a los elementos ya existentes. La política nacional independiente de la burguesía media tiene más visos de pasatiempo, que de una actividad social seria y responsable.

CAPITULO IV

EL NACIONALISMO DE LA PEQUEÑA BURGUESIA Y DE LAS MASAS PROLETARIZANTES JUDIAS

EN los marcos de nuestro análisis, podemos colocar bajo una misma rúbrica a la pequeña burguesía y a las masas proletarizantes judías. Debido a toda una serie de circunstancias históricas, esta capa incluye en su seno a la inmensa mayoría del pueblo judío. Para nosotros, sionistas proletarios, ella es doblemente interesante: en primer lugar, porque el proletariado judío recién acaba de liberarse de la compacta masa de la pequeña burguesía, siendo difícil comprender al primero sin analizar previamente al cuerpo que le dió origen; y, en segundo lugar, porque la pequeña burguesía y las masas proletarizantes judías forman la materia prima con la cual los procesos inmanentes ⁽⁵⁾ de la dinámica judía, en regulación conciente y organizada, levantarán el edificio de la futura economía nacional.

Todo el peso agobiador de la competencia nacional, del desamparo jurídico judío, del aislamiento, y del boycot social espontáneo y organizado, recae sobre los hombros de la pequeña burguesía judía. Además del desalojo y de la ruina económica, que constituyen fenómenos comunes a toda burguesía dentro del régimen capitalista, se agrega en el caso de la pequeña burguesía judía, su incapacidad para resistir los embates de la competencia nacional, por lo que es arruinada más rápida y radical-

mente que la pequeña burguesía de cualquier otro pueblo. Se crea la necesidad de proletarizarse, pero esta necesidad no puede ser satisfecha, ni desde un punto de vista cuantitativo ni desde un punto de vista cualitativo. La economía capitalista no puede, en general, prosperar y desarrollarse sin la ayuda de un "ejército de reserva"; pero la pequeña burguesía judía suministra a este "ejército" un porcentaje de obreros muy superior a los de otros pueblos. Si dividiéramos la producción mundial en dos grupos: uno, dedicado a la elaboración de instrumentos de producción, y el otro a la fabricación de bienes de consumo, comprobaríamos que el capital judío se halla invertido, principalmente, en el intercambio de mercancías o de dineros, y en la medida en que lo está también en la producción, sólo lo está en los medios de consumo.⁽⁶⁾ Bajo la presión de la rivalidad nacional entre las masas proletarizantes en demanda de trabajo, el obrero judío sólo encuentra ocupación en las empresas de capital judío: la judeofobia de los patrones y obreros gentiles elimina, prácticamente, a la mano de obra judía de los talleres y empresas no-judías.

Además del boycott social, tanto espontáneo como organizado, existen otros factores immanentes que contribuyen a inhabilitar al obrero judío en su competencia con el obrero gentil, en demanda de trabajo. Las masas proletarizantes judías son, en su mayoría, de procedencia urbana, en tanto que sus competidores no-judíos son de procedencia campesina, lo que les confiere a éstas una situación ventajosa frente a los obreros judíos: músculos fuertes, exigencias escasas, y la posibilidad de conformarse con salarios reducidos, aun cuando más no fuera que por el sólo hecho de resultarle más barata la vivienda, la vestimenta y la alimentación que, a veces, obtiene "gratuitamente" de la hacienda abandonada en el campo. El obrero judío, en cambio, procedente de la ciudad y

habituaado a una vida no-proletaria, se orienta más fácilmente que el obrero gentil en el laberinto de los problemas sociales, y entra antes que él en lucha contra sus patrones, en defensa de sus intereses de clase. A ello agrégase otro factor, típicamente judío: al obrero judío le resulta difícil desacostumbrarse de su tradicional descanso sabático. Y, finalmente, el obrero judío carece de una preparación técnica y profesional adecuada. Pero, todas estas características constituyen sólo factores secundarios: el factor principal y permanente, es la competencia nacional. Esta competencia se deja sentir también en los países de desarrollo capitalista avanzado, hacia los cuales se ven obligados a inmigrar las masas proletarizantes judías, en demanda de trabajo. En América, Inglaterra, o Sud Africa, estas masas vuelven a tropezar con la presencia de compactos grupos de inmigrantes no-judíos, los cuales siguen aventajádaslas física y técnicamente. La mano de obra judía vuelve a colocarse al servicio del capital judío; con la maduración de los conflictos nacionales, se agudiza nuevamente la competencia nacional que da lugar a la aparición de un boycot social organizado y conciente, que a su vez se manifiesta en la promulgación de leyes restrictivas a la inmigración. Tanto en América como en Gran Bretaña se observa un incremento del antisemitismo, con todas sus características y consecuencias reaccionarias. El capital judío, presionado por la competencia nacional, se convierte en el único empleador de la mano de obra judía, y la necesidad de proletarización de las amplias masas judías no es satisfecha desde un punto de vista cuantitativo.

Pero, esta necesidad tampoco es satisfecha cualitativamente. Y ello, por una razón muy sencilla: el capital judío se halla invertido casi exclusivamente en la producción de los bienes de consumo, donde prevalece

el trabajo por temporada y a destajo, con sus pequeños talleres y su gran explotación, y donde no se conoce el trabajo mecanizado. La exclusión del trabajo judío de la industria pesada y mecanizada se ha convertido en un fenómeno tan difundido, que ha llegado a inculcar en los obreros gentiles la creencia que dichas ramas son de su monopolio exclusivo. Los choques ocurridos recientemente entre obreros judíos y gentiles en Bialistok, constituyen uno de los muchos ejemplos que encontraron eco en las columnas de la prensa.

Para la pequeña burguesía judía, en proceso de pauperización, el problema nacional consiste en la búsqueda de un mercado que la libere del terrible aislamiento que la persigue por el mundo entero. El problema nacional es, para ella, una cuestión de vida o muerte que la arranca de sus antiguos lugares de residencia para transportarla, por mares y océanos, hacia nuevos horizontes. Pero, tampoco en ellos encuentra satisfacción a sus necesidades: es arruinada nuevamente, hundida en la miseria, y se ve obligada a ofrecer su fuerza de trabajo al mercado, engrosando las filas de las masas proletarizantes. Mas la competencia nacional sólo le permite la proletarianización en los estadios *más inferiores* del proceso productivo, o sea, en la elaboración de los bienes de consumo y en la manufactura. Esto da lugar a un conflicto nacional entre la necesidad de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes de hallar un lugar para el libre desarrollo de sus fuerzas productivas, y la imposibilidad de satisfacerla por la presión de las condiciones de producción externas. El problema nacional de la pequeña burguesía se expresa, pues, en la búsqueda de un mercado nacional propio y en la defensa de todo lo vinculado al mismo: idioma, educación nacional, "cultura espiritual", etc. Pero, en esencia, no se trata sino de un problema de emi-

gración. Este contenido emigratorio del problema nacional se manifiesta claramente en las masas proletarizantes judías, carentes de territorio y, por consiguiente, de un lugar de trabajo propio.

Las masas proletarizantes judías y, en parte, también la pequeña burguesía judía, no sólo sienten al problema judío en sus manifestaciones más violentas, sino que lo propagan también por el mundo entero y crean un problema judío allí donde antes no existía. Las masas judías transfieren el problema judío a los países inmigratorios, sembrando sus semillas en los países de tránsito en los cuales, a veces, se ven obligados a detenerse sin poder seguir adelante. Este peregrinaje judío, sumado a la rápida pauperización de las masas de la pequeña burguesía judía, en sus antiguos y nuevos lugares de residencia, convierte al problema judío en un problema de contornos mundiales, tanto para la sociedad judía como para la no-judía de la que forman parte aunque no puedan arraigarse en ella, y a cuya solución se ven abocados no sólo los grandes plutócratas judíos, sino también las fuerzas políticas de las naciones civilizadas. Mientras exista en el mundo la pequeña burguesía y el "lumpen-proletariado" desocupado —remanentes del pasado que no han logrado adaptarse a las poderosas tendencias del presente; capas social y psicológicamente desorganizadas, que encierran en sus entrañas los gérmenes del caos y de la descomposición—, seguirá existiendo también el populacho vulgar, que imprime a todas las cosas su propio sello de anarquía y de reacción. Cuando estas fuerzas son libradas a su propia suerte, sólo traen a la vida social, anarquía y desorganización. Los elementos progresistas y las fuerzas gobernantes de la sociedad, se ven obligadas a estar siempre alertas para evitar que la pequeña burguesía y el "lumpen-proletariado" puedan ocasionar daños irreparables.⁽⁷⁾ Pero

estos rudimentos anacrónicos del pasado, estos productos desmoralizados del conflicto entre el capitalismo y el régimen del feudalismo, introducen también en la solución del problema judío, sus rasgos característicos. Los pogromes y otras formas de reacción primitivas y caóticas: tales son sus métodos de solución preferidos; métodos, que si bien no logran alcanzar su objetivo, sirven, sin embargo, para envenenar la vida judía y para provocar la aparición de fenómenos enfermizos en la vida política y social de la sociedad circundante. Este populacho vulgar e ignorante, educado sobre las contradicciones de la economía capitalista y sobre los antagonismos entre ésta y las formas de producción precedentes, es igual en todas partes: en Bakú y en Londres, en Kishiniev y en Nueva York, en Nueva Orleans y en Berlín, en Tokio y en Melbourne, en San Francisco y en Viena. Siempre y por doquier, su método es el mismo: matanza y violencia. En Rusia y Galitzia, la matanza de judíos; en el Cáucaso, el asesinato de armenios; en los EE. UU., la masacre de chinos y de negros. En este populacho se apoyan los aventureros políticos de la ralea de Napoleón III y todas las fuerzas oscurantistas de las formaciones sociales decadentes.

Esta energía oscurantista del populacho internacional, diligentemente cultivada por el régimen decadente, constituye una amenaza constante al orden y la tranquilidad de los países democráticos. Pero, mientras sigan existiendo la pequeña burguesía y las masas proletarizantes; mientras siga librándose una competencia nacional entre éstas y las capas judías correspondientes, o sea, mientras siga imperando el régimen capitalista, será inevitable el empleo de métodos tan antisociales como los utilizados en la solución del problema judío por los elementos más oscurantistas de la sociedad, bajo la dirección de la burguesía media y de la intelectualidad

chauvinista. Sin embargo, los países democrático-burgueses no pueden tolerar el empleo de métodos semejantes, en la solución de sus problemas vitales.

La democratización del Estado burgués no está en condiciones de eliminar los pogromes, pero éstos se tornan cada vez más incómodos para la misma sociedad circundante. Las matanzas no pueden ser toleradas por los gobiernos burgueses que valoran, en grado sumo, la ley y el orden, en los intereses del desarrollo ininterrumpido del capitalismo, si bien no siempre logran asegurar su imperio efectivo. Los desórdenes callejeros y los escándalos públicos no coinciden con los intereses de la burguesía gobernante. Ellos tampoco sirven a los intereses de la oposición proletaria, porque entorpecen el curso normal de la vida política. En una palabra: en los países democráticos, tanto la burguesía gobernante como el proletariado revolucionario están interesados por igual en la solución planificada y metódica de los distintos problemas sociales, y también del problema judío. Pero los remanentes sociales reaccionarios, engendrados por el capitalismo, plantean siempre en forma caótica el problema judío y el problema nacional, en general. Esto, sumado a las consecuencias directas de la pauperización y del peregrinaje judío, convierten al problema judío en un problema internacional en cuya solución están interesados también los pueblos circundantes.

Pero, ¿en qué dirección debe buscarse la solución? Mientras el problema judío estuvo circunscripto únicamente a los países feudales, no existieron aquellos factores capaces de agudizar el conflicto e impulsarlo hacia una solución. Estos factores son: el aislamiento absoluto, el peregrinaje típicamente judío, y el creciente interés mundial en la solución del problema judío. Todos estos factores son de reciente aparición y se hallan vinculados, estrechamente, al desarrollo de la economía capitalista.

En estas circunstancias es imposible buscar una solución en la asimilación, en la que tanta gente confía todavía. Por paradójico que parezca, es absolutamente cierto el aserto de que las perspectivas asimiladoras eran mucho menos utópicas en la Edad Media, que en la época actual. Durante la Edad Media, el aislamiento judío no fué tan completo como lo es hoy en día, y a pesar de hallarse los judíos alejados de los procesos básicos de la producción, desempeñaron funciones económicas importantes que estimularon el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad circundante, siendo "útiles" a la misma. En aquella época, todo el mundo civilizado era su mercado nacional. Más tarde, con la aparición del capitalismo mercantil, los judíos fueron expulsados de sus lugares de residencia, pero esto no ocurrió en todos los lugares a un mismo tiempo. Cuando la competencia nacional de la pequeña burguesía "nativa" expulsaba a los judíos de un sitio, éstos emigraban a otro país, donde volvían a ser "útiles", o sea, donde podían caer nuevamente bajo la presión de la explotación nacional. En esta forma, pasando de la esfera de la competencia nacional a la de la explotación nacional, los judíos fueron desplazándose gradualmente del occidente al oriente europeo.

Solamente durante el primer período del naciente capitalismo industrial dominó fuertemente en la vida judía el factor asimilador. La revolución industrial derribó las murallas del Gheto, arrojando a los judíos al ancho campo de la libre competencia. La época del choque decisivo entre el capitalismo y el feudalismo, fué también el período de oro de la asimilación judía. Pero poco después hizo su aparición un correctivo implacable a la libre competencia individual: la competencia nacional, y el factor asimilador tuvo que dejar su lugar al factor aislador. Todos los asimiladores judíos

son, en esencia, utópicos, y nadan contra las corrientes reales de la dinámica judía. La creciente competencia nacional no asimila al judío sino, por el contrario, lo nacionaliza; unifica las dispersas partes del pueblo judío, fortalece su conciencia nacional, y agudiza el problema judío en todo el mundo. Paralelamente, con el desarrollo de las fuerzas nacionales internas, la creciente competencia nacional provoca el interés mundial por una solución planificada del problema judío.

La causa fundamental de estos procesos, que hallan su expresión en el peregrinaje judío, es la competencia nacional. Un análisis detenido de las tendencias de este peregrinaje nos proporcionará una visión más exacta de las perspectivas del futuro desarrollo de la dinámica judía.

La emigración, al transportar al judío a un país nuevo a cuyas condiciones no está acostumbrado, no soluciona por sí sola el problema judío. Por esta razón, la emigración judía, lo mismo que toda otra emigración nacional, se ha visto obligada a desarrollar inmanente-mente una forma de adaptación especial, consistente en la concentración de las masas inmigrantes. Esta concentración facilita el proceso de la adaptación a las nuevas condiciones, pero acelera al mismo tiempo la aparición de la competencia nacional en los países inmigratorios. Si el gran número de inmigrantes judíos concentrado en las ciudades de Nueva York, Filadelfia y Chicago, se hubiera dispersado por todo el territorio de los Estados Unidos, sería dudosa la aparición de la competencia nacional; pero, al mismo tiempo, sería problemática la posibilidad de subsistencia de los judíos como tales en aquel país. Las contradicciones externas de la inmigración judía —el conflicto entre las costumbres cultivadas en los antiguos lugares de residencia, y las condiciones imperantes en los nuevos países inmigrato-

rios— determinan la necesidad de concentrarse. Pero, esta concentración encierra una doble contradicción interna: en primer lugar, la concentración, que tiende a facilitar la adaptación a las nuevas condiciones, pone en actividad al factor aislador, que lo impide; y, en segundo lugar, los inmigrantes que buscan en la nueva tierra un acceso a formas de producción superiores, al concentrarse en las grandes ciudades y transportar a ellas las antiguas costumbres económicas, se condenan a seguir aferrados a los estadios últimos del proceso productivo, la manufactura y la elaboración de bienes de consumo, quedando insatisfecha, cuantitativa y cualitativamente, la necesidad de proletarizarse y de desarrollar las propias fuerzas productivas.

Las contradicciones inherentes a este proceso, hacen insatisfactorias las antiguas formas de adaptación y las limitan, detienen la concentración en algunos lugares y provocan la emigración y concentración en nuevos lugares, conduciendo hacia la descentralización de las masas inmigrantes concentradas. Los judíos no se concentran en un solo punto, sino en varios, en grupos menores y mayores. Pero las concentraciones que están en proceso continuo de descentralizarse, no solucionan el problema judío, sino, por el contrario, lo multiplican. En vez de abarcar a un solo punto de concentración, las contradicciones proliferan en todos los lugares y el problema judío se agudiza aun más, y adquiere en forma creciente un carácter internacional. Estas contradicciones de la concentración judía, dan lugar a la generación de dos necesidades importantes en el seno de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes judías.

La contradicción entre la necesidad de penetrar en los estadios de producción superiores y la imposibilidad de satisfacerla en los países de adelantado desarrollo capitalista por medio de la concentración, hace nacer la

necesidad de una inmigración concentrada a un país económicamente atrasado donde los judíos puedan ocupar, de inmediato, una posición dominante. En lugar de dirigirse hacia países de desarrollo capitalista avanzado, se hace necesario orientarse hacia países de desarrollo económico primitivo, con fácil acceso a los estadios superiores de la producción. En una palabra: aparece la necesidad de transformar al peregrinaje judío, de un movimiento exclusivamente inmigratorio, en un movimiento colonizador.

Por otra parte, la contradicción entre la tendencia a la concentración y entre la descentralización inmigratoria, plantea la necesidad de orientar a la inmigración judía hacia un territorio determinado en el cual los judíos puedan colonizarse libremente; o sea, surge la necesidad de solucionar territorialmente el problema judío.

¿Cuáles son las fuerzas capaces de transformar a esta necesidad, de un simple anhelo subjetivo, en un poderoso instinto social que tienda a concretarse en la vida? No nos referimos aquí a las fuerzas de estimulación externas, sino a las tendencias internas de la dinámica judía.

Para desviar a la emigración judía de los caminos que la condujeron, en el pasado, hacia los países de desarrollo capitalista avanzado, convirtiéndola en una empresa colonizadora de países de desarrollo capitalista atrasado, no es suficiente con que la colonización resulte ventajosa a los judíos. Es necesario, también, que la inmigración a los antiguos centros se torne cada vez más difícil y complicada. Y esto es lo que ocurre hoy en día. La competencia nacional hace, cada vez, más imposible la inmigración de los judíos a los grandes países capitalistas; junto a la necesidad emigratoria aumenta la dificultad de entrar en los antiguos países inmigratorios; y la búsqueda de nuevos centros se desplaza gra-

dualmente hacia los países de economía semi-agrícola.

Para evitar la descentralización de la concentración inmigratoria, son necesarias fuerzas unificadoras capaces de introducir el elemento de la planificación dentro de los procesos inmanentes de la dinámica judía. Mientras tales fuerzas no existan, la inmigración judía seguirá disgregándose inevitablemente. Para que ello no ocurra, se impone la presencia de un nuevo elemento conciente ⁽⁸⁾; se impone la organización de las masas emigrantes y la regulación inmigratoria.

¿Quién realizará esta empresa? El material pasivo de los procesos inmanentes —la pequeña burguesía y las masas proletarizantes— no está en situación de poder modificar sus condiciones migratorias, ni de introducir en ellas el momento revolucionario de la organización. La gran burguesía judía y la burguesía media, son demasiado reaccionarias y están interesadas muy poco en el problema judío como para encargarse, voluntariamente, de solucionarlo. Para introducir este momento revolucionario en los procesos inmanentes de la inmigración judía, hace falta la participación de la clase social revolucionaria: el portador del futuro de la sociedad humana. El proletariado judío es quien introducirá en los procesos inmanentes, el elemento de la organización y de la regulación planificada, y quien creará las condiciones necesarias para una colonización judía en los países de economía semi-agrícola.

Emigración de la pequeña burguesía y de las masas proletarizantes; concentración de los inmigrantes judíos en los nuevos lugares de residencia; regulación planificada de la inmigración que se concentra —tales son los tres momentos característicos de la dinámica judía. Los dos primeros son creados por los procesos inmanentes de la realidad judía, y el tercero es introducido por el proletariado judío organizado,

"El pueblo judío necesita un territorio". Este pensamiento claro y sencillo empezó, en los últimos tiempos, a propagarse ampliamente en el seno de la sociedad judía. La gran burguesía judía no tiene mayor necesidad de un territorio, pero éste le será de utilidad para alejar de sí a las aborrecidas masas populares judías. La burguesía media necesita al territorio como mercado nacional y "Estado propio", en el cual podrá desempeñar las funciones más importantes y ocupar las posiciones más distinguidas, sin temer al boycott ni al antisemitismo; donde podrá desarrollar una cultura "verdaderamente judía" y cultivar las peculiaridades nacionales del pueblo judío, en beneficio propio y para gloria de su pueblo. Para la pequeña burguesía el territorio es tan necesario como el aire a los pulmones, a fin de proteger su desamparada existencia económica y asegurarse un mercado interno estable.

La burguesía media puede todavía darse el lujo de entonar loas al Sionismo y al Territorio, "jugar a la política" en Congresos y Asambleas, y autosugestionarse con el sonido de frases grandilocuentes y el esplendor de aparentes formas parlamentarias. Pero la pequeña burguesía ni siquiera puede esto: a ella sólo le resta soñar con el Estado propio. Y menos aun lo pueden las masas proletarizantes judías, errantes por el mundo entero en demanda de un lugar de trabajo. Ellas forman el material pasivo de la inmigración, y son incapaces de realizar por sí solas cualquier empresa de significación histórica.

De entre todas estas capas sociales, tan solo puede esperarse algo de parte de la burguesía media: ella posee todavía cierta dosis de iniciativa, aun cuando sus impulsos estimulantes son demasiado débiles. Pero hace falta una severa agudización de los conflictos sociales y

la aparición de tendencias nuevas, para poder aprovechar debidamente su inclinación territorialista.

La economía capitalista ha alcanzado un grado de desarrollo tal, que hace inconcebible hoy en día la posibilidad de cambios revolucionarios sin la participación del proletariado revolucionario. Ya lo afirmaron acertadamente los primeros socialdemócratas rusos: "La liberación de Rusia será la obra del movimiento obrero o no se realizará del todo". Lo mismo podemos afirmar nosotros en relación al territorialismo: "La liberación del pueblo judío será la obra del proletariado judío, o no será realizada del todo". Pero el proletariado sólo tiene un camino: el de la lucha de clases, y ésta es efectiva cuando asume un carácter político. El territorialismo podrá ser, como lo es, una necesidad imperiosa del pueblo judío, pero seguirá siendo una utopía mientras el proletariado judío se mantenga al margen del movimiento territorialista y no lo realice por su camino propio y específico: el de la lucha de clases.

El sionismo proletario sólo es posible cuando el sionismo puede ser realizado a través de la lucha de clases; y el sionismo es realizable sólo cuando es posible el sionismo proletario. Si el proletariado judío no tiene caminos propios y específicos para la realización del Sionismo, éste se convierte en un sueño vacío y utópico.

CAPÍTULO V

EL NACIONALISMO DEL PROLETARIADO JUDÍO

EL sionismo proletario es un producto complejo de la prolongada historia del desarrollo ideológico del proletariado judío. Pero si separamos de él todo lo que tiene de casual, de local, y de transitorio, todos los sacudimientos que obstaculizan inevitablemente el desarrollo normal de los procesos sociales trascendentes, hallaremos una línea de consecuencia inalterable, en concordancia directa con la ley de la economía de fuerzas.

Como todo otro movimiento social, así también el desarrollo del pensamiento proletario es un producto del conflicto entre la necesidad de las amplias masas y la imposibilidad de satisfacerla. Los factores que determinan el conflicto, operan en dos direcciones fundamentales: en la del conflicto *social directo* entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *relaciones* de producción en que viven; y, en la del conflicto *nacional directo* entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el conjunto de las *condiciones* de producción en las que actúan. Estos conflictos plantean ante el proletariado judío, dos problemas fundamentales: el problema social y el problema nacional; y le imponen dos tareas básicas: la eliminación de las antiguas formas de producción que obstaculizan el desarrollo normal de sus fuerzas

productivas, y la anulación de la presión nacional, que constituye un obstáculo no menor a su libre desarrollo.

El conflicto social es siempre más claro y más cercano al obrero, que el conflicto nacional. El primero se libra dentro de la esfera de las relaciones personales entre el obrero y el patrón; y el régimen capitalista, al entregar al obrero el control sobre el movimiento de los instrumentos de producción, lo coloca, de facto, en posición ventajosa para la lucha. La explotación económica del asalariado, por un lado, y la posibilidad de éste de recurrir a la huelga, por el otro, confieren al conflicto social un carácter claramente económico. Para captarlo, el obrero no tiene necesidad de un desarrollo prolongado del mismo. Mucho más complejo es, en cambio, el carácter político del conflicto social. Aquí los factores determinantes se hallan más alejados de la esfera directa del obrero, y su choque con ellos no se produce sino en una etapa más avanzada de la lucha económica.

Regulado por la ley de la economía de fuerzas —el gran principio que actúa en la mecánica social, y que es, a su vez, fruto del principio más general de la reserva de energías— cada conflicto entre la necesidad de las amplias masas y la imposibilidad de satisfacerla, tiende, primero, a encontrar su solución en el seno de las condiciones que lo originaron, y sólo gradualmente madura la necesidad de modificarlas. En esta forma, el proletariado tiende primero a la liberación económica, y sólo más tarde adquiere su lucha un carácter político. El proletariado judío atravesó, rápidamente, por estas dos etapas de desarrollo principales del conflicto social: su lucha económica devino en lucha política, debido a las condiciones excepcionalmente duras del régimen zarista ruso.

El conflicto nacional es, siempre, mucho más complejo que el conflicto social. Aquí las relaciones perso-

nales entre el opresor y el oprimido no juegan un papel tan importante y, junto al carácter personal de los *choques* nacionales, se destaca también el carácter impersonal de la *presión* nacional. Este carácter impersonal, inmanente, de la explotación de clase, se revela en una etapa relativamente avanzada de la evolución ideológica del proletariado, mientras que la opresión nacional manifiesta, de inmediato, sus rasgos super-individuales. El judío oprimido no se enfrenta con un "gentil" particular, sobre quien recae la culpa por sus sufrimientos. Es evidente que lo oprime todo un grupo social y que para modificar su relación social con este grupo, no posee en la primera etapa energías suficientes. Para poder plantear el problema en sus términos exactos, es necesaria una agudización manifiesta del conflicto nacional, y la inversión de una suma ingente de energías.

El pensamiento progresista no ha abarcado todavía en toda su magnitud la cuestión nacional, en tanto que la cuestión social ya fué objeto de estudios profundos y prolongados. Se puede afirmar, sin temor a la exageración, que la cuestión nacional está aún a la espera de su intérprete, y que se encuentra actualmente tan a oscuras como con algunos decenios atrás.⁽⁹⁾

De ahí que las etapas de desarrollo del conflicto nacional sean mucho más numerosas que las del conflicto social. Y aquí entra en función la ley de la economía de fuerzas. El proletariado judío busca, en un principio, resolver su problema nacional dentro del marco de las condiciones que le dieron origen, y sólo gradualmente se orienta por el camino de la verdadera solución revolucionaria: el de la necesidad de transformar radicalmente las condiciones mismas de su existencia nacional.

Las adaptaciones primitivas y elementales están condenadas a la desaparición, para ser reemplazadas

por otras más complejas y más orgánicas. En los conflictos prolongados, el futuro jamás pertenece a las adaptaciones simples y primitivas. Pero mientras hacen su aparición las adaptaciones más complejas, se extienden y se difunden las reacciones primitivas. El futuro pertenece, sin embargo, a las formas de adaptación complejas, por más que, momentáneamente, aparentan imponerse las formas primitivas.

Estas diferencias entre el conflicto social y el conflicto nacional encuentran, a veces, su expresión ideológica en el marco de un mismo programa proletario, al incluir junto a una adaptación superior al conflicto social: una reacción primitiva frente a la presión nacional. Semejante programa, que es progresista en su concepción de las tareas de clase y de las *relaciones de producción*, puede resultar reaccionario en su concepción del problema nacional y de las *condiciones de producción*. Analizados desde este punto de vista, los programas políticos de los diferentes partidos proletarios judíos —excluyendo al partido de los Poalei Sionistas, de la vieja ciudad de Minsk, que nada tiene de proletario— comprobaremos que todos ellos —el programa del “Bund”, el de los “Sionistas Socialistas” (S. S.), y el de los “Poalei Sionistas”— son de carácter progresista en cuanto a las relaciones de producción, a la lucha de clases y a la cuestión social; pero difieren en cuanto a la cuestión nacional. Mientras que el programa nacional de los “Poalei Sionistas” es de carácter progresista y proletario, el de los “S. S.”, en cambio, denota los síntomas de un desarrollo incompleto, y el del “Bund” es francamente primitivo y reaccionario.⁽¹⁰⁾ El hecho de que las amplias masas del proletariado judío siguen manteniendo su fidelidad al “Bund”, demuestra que aún no han madurado los conflictos nacionales y que se hallan amplia-

mente difundidas las adaptaciones primitivas y elementales.⁽¹¹⁾

El futuro pertenece siempre al programa progresista. Los programas retrógados están condenados a desaparecer en el curso del desarrollo de los conflictos nacionales, por más prósperos que sean en la actualidad los partidos que los formulan. El éxito momentáneo de un programa no significa, todavía, que el mismo exprese fielmente los intereses y la ideología verdadera de la clase obrera, como tal.

La misión histórica de la clase proletaria está perfectamente definida, y es de carácter específicamente clasista. Pero los obreros que la integran no están cortados todos por la misma tijera, y a menudo presentan desviaciones básicas del tipo de proletario militante. En los primeros tiempos de su aparición social, los obreros no consiguen liberarse de muchas supervivencias reaccionarias de la época en que, como individuos, militaron en las filas de capas sociales más rezagadas. El proletario de hoy en día, abanderado de la lucha anticapitalista, pertenecía antes a la pequeña burguesía y era un pequeño propietario, que, una vez arruinado y "liberado de la propiedad", permaneció hasta su ingreso a las filas del proletariado en la capa intermedia de las masas proletarizantes.

En esta forma, se confunden en la psicología de clase del obrero las supervivencias de la ideología pequeño burguesa y de la ideología de las masas proletarizantes, y sólo gradualmente y con la agudización de los conflictos sociales, la ideología proletaria de la lucha de clases logra expulsar, definitivamente, las antiguas supervivencias reaccionarias. Ello explica el por qué del éxito tan frecuente, pero pasajero, de corrientes anti-proletarias y reaccionarias, como las del socialismo-cristiano, del anarquismo, etc.

Y aquí tropezamos, nuevamente, con las consecuencias de las diferencias fundamentales existentes entre la simplicidad relativa del conflicto social y la complejidad del problema nacional. Muchas veces se afirma, con razón, que tal o cual interpretación o propaganda oscurece la conciencia proletaria. Este "oscurecimiento" es posible gracias al dualismo existente en la psicología del obrero y a las supervivencias de su anterior militancia clasista. En la mayoría de los casos, el mismo se produce en el terreno de los conflictos nacionales. Es cierto que a veces se manifiesta también en el terreno social, como en el caso de la demagogía anarquista. Pero el anarquismo tiene mayor éxito entre los elementos desocupados y entre los obreros aislados de mejor calificación de trabajo. Entre las masas compactas de las grandes fábricas, la agitación anarquista se estrella contra la oposición de la conciencia de clase proletaria, formada, inmanentemente, bajo la presión de los conflictos sociales prolongados. La demagogía chauvinista se impone, en cambio, con mayor facilidad entre los obreros en quienes el odio nacional se desarrolla junto a la aversión contra el explotador, y junto a conceptos bastante nebulosos del socialismo.

No es de extrañar, pues, que en el marco de un mismo programa obrero encontremos, junto a elementos proletarios progresistas, en el terreno social —elementos reaccionarios y pequeño burgueses, en el terreno nacional. Y ello con mayor razón todavía, tratándose del problema judío —el problema nacional más complejo y difícil del mundo. La solución acertada del mismo exigiría la inversión de una cantidad demasiado grande de energías: por ello las formas de reacción iniciales, son, en los partidos proletarios judíos, primitivas y reaccionarias, y no se basan sobre fundamentos progresistas, sino sobre elementos anacrónicos y peque-

ño burgueses, propios del período de transición de la pequeña burguesía a las filas del proletariado.

¿En qué consiste, pues, el problema nacional para el proletariado en general? ¿Cómo se plantea para él, el conflicto prolongado entre el desarrollo de sus fuerzas productivas y entre las condiciones de producción del grupo nacional, al que pertenece?

El proletariado debe ser considerado desde dos ángulos diferentes: de un lado, como una suma de obreros que elaboran, en conjunto, la riqueza social; y, del otro, como una clase que desarrolla una política propia, y que lucha contra las demás clases de la sociedad. El obrero, como tal, está interesado en la elevación de su salario y en el mejoramiento de sus condiciones de trabajo. Para conseguirlo debe proveerse, en primer término, de un lugar de trabajo, entrando en competencia con otros individuos carentes de ocupación. En la medida en que el obrero debe competir por un lugar de trabajo, continúa perteneciendo a las masas proletarizantes, careciendo todavía de una fisonomía proletaria definida. Esta fisonomía sólo es adquirida después de haberse asegurado un lugar de trabajo, y de haber iniciado la lucha contra el capital por el mejoramiento de sus condiciones de vida. Desde ese momento, el lugar de trabajo se convierte en una base estratégica, y la solidaridad de clase reemplaza a la antigua competencia y lucha inter-obrera. Sin embargo, esta solidaridad no constituye una garantía contra el retorno de la competencia: siempre amenaza al obrero el peligro de la pérdida de su lugar de trabajo, induciéndole a una actitud defensiva frente a sus propios hermanos de clase. El obrero vuelve a aparecer como miembro potencial del "ejército de reserva", aflorando nuevamente los intereses que lo impulsan a aferrarse a su lugar de trabajo. En esta forma, en medio

de altibajos pronunciados, va cristalizándose, gradualmente, el espíritu proletario, purificado por los sufrimientos, y templado en el yunque de la lucha por el pan y el trabajo. Lentamente y con dificultad, se va forjando la conciencia de clase proletaria.

El obrero que, por su inseguridad económica, se halla encadenado a su lugar de trabajo, sin haber logrado elevarlo a la categoría de una base estratégica, no está en condiciones de desarrollar una acción política independiente ni de desempeñar una función histórica importante. Se convierte en un mero protagonista de los procesos inmanentes, pero no en dueño de su propio destino. El proletariado como clase, excluye, en cambio, la competencia entre los obreros por el lugar de trabajo, e impone la solidaridad de clase en la lucha contra el capital. Los intereses del obrero coinciden con los intereses del lugar de trabajo, sólo en la medida en que el primero aún no ha logrado liberarse de la capa de las masas proletarizantes, a cuyas filas ha pertenecido y en las cuales está en peligro de volver a caer. Los intereses del proletariado como clase social, coinciden, en cambio, con los intereses de la base estratégica, o sea, con los intereses del conjunto de las condiciones, en las que libra su lucha. En resumen: el desarrollo de las fuerzas productivas de las masas proletarizantes, impulsa a éstas a la búsqueda de un lugar de trabajo; el desarrollo de las fuerzas productivas del proletariado, exige la existencia de una base estratégica normal para la conducción de una lucha de clase efectiva. Los intereses de la base estratégica no son menos materialistas ni más idealistas que los intereses del lugar de trabajo, pero mientras que los primeros representan los intereses de toda una capa social, los segundos lo son únicamente de individuos

o de grupos. En la esfera de los intereses del lugar de trabajo, se produce no sólo una competencia individual, sino, también, una competencia nacional entre los obreros. El desarrollo de la base estratégica elimina tanto a la una como a la otra. Pero es imposible luchar sin trabajo; y mientras un grupo de obreros continúe sujeto a la competencia nacional, no podrá librar exitosamente su lucha de clase, con la consiguiente repercusión negativa sobre su base estratégica.

El proletariado como clase está, pues, alejado de la competencia nacional, aun cuando ésta puede influir indirectamente sobre sus intereses. Mientras que en la pequeña-burguesía y en las masas proletarizantes, los conflictos nacionales hallan su expresión concreta en la *lucha* nacional, en el proletariado asumen, en cambio, la forma de una *cuestión* nacional. Esto no significa, empero, que la cuestión nacional se plantea ante el proletariado en forma menos aguda que ante las demás clases de la nación. Para él, el problema nacional es un resultado del conflicto entre el desarrollo de sus fuerzas productivas y las condiciones anormales de su base estratégica —conflicto que conduce hacia la profundización de la conciencia nacional del proletariado.

Existe, sin embargo, una diferencia fundamental entre la conciencia nacional del proletariado y la de las demás clases sociales. En algunas clases que conservaron un carácter de casta, la conciencia nacional está separada de la conciencia social, actuando ambas en forma independiente. Este fenómeno puede ser observado en los países económicamente atrasados. Así, por ejemplo, los ricos terratenientes feudales de Rusia son, por un lado, "genuinos patriotas rusos"; y, por el otro, miembros de la nobleza. Como rusos se "preocupan" por el bienestar de todo el pueblo, pero como "nobles" están dispuestos a explotar al pueblo todo.

La burguesía media, la pequeña burguesía y las masas proletarizantes, carecen por lo general de conciencia de clase propia, la que se halla diluída en la conciencia nacional. La conciencia de clase es anatemizada como un peligro para la "unidad nacional". Todas estas clases son *nacionalistas*. Sólo el proletariado vincula el problema nacional a las necesidades de la base estratégica y de la lucha de clase. En el proletariado de los pueblos oprimidos, la opresión nacional afecta a las condiciones de la base estratégica, estableciéndose una vinculación estrecha entre la conciencia nacional y la conciencia social.

Es importante señalar una característica peculiar de esta vinculación. Al no tener los intereses nacionales del proletariado nada en común con la lucha nacional, el nacionalismo proletario no asume un carácter agresivo. Este nacionalismo es, en esencia, negativo: desaparece con la normalización de la base estratégica; y se nutre de raíces negativas: de las anomalías sociales y económicas. Esto no significa que carezca de un contenido nacional positivo. Todo lo contrario: al nutrirse *objetivamente* de raíces negativas, el nacionalismo proletario adquiere un contenido positivo. Y ninguna clase ofrece ni puede ofrecer un programa nacional tan real como éste que presenta el proletariado. Pero, el carácter y la procedencia *negativas* del mismo, dificultan su comprensión acertada. Sin mencionar ya a los ideólogos burgueses que jamás han comprendido el espíritu nacional del proletariado, son todavía muchos los pensadores proletarios —y entre ellos la gran mayoría de los "Iskristas" judíos⁽¹²⁾— que no encuentran bases positivas en el nacionalismo proletario, resolviendo en tal forma, con ligereza, que es simplemente reaccionario.

Este acercamiento errado al nacionalismo prole-

tario, asume, en otros grupos, caracteres deformados y anormales. Dado que las bases del nacionalismo proletario son, objetivamente, negativas, y al no comprender que lo negativo se transforma en el proletariado, subjetivamente, en un programa concreto y positivo —hay quienes se hallan inclinados a justificar su nacionalismo con frases lastimeras e inseguras: "Desgraciadamente nos vemos obligados a realizar un programa nacional. Hubiéramos deseado asimilarnos, pero fuimos obligados a seguir siendo judíos". Estas justificaciones y excusas hallan, frecuentemente, su expresión en la propaganda y en la literatura de los "Sionistas Socialistas" (S.S.).

Pero estas curiosidades aisladas no son sino fruto del pensamiento inmaduro. El proletariado tiene necesidad de todo cuanto tiende a estimular el desarrollo de sus fuerzas productivas, siéndole perjudicial todo cuanto lo obstaculize. Por ello, le resulta ajeno y dañino, tanto el oscurecimiento de la conciencia de clase como el de la conciencia nacional. El no se avergüenza de su misión social ni de su misión nacional. Con idéntico orgullo declara: "Somos social-demócratas y somos judíos". Nuestra conciencia nacional es, esencialmente, negativa, y de carácter *emancipador*. Si fuéramos el proletariado de una nación libre —que no oprime ni es oprimida— no nos interesarían, en absoluto, los problemas de la vida nacional. Y, aún hoy en día, nos preocupan menos los problemas de la cultura *espiritual*, que los de la vida social-económica: el nuestro es un nacionalismo realista, libre de toda ingerencia "culturalista".

Para el proletariado judío, el problema nacional es un producto del conflicto entre las necesidades planteadas por el desarrollo de sus fuerzas productivas, es

decir la lucha de clases, y las condiciones de su base estratégica. La base estratégica del obrero judío es insatisfactoria, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista político. La lucha económica del proletario judío sólo es exitosa durante los períodos de apremio, cuando los empleadores se ven obligados a hacer ciertas concesiones, para no malograr la temporada de trabajo. Pero una vez finalizada ésta, vuelven a resarcirse de sus "pérdidas". Los frutos de la lucha económica del obrero judío desaparecen hasta la temporada próxima, en la que vuelve a repetirse el mismo proceso, con idénticos resultados.

Pero menos satisfactoria aún es la base estratégica, desde el punto de vista político. Dado que el obrero judío se halla empleado, casi exclusivamente, en la producción de los bienes de consumo y no desempeña ninguna función importante en ninguno de los estadios superiores del proceso productivo, tampoco conserva en sus manos ningún hilo fundamental de la economía del país, en el cual vive y trabaja. El proletario judío no se halla en condiciones de detener la marcha del aparato económico del país, como pueden hacerlo los obreros ferroviarios y otros obreros mejor colocados. No es explotado por el gran capital, sino por el capital medio, cuyo rol en la producción también carece de importancia. Cuando el proletario judío paraliza con su lucha la actividad del capital que lo explota, no alcanza a producir perturbaciones serias en el país. El obrero judío no posee la fuerza suficiente para luchar por sus propias demandas, sin el apoyo de obreros más afortunados de los pueblos periféricos, y es incapaz de conseguir las mejoras más insignificantes si sus necesidades nacionales no son compartidas por los obreros de otra nacionalidad. Esta situación de des-

amparo fortalece en él los sentimientos de la solidaridad proletaria, acercándolo a los ideales revolucionarios. Por otra parte, los antagonismos de clase en el seno de la sociedad judía son, relativamente, menores que en otros pueblos: en primer lugar, por la concentración insuficiente de capitales; y, en segundo término, porque la clase media judía, mucho más oprimida que la de otros pueblos dependientes (lituano, armenio, etc.) es por naturaleza de carácter opositor, proporcionando al proletariado determinada ayuda política. Hasta hace poco tiempo atrás soportó tranquilamente los ataques de los agitadores proletarios, ayudando financieramente al "Bund" y a otros partidos obreros. Ahora calcula sacar mejor provecho de una alianza con los "Kadetes"⁽¹³⁾, "traicionando" definitivamente a los partidos proletarios judíos. En estas circunstancias, el proletariado judío está condenado a arrastrarse detrás de los poderosos movimientos políticos obreros del país, reemplazando con una fraseología inflamada, la falta de una fuerza de clase verdadera. En este terreno, crecen las exageraciones más ridículas, cuya mera enunciación rebela a todo social-demócrata conciente y responsable.

En esta ironía dolorosa se esconden contradicciones trágicas. Por una parte, la revolución le es necesaria al proletariado judío más que a ninguno otro y, por la otra, la implacable presión nacional, la explotación del insignificante, pero por lo mismo, codicioso capital judío, y la nerviosidad y el alto nivel cultural del obrero judío, morador urbano e hijo del "pueblo del libro", generan una poderosa reserva de energía revolucionaria y un exaltado espíritu de autosacrificio. Y esta hipertrofia revolucionaria, encadenada a los moldes estrechos de su base estratégica, asume frecuentemente formas

grotescas. Una enfermedad de exceso de energía, tal es la tragedia y la fuente de los sufrimientos del proletariado judío.

Un Prometeo encadenado que, en ira impotente, arranca las plumas del ave de rapiña que picotea su corazón —tal es el símbolo del proletariado judío.

CAPÍTULO VI

LA IDEOLOGIA NACIONAL DEL "BUND"

ESTE es el problema, éste es el conflicto nacional del proletariado judío. ¿Cuál es su reacción frente al mismo?

La adaptación más elemental y primitiva al conflicto creado por las deficiencias de la base estratégica, consiste en la tentativa de llegar a las consecuencias sin detenerse en las causas. A primera vista parecería como si el resultado de las condiciones anormales en las que se desenvuelve la lucha de clases, fuera una conciencia de clase insuficientemente desarrollada. Cuando el agitador socialista entusiasta como todo proselitista, se acerca al obrero judío, tropieza de inmediato con una serie de dificultades técnicas. Este obrero sólo habla el "idisch", idioma que no es flexible a las nociones complejas; carece de una literatura cercana a su espíritu y accesible a su idioma; su cultura espiritual es pobre y limitada, y, a primera vista, parecería como si ésta fuera la causa de todas sus anomalías y el contenido único de su problema nacional. Para superar este acercamiento primitivo hace falta una buena dosis de consecuencia materialista. "Es preciso desarrollar la conciencia de clase y el resto vendrá por sí sólo; para ello es menester satisfacer las necesidades culturales del obrero judío —tal es la función". El Bund se detuvo en el umbral de esta adaptación primitiva y no avanzó un paso más allá de ella.

La superacumulación de energía revolucionaria en el obrero judío, hizo posible el éxito sin paralelo de la primera organización proletaria judía, éxito al que contribuyó, en no poca medida, el apoyo financiero prestado por la burguesía media judía. La reacción más simplista y las consignas más altisonantes y primitivas se difundieron rápidamente entre las amplias masas. Se fortaleció el “poderoso Bund”, “el único representante del proletariado judío”. El planteo elemental del problema judío y su solución primitiva no pudieron menos que satisfacer, en los primeros tiempos, al obrero judío, permitiéndole reservar para la lucha de clases una gran cantidad de energía revolucionaria, que de otro modo habría sido invertida en un análisis detenido del complejo problema nacional. Mientras unos grupos, más profundizados en el problema nacional, pero menos enfocados en la lucha social, no lograron imponerse por el brillo de su corona revolucionaria, los bundistas lograron hacer pasar esta corona como suya templándola en la fragua de una fraseología flúida. Pero el brillo aparente de su corona revolucionaria no logró ocultar la naturaleza verdadera del planteo bundista del problema nacional. La vida ha demostrado que el proletariado judío desarrolló en poco tiempo una conciencia de clase tan vasta que no tiene paralelo alguno en la historia; que la literatura socialista en “idisch” enriqueció en grado sumo; que, en una palabra, las necesidades culturales y espirituales del obrero judío están siendo satisfechas en grado no menor a las del obrero no-judío; y, sin embargo, el problema judío tórnase cada día más difícil y complejo. La vida ha demostrado que no obstante la pobreza y modestia del programa nacional del Bund y su fácil acceso a la comprensión inmadura de los obreros carentes de conciencia de clase, la gran masa de los proletarios judíos se muestra, cada

vez, menos satisfecha de este programa, pasándose a las filas de los S.S. y de los poaleisionistas. Junto a la crítica creciente de los obreros judíos, aumenta también la censura de las corrientes más jóvenes. El Bund no contestó a esta crítica hasta el último momento, creyendo más conveniente responder a ella con puños, palos, gritos, disolución de reuniones de adversarios y otros "argumentos" semejantes. Recientemente, el éxito del territorialismo obligó a los bundistas a salir públicamente, en dos folletos, contra los territorialistas. Pero tampoco en ellos responden a los problemas cardinales que les fueron planteados.

100A El pecado básico del Bund radica en su relación oportunista hacia el problema nacional y en su *incapacidad* para plantearlo con claridad, en un sentido o en otro. Por un lado, el Bund aún no se ha desembarazado de la antigua tradición cosmopolita de tildar a todo tipo de nacionalismo, como reaccionario, burgués y utópico; y, por el otro, los intereses concretos de las masas judías lo han obligado a incluir en su programa mínimo, una serie de exigencias nacionales. Ello explica el carácter indefinido, semiasimilador y seminacionalista, de la concepción bundista del problema nacional. Para disimular este dualismo, acostumbra el Bund a proclamar su *neutralidad* frente al problema de la asimilación y del nacionalismo, sosteniendo que la autonomía cultural-nacional ofrece a las nacionalidades la garantía de una libre autodeterminación: allanando el camino hacia la asimilación *en caso* de que el pueblo estuviera condenado a desaparecer, y facilitando su desarrollo nacional *en caso* de que estuviera destinado a sobrevivir. Esta concepción es, evidentemente, insensata, siendo ridícula la idea de que un mismo instrumento político pueda servir "en todo caso" a dos finalidades diametralmente opuestas. *En caso* de que el pueblo judío estuviera condenado a la

desaparición, la autonomía nacional no facilitaría sino dificultaría el proceso de su asimilación, por lo que dicha autonomía resultaría reaccionaria y utópica. En cambio, si la autonomía nacional resultara necesaria, ello significaría que en el *limite del futuro previsible* es posible un desarrollo nacional independiente. ⁽¹⁴⁾ En un socialdemócrata resulta raro este programa para "todo caso". La exigencia de sufragio universal, del derecho a la destitución y enjuiciamiento de los funcionarios públicos, y otras exigencias mínimas, no se formulan "para todo caso", sino con una clara visión de las finalidades perseguidas. Únicamente el programa nacional del Bund fué agraciado con una función tan honrosa. Ello nos induce a pensar que no todo anda bien, entre los bundistas, en lo referente al problema nacional, y que su tan ponderada "neutralidad" no constituye sino un pobre "*Asylum ignorantiae*". Se puede ser *indiferente* frente al problema de la conservación de la nación o su fusión con otras, se puede estar o no estar contento con su supervivencia o su desaparición. Esta es una cuestión de *sentimiento*, que tampoco a nosotros, poaleisionistas, nos alegra o aflige mayormente. Pero algo muy distinto es el problema de la comprensión y del entendimiento. Es imposible no *interesarse* en la cuestión nacional. De todas maneras, si los bundistas no saben qué sucederá con el pueblo judío en el futuro próximo, resulta extraño que formulen exigencias nacionales especiales. Puede que sea práctico proveerse de un paraguas cuando no se sabe si ha de llover; pero es una insensatez política recomendar una autonomía nacional cuando se ignora si será o no será necesaria.

El pensamiento proletario revolucionario no tolera las desviaciones oportunistas. Si algo le resulta desconocido ello significa, en primer lugar, que aún no han madurado los factores objetivos que le permitan opinar

sobre el problema en cuestión, y, en segundo lugar, que ese desconocimiento obliga al silencio y a la discreción. El pensamiento revolucionario debe ofrecer una respuesta clara y terminante a la pregunta de hacia dónde se orienta actualmente la nación judía y hacia dónde se dirigen sus tendencias de desarrollo, en el límite del futuro previsible. Y si el análisis proletario llevara a la conclusión que la nación judía está condenada a la desaparición, el partido del proletariado revolucionario deberá renunciar resueltamente a las tradiciones nacionales de la clase obrera, librando contra ellas una guerra implacable y orientándose por el camino de la asimilación sin temer los ataques de los nacionalistas. En tal caso, no habrá lugar para la diferencia que entre la *asimilación* y la *tendencia* asimiladora establecen, con frecuencia, los bundistas. "Nosotros —afirman éstos— no nos oponemos a la asimilación, pero sí a la tendencia hacia la misma". En igual forma podría afirmarse: "Nosotros no nos oponemos a la socialización de las tierras, pero sí a la tendencia socializadora; no nos oponemos al desarrollo de la conciencia de clase, pero sí a la tendencia que lleva hacia tal desarrollo". Una vez que el revolucionario ha comprendido el curso de la historia, está en la obligación de serle consecuente. Y si nosotros hemos llegado a comprender la tendencia decisiva de la dinámica judía orientada hacia la consolidación del problema judío y del pueblo judío y hacia la nacionalización de la vida judía, hemos renunciado coetáneamente a las tradiciones cosmopolitas del pensamiento proletario inmaduro para formular exigencias nacionales verdaderamente revolucionarias. Y no nos preocupan los ataques malévolos e ignorantes: nosotros sabemos que en lo referente al problema nacional nuestros adversarios son *reaccionarios* y Quijotes que es esfuerzan,

vanamente, en bloquear el camino al todopoderoso desarrollo histórico.

Pero, para conseguir una respuesta revolucionaria al problema nacional, es preciso analizar, previamente, no sólo las consecuencias externas y visibles del conflicto nacional, sino también sus *causas* internas y ocultas. Para ello es preciso superar sus manifestaciones cultural-espirituales y penetrar en las profundidades de su "base" económica. Y aquí los teóricos bundistas traicionan sus propios principios materialistas. Para un socialdemócrata consecuente⁽¹⁵⁾ es imperdonable interpretar un fenómeno tan complejo y profundo como el de la nacionalidad, exclusivamente en términos de cultura espiritual. Resulta sencillamente asombrosa la idea de que el conflicto nacional se origina únicamente en el terreno del idioma y de la educación. Fenómenos tales como los de la expulsión de los campesinos irlandeses de sus tierras por los ingleses, de la opresión de los aldeanos polacos de Silesia y Poznanía por los Junkers alemanes, del desamparo jurídico de los judíos, de los boycotts y las matanzas, y de las mil y una formas de la opresión económica de los grupos nacionales, ¿son acaso todos "problemas del idioma, de la educación y de la cultura en general"? ¿Y cómo no sonreír ante la panacea de la autonomía nacional como solución a estos problemas? Ya nos hemos detenido, precedentemente, sobre la imposibilidad de desterrar los pogromes en las condiciones de la sociedad capitalista. Imaginémonos ahora un cuadro semejante: un "Seim" judío debatiendo el problema de la educación escolar, en momentos en que en las calles tiene lugar un furioso pogrom antisemita y por el país va extendiéndose una incontenible corriente emigratoria. ¡Un "Seim" nacional que, para consolar a los judíos pogromados, resolviera fundar un nuevo Instituto de Enseñanza Secundaria o publicar un instructivo

tratado sobre la fraternidad humana! ¡Y que, por último, aconsejara a los emigrantes que no olvidaran de visitar un teatro israelita en sus nuevos lugares de residencia!

Cuando el proletariado judío sufre los efectos de la opresión nacional, los sufre, en primer término, desde un punto de vista material y económico, siendo el desarrollo deficiente de su conciencia de clase sólo un resultado de sus anomalías materiales. Más aún: la concepción del Bund sobre el desarrollo anormal de la conciencia de clase del proletariado judío, es una concepción completamente errada. Los teóricos bundistas suponen que el proletariado judío, al carecer de una cultura nacional sana, asimila con mayores dificultades la concepción de mundo socialista; de lo que resulta que su anomalía reviste solamente un carácter *cualitativo*. Nosotros, en cambio, sostenemos que la conciencia de clase del proletariado judío no está menos desarrollada que la del proletariado de cualquier otro pueblo, pero que debido al escaso valor económico y político de su base estratégica, son creadas una serie de anomalías *cuantitativas* que hallan su expresión en los resultados insatisfactorios de su lucha de clases, en una fraseología revolucionaria inflamada y huera, y en una inclinación hacia el anarquismo, tan difundido entre los obreros judíos.⁽¹⁶⁾

Pero todas estas penosas anomalías económicas no existen para los "pensadores" bundistas. Ellos sólo saben de una cosa: "idioma, educación y cultura en general". En este punto coinciden completamente con opiniones reaccionarias como las de Ajad Haam, Dubnov y otros.

Buscar en la cultura espiritual el contenido de los profundos problemas sociales, es una costumbre típica de la pequeña burguesía. Para ésta, la cultura espiritual representa un arma poderosa en la lucha por el mer-

cado, dado que el idioma y todo lo que con él está relacionado constituye el vínculo técnico más cercano entre el consumidor y el comerciante; y mientras el pequeño productor continúe bastándose a sí mismo, será siempre el vendedor directo de sus productos. El obrero judío, educado en la familia patriarcal pequeño-burguesa, aún no se ha liberado de algunas herencias psicológicas de la pequeña burguesía, y este hecho halla su expresión en su apego a las distintas formas de la cultura espiritual y en su susceptibilidad a la propaganda culturalista. Súmase a ello el aislamiento económico de las amplias masas judías, que fortalece su vinculación a los valores de la cultura y del idioma idish. Esto hace que el *apego* del obrero judío al idioma y a la literatura idish no sea reaccionario; sus raíces se adentran en las condiciones reales de su existencia y no son supervivencias del pasado. Pero la *inclinación a concebir culturalmente el problema judío*, la inclinación de los bundistas, es, indudablemente, reaccionaria, y denota todos los síntomas de una procedencia pequeño-burguesa.

Muchos son los logros aportados por el Bund al proletariado judío. Su nombre será inscrito con letras de oro en la historia del movimiento obrero judío, y las futuras generaciones del proletariado judío le erigirán, en homenaje, un magnífico monumento en... Palestina. El Bund desarrolló la conciencia de clase del obrero judío, lo acostumbró a una lucha organizada, le inculcó el espíritu de la disciplina, y cultivó sus conceptos democráticos. Pero su programa nacional lo deshace todo y socava, desde adentro, sus mismas bases de existencia. Como organización rígidamente conspirativa, supo el Bund adaptarse magníficamente bien a las condiciones de trabajo de un partido proletario. Pero en la futura Rusia liberada, no sobrevivirá por mucho tiempo. Las

divergencias internas que ya se perfilan en su seno, pero que aún permanecen ocultas bajo un manto conspirativo; la agitación reaccionaria de los anarquistas, por un lado, y la agitación progresista de los territorialistas, por el otro, que ya minan los cimientos del Bund desde afuera, no obstante la rígida disciplina impuesta por la organización para evitar que trasciendan a las masas bundistas las opiniones y los argumentos de las corrientes más jóvenes, todo ello hará que en una Rusia liberada, cuando nuestra polémica con el Bund salga de las sombras para plantearse a la luz de la opinión pública, el proceso de desintegración del Bund se precipite a pasos agigantados.⁽¹⁷⁾

CAPITULO VII

LA IDEOLOGIA NACIONAL DE LOS "SIONISTAS SOCIALISTAS" (S. S.)

EN lugar del Bund aparece una corriente nueva. Partiendo de los intereses materiales del obrero judío, hace un análisis materialista de su problema nacional para arribar a las mismas conclusiones territorialistas que formuláramos en el capítulo segundo. En esa corriente se destacan dos estadios de evolución diferentes que, habiéndose iniciado a un mismo tiempo, hicieron su aparición, como fuerzas organizadas, en dos períodos distintos: primero se organizaron los "Sionistas socialistas" (S.S.), y más recientemente, el partido socialdemócrata judío "Poalei Sión".⁽¹⁸⁾

El programa de los S.S. está mucho más desarrollado que el de los bundistas, y expresa una adaptación más compleja y, por lo mismo, más difícil al conflicto nacional. Los bundistas son semiasimiladores: ellos aspiran a resolver el conflicto nacional dentro del marco de las condiciones que le dieron origen; los S. S., en cambio, ya han comprendido la necesidad de modificar las condiciones mismas.

El programa nacional del Bund no es sino una expresión de los elementos pequeño-burgueses en la psicología del obrero judío, de las supervivencias ideológicas de una clase para la cual aún no han madurado los con-

flictos nacionales. Mientras el pequeño-burgués no es desalojado radicalmente de sus posiciones económicas, no pierde la esperanza de poder arraigarse en la diáspora. También el proletario judío gusta ilusionarse, a veces, con falsas esperanzas en el triunfo inmediato de su lucha de clases. En esa forma, las supervivencias pequeño-burguesas en la psicología del obrero bundista, todavía no entraron en contradicción con su lucha de clases proletaria, siéndole posible asimilar un programa nacional pequeño-burgués. El obrero S. S., en cambio, ya ha logrado liberarse de estas supervivencias, y ha perdido toda esperanza de poder arraigarse en la diáspora. O sea, que para él, el conflicto entre la necesidad de desarrollar su lucha de clases y entre las deficiencias de su base estratégica ya ha madurado en tal forma que le permite orientar a su programa nacional por un camino revolucionario. Pero cabe preguntarse: ¿Es consecuente esta orientación revolucionaria, entre los S.S.? ¿Expresan ellos la verdadera psicología nacional proletaria? ¿Podemos considerar a su programa nacional como un programa proletario, entendiendo por proletariado no a una mera suma de obreros, sino a una *clase* social que libra una lucha política conciente?

En toda corriente conciente es posible distinguir tres elementos: el *interés de partida*, el *objetivo*, y el *camino hacia el objetivo*. No nos detendremos aquí en el objetivo final de los S. S., o sea, en el socialismo, ni en su camino hacia el objetivo, o sea, en la lucha de clases; tampoco nos detendremos en su objetivo mínimo, el territorialismo, puesto que todos estos objetivos y caminos son semejantes a los nuestros, poaleisionistas. Sólo nos abocaremos al análisis de su interés de partida y de los caminos y medios por ellos empleados.

Lamentablemente, los S. S. no solamente no encontraron tiempo para pronunciarse concretamente sobre

estas cuestiones en su literatura, sino que han ido cambiando continuamente sus opiniones al respecto. En sus 14-15 meses de existencia como partido organizado, ya han alcanzado a cambiar tres veces de opinión sobre los intereses de partida del territorialismo, tal como se desprende de los distintos materiales que tenemos ante nuestra vista: su famosa "Declaración", el editorial de "Der Idisher Proletarier", y otros artículos aparecidos en "Der Naier Weg".

En la "Declaración", el asunto es claro y sencillo. En el régimen capitalista, las masas de la pequeña burguesía judía no resisten la implacable competencia económica, son arruinadas, y pasan a integrar las filas del "ejército de reserva". Este necesita "proletarizarse" y sale en busca del trabajo asalariado. Sólo una parte insignificante de la pequeña burguesía judía logra acceso a la producción, y ello únicamente en los estadios más inferiores, en tanto que la gran mayoría queda al margen de la economía moderna, viéndose obligada a buscar una solución en la emigración. Pero tampoco en los nuevos países de residencia consigue acceso a los estadios superiores del proceso productivo, y no se proletariza. Aparece así la tendencia a concentrar territorialmente a las masas emigrantes, orientándolas hacia la creación de una sociedad judía autónoma. El proletariado judío, siendo la clase más oprimida de su pueblo, es también el que más sufre los efectos de la "no proletarización" y el que más necesitado está de un territorio. Los S.S., al tender como socialdemócratas hacia la realización del ideal socialista, tienden también hacia el ideal territorialista; el territorialismo les proporcionará aquella base para luchar por el socialismo, de la que carecen en la diáspora debido a la "no proletarización".⁽¹⁹⁾

Esta "teoría" es sencillamente asombrosa. Si los

S. S. son socialdemócratas, entonces deben representar al proletariado; y, en verdad, así se han proclamado infinidad de veces al subrayar la diferencia que los separa de los sionistas burgueses. Pero si las masas judías “no se proletarizan”, ¿de dónde sacaron al proletariado en cuyo nombre hablan? Más aún: si sólo una parte de los judíos se proletariza —y seguramente a ella se refieren los S.S. cuando se proclaman socialdemócratas—, ¿para qué necesita ese proletariado, que ya se proletarizó, los paliativos de la emigración, de la concentración y del territorio? Era evidente que esta teoría adolecía de lagunas importantes. Algunos S.S. procuraron llenarlas, afirmando que ellos constituían un “proletariado en potencia”; pero, en tal caso, ¿por qué no se proclamaron también “socialdemócratas en potencia”? Es natural que esto no resultaba agradable. Se introdujo entonces una modificación importante: se renunció al incómodo concepto de la “no-proletarización”, sustituyéndolo por el de la *proletarización anormal*. Es verdad que la pequeña burguesía judía se proletariza anormalmente y que por ello los obreros judíos se encuentran en las ramas más inferiores del proceso productivo, y aún en las formas más primitivas (manufactura) de los estadios más primitivos; es cierto que los obreros judíos no consiguen acceso a los estadios superiores del proceso productivo, y se podría quizá agregar —para no polemizar mucho— que ellos serán desalojados también de las ramas que ahora ocupan; es indudable que los judíos emigran y se concentran en varios lugares. Pero ¿qué se desprende de todo esto?

Se puede llegar a la conclusión de que la pequeña burguesía y las masas proletarizantes, al igual que los obreros desocupados, tienen necesidad de un territorio. La pequeña burguesía lo necesita como mercado para sus productos, y las masas proletarizantes, lo mismo que los

obreros desalojados, como lugar de trabajo. Pero ¿cómo deducir de ello que el proletariado judío militante, el *proletariado como clase*, está interesado en el territorialismo? Un bromista ingenioso afirmó, en cierta oportunidad, que los S.S. son personas muy bondadosas que, aun cuando personalmente no tienen necesidad de un territorio, se preocupan porque lo consigan los emigrantes judíos. ¡Un chiste muy acertado! En fin, nosotros preguntamos: ¿qué clase de intereses defienden los S. S.: los intereses de los *obreros emigrantes* o los intereses del *proletariado militante*? En el primer caso, los S.S. son quizá territorialistas, pero en ninguna forma socialdemócratas, y no distinguimos ninguna diferencia *básica* entre ellos y los veteranos poaleisionistas de Minsk; ⁽²⁰⁾ en el segundo caso, son indudablemente socialdemócratas, pero aún no comprendemos por qué son territorialistas.

Los S.S. jamás se han formulado esta pregunta, aun cuando parecen haberse dado cuenta de la falta de claridad de sus principios. En el lugar donde el pensamiento se enreda en nebulosidades, allí busca una salida en la acumulación de nuevas abstracciones. Una tentativa para salir al paso con ayuda de la escolástica fué hecha por los S.S. en el editorial publicado en su órgano partidario "Der Idisher Proletarier".

Aquí ya se afirma que los judíos poseen un proletariado, y la antigua "no-proletarización" es disfrazada con el término más científico de "no-industrialización". Pero el proletariado judío no es un proletariado normal: mientras en los demás pueblos el proletariado militante está ocupado en la gran industria, en el pueblo judío lo está sólo en la pequeña industria y en la artesanía. La conciencia socialista contiene dos momentos importantes. El proletariado está insatisfecho del orden social imperante y aspira a abolirlo: ese es el momento

negativo. Pero este momento negativo no es aún suficiente para el socialismo: también los esclavos de la antigüedad estuvieron insatisfechos del orden imperante. El socialismo tiene necesidad también de un momento positivo: la aspiración a socializar los instrumentos de producción. El momento positivo de la conciencia socialista sólo puede tener cabida en el proletariado de la gran industria, el que puede observar directamente desde la fábrica el proceso de la concentración de la producción y acelerarlo (?) con su lucha de clases. El proletariado judío, en cambio, al no tener la posibilidad de idéntica observación en sus pequeños talleres, carece de este momento positivo. A la pregunta natural: ¿cómo se explica entonces que los S. S. se diferencian de los antiguos esclavos y son socialdemócratas?, ofrece el articulista la siguiente respuesta inesperada: en el proletariado judío, el momento positivo es reemplazado por la emigración y su lugar en la conciencia es ocupado por una especie de "contagio ideológico". ¿En qué forma "reemplaza" la emigración al momento positivo ausente, y en qué forma "constituye el territorialismo una expresión conciente del proceso inconciente"? Sobre esto la teoría calla modestamente. Este es el secreto del editorialista. Pero, en cambio, nos familiarizamos con lo que hemos dado en llamar "contagio ideológico": dado que actualmente impera por doquier la ideología socialdemócrata, y puesto que, en opinión del conocido "materialista" Karl Kautsky, los obreros judíos se distinguen por su particular capacidad para el pensamiento abstracto, entonces los obreros judíos se sienten también inclinados hacia el ideal socialista.

Estos malabarismos dialécticos son, en verdad, muy originales. Pasaremos por alto toda esta metafísica de lo "positivo" y lo "negativo". ¿Concentra, acaso, en general, el proletariado con su lucha de clases a la pro-

ducción? Evidentemente que no: esta función la cumple la burguesía con la competencia. ¿Recibe, acaso, en general, el proletariado una idea de la concentración de la acumulación y del socialismo, únicamente en la fábrica? ¿Está, por ventura, el mundo de *observaciones* del obrero limitado solamente al taller donde trabaja? Ocurre a veces que el obrero jamás llega a ver al patrón en la fábrica. ¿Significa ello que no podrá formarse una idea de la existencia de la burguesía? ¡Y pensar que toda la "teoría" del contenido absolutamente negativo de la conciencia de clase proletaria judía, está basada en la creencia que el proletario observa los procesos de la economía capitalista *únicamente* desde su lugar de trabajo!

Pero, aún admitiendo toda esta metafísica de lo "positivo" y lo "negativo", ¿qué se deduce de la misma?: que el proletariado judío carece de una base económica real para el desarrollo de su conciencia socialista. De lo que resulta que ¡sólo por un malentendido los S. S. se llaman socialdemócratas! Y aquí vienen en su ayuda el "contagio ideológico" y la inclinación judía hacia las abstracciones. Es innegable que el editorialista del caso nos ofrece un buen ejemplo de semejante inclinación. Pero, ¡si Kautsky tiene derecho a pecar contra el socialismo y el materialismo, no lo tienen los S.S.! ¡Buen ejemplo de socialdemócratas quienes llegan al socialismo por su inclinación hacia las abstracciones!

Y, con todo, el editorial que nos ocupa no responde a la cuestión principal: ¿Cuál es el interés del proletariado en el territorialismo? ¿Está interesado en él porque carece de una conciencia de clase "positiva"? Si así fuera, ¿qué desgracia habría en ello? ¿Acaso no se preocupó ya Kautsky porque los S. S. absorbieran el socialismo de la atmósfera circundante? ¿O es que el proletariado judío no está en general capacitado para des-

arrollar una lucha de clases? En tal caso, ¿por qué no lo declaran abiertamente? Entonces quedaría claro que no existen mayores diferencias entre los S.S. y los veteranos poaleisionistas de Minsk. ¿O es que la lucha de clases del proletariado judío no resulta satisfactoria debido a las condiciones deficientes de su base estratégica?

En una palabra, todo sigue tan oscuro como al principio. En el primer número de "Der Naier Weg" ya se entonan melodías nuevas que señalan un cambio importante en la concepción de mundo de los S. S. Pero sobre el particular nos detendremos más adelante.

Si los S.S. carecen de un *interés* de partida proletario, es lógico que tampoco posean un *camino* proletario hacia el territorialismo. La concepción de mundo de los S.S. flota sobre la superficie de los "dos terrenos" conocidos,⁽²¹⁾ en tanto que se esfuerzan inútilmente por fusionarlos en una sola síntesis proletaria. La lucha de clases se orienta hacia un terreno, y el territorialismo hacia otro. Tanto en la "Declaración" como en el "Der-Idisher Proletarier", se sostiene claramente que la obtención de una amplia garantía legal constituye un postulado necesario para un trabajo práctico en el territorio. Es decir, que primero es preciso conseguir garantías para la autonomía territorial del pueblo judío (Charter), y recién luego iniciar la obra colonizadora (una "colonización amplia"). Pero, ¿qué relación existe entre la lucha de clases del proletariado judío en la diáspora y la obtención del Charter? ¡Absolutamente ninguna! El Charter será conseguido por los territorialistas burgueses, y también las empresas colonizadoras son tareas exclusivas de la burguesía. En el artículo "Algunas consideraciones sobre la realización del territorialismo", reconoce el autor a la burguesía como vanguardia del movimiento territorialista. Y en verdad: tanto la obtención del Charter como la adquisición de barcos de transpor-

te y la financiación de las empresas colonizadoras, son todas tareas de la burguesía. ¿Cuál es, entonces, la tarea del territorialismo *proletario*? ¿Incitar al proletariado a que apoye a los distintos diplomáticos burgueses? ¿Luchar contra Ussishkin? ¡Pero si esto ya se hizo con éxito durante el Séptimo Congreso Sionista! La lucha de clases contra Ussishkin ⁽²²⁾ ya finalizó con el triunfo del proletariado sobre la “sagrada tumba de la Madre Raquel”. ¿Qué resta por hacer entonces a los S. S.? ¿Seguir agitando, seguir *hablando* sobre un territorio, seguir proporcionando a los diplomáticos burgueses sabios consejos que jamás son escuchados? La lucha de clases, tal como lo declara el editorialista de los S. S., conduce hacia la democratización de la sociedad, y el territorialismo sólo puede ser realizado dentro de formas de vida democráticas. Admitamos esta frase: ¿qué se deduce de la misma? La sociedad se democratizará también sin la participación del proletariado judío; ¿o es que existe el peligro de que sin la ayuda poderosa de los S. S. será derrotada la democracia en el mundo? Y por último, preguntamos: ¿Cuál es el sentido de la existencia separada de los S. S.? El Bund existe para exigir de la Asamblea Constituyente rusa la implantación de la autonomía cultural-nacional para el pueblo judío. Pero, ¿cuáles son las *exigencias* y a quiénes exigirán los S. S.? ¿Pien-san, por ventura, exigir un buen día a Inglaterra la concesión de un Charter sobre Uganda bajo amenaza de provocar, en caso contrario, una huelga general de los sastres judíos de los villorrios de “Hambrevska” y “Pobrevska”? (Alusión al East End de Londres y otros barrios judíos en Gran Bretaña. — N. del T.) ¿O influirán sobre el proletariado mundial para conseguir, con su ayuda, el anhelado Charter? ¡Entonces resultaría que quienes trabajan son nuevamente los demás, restando a los S. S. sólo la tarea de recoger los frutos ajenos!

Para tener un camino claro es preciso poseer un pronóstico concreto de las perspectivas futuras del grupo de que se trate. En nuestro caso, del pueblo y del proletariado judíos. Los S. S. sólo llegaron en sus análisis hasta el reconocimiento de la *necesidad* de un territorio para el pueblo judío, pero carecen aún de la *necesidad histórica* del mismo. No saben concretar el precepto territorialista, y se niegan por principio a señalar un territorio determinado antes de que éste no haya sido encontrado y explorado. El territorialismo abstracto excluye, naturalmente, la previsión de caminos concretos. Y el único camino comprensible, momentáneamente, a los S. S. es el del "Landesucherei", el de la búsqueda y la exploración de un territorio.

Pero, ¿quién se encargará de la tarea de buscar y explorar un territorio? ¿Es concebible la idea de que el proletariado se identifique con esta búsqueda y con el envío de expediciones investigadoras? ¿No es, acaso, absurdo pensar que mediante el envío de *expediciones* podrá establecerse, de un modo definitivo, la aptitud de un territorio para crear en su seno una sociedad judía autónoma? Este es un problema *político y social*, y jamás se han resuelto problemas de esta índole mediante el envío de expediciones exploradoras. Los territorialistas abstractos creen, por lo visto, que la solución del problema judío depende, principalmente, de condiciones *geográficas y climáticas*. Es natural que existe un mínimo de exigencias geográficas que deben ser satisfechas por el territorio para poder ser tomado en cuenta, y que no se puede pensar en crear una sociedad judía autónoma en el Polo Norte o en el desierto del Sahara. Pero, en nuestro caso, las condiciones económicas y sociales son mucho más importantes que las geográficas y climáticas. A nadie se le ocurrió todavía resolver los pro-

blemas políticos y sociales con expediciones exploradoras. Para esos problemas existen métodos de *análisis* y de *pronóstico sociológico* que pueden establecer, con mayor precisión que las expediciones, si un territorio es o no apto para albergar en su seno a la sociedad judía autónoma. Y en cuanto a los *detalles*, ellos se conocen gradualmente con el estudio permanente y planificado que tiene lugar en el curso de la colonización. En una palabra: el territorialismo abstracto conduce a los S. S. directamente hacia el *aventurismo* ideológico, el cual sustituye al proceso social y al desarrollo prolongado de las tendencias históricas por combinaciones fortuitas de intereses y de posibilidades. Falta la noción de la acumulación inmanente y del crecimiento de fuerzas capaces de conducir hacia la realización del territorialismo, la que es reemplazada por la fe en la aventura y en las combinaciones improvisadas.

Para demostrar en alguna forma la *necesidad* y las garantías *históricas* existentes para la realización del territorialismo, los S. S. recurren al factor del interés mundial en la solución territorial del problema judío. Pero tampoco aquí son consecuentes, y opinan que el Charter será conseguido de parte de una potencia determinada. Los S. S. ven la garantía histórica de la realización del territorialismo en el hecho de que *todas* las naciones están interesadas en la solución territorial del problema judío, pero concretamente creen poder conseguir el territorio de manos de una sola potencia sin ninguna relación con el interés internacional. La distancia que media entre el territorialismo abstracto y el territorio concreto es llenada por los S. S. con el *aventurismo* político y las expediciones exploradoras.

En la teoría de los S. S. hay muchas ideas sueltas acertadas y revolucionarias, pero ellas no fueron conce-

vidas en forma independiente por ellos. Todos los elementos más valiosos de su concepción de mundo fueron elaborados en común con los poaleisionistas cuando militaban aún en un mismo partido. Desde que los S. S. se separaron, no fueron capaces de aportar ninguna idea nueva ni de abrir horizontes más amplios al pensamiento proletario judío. En su programa falta la hilación entre el *presente* y el *futuro*. Ellos carecen de una noción clara del proceso de la acumulación de fuerzas históricas y de un pronóstico concreto de las perspectivas de su propio desarrollo, siéndoles imposible amalgamar en un solo programa sus exigencias nacionales y sociales. De palabra y en la vida práctica son buenos socialdemócratas, pero no saben *pensar* como proletarios revolucionarios. No tienen exigencias nacionales para el *presente* y carecen de caminos *clasistas* para el futuro. Su programa nacional en la diáspora es tan pálido, indiferente e insensible, que resulta difícil desprenderse de la impresión que ellos se relacionan con pesimismo absoluto hacia el problema judío en la diáspora. Los S. S. no encuentran nada de positivo en la vida *nacional* en la diáspora, y no ven ninguna base sobre la cual pueda levantarse el edificio de una obra histórica duradera. Esta relación pesimista hacia el presente judío y la ausencia de toda idea revolucionaria, convierte a su programa en una creación enfermiza, torpe y rezagada. El programa nacional revolucionario del futuro —el territorialismo— avanza paralelamente al oportunismo inescrupuloso en el presente. Las exigencias más audaces planteadas por los S. S. no rebasaron la esfera de la igualdad jurídica y lingüística, exigencias separadas entre sí y distintas en su argumentación. Para el pensamiento carente de ideas son, en general, características las exigencias incoherentes e improvisadas, nacidas del mal disimulado propósito de

decir siquiera algo, allí donde no se puede decir nada importante. Esta confusión ideológica se manifiesta con especial claridad en el "Programa nacional", aprobado por los S. S. en su Primera Convención. En momentos en que por el espacio se difundieron los ecos del llamado enfático del proletariado revolucionario, cuando por doquier se elevaron las consignas y las ideas combativas, cuando se formularon nuevas exigencias audaces, cuando los poaleisionistas que se habían dividido en dos partidos (Partido Socialdemócrata Obrero Judío "Poalei Sión" y "Partido Socialista Obrero Judío") ⁽²³⁾ incluyeron unánimemente en sus programas la exigencia revolucionaria de una amplia autonomía nacional-política, en tales momentos los S. S. sólo atinaron a ofrecer a sus partidarios la ofrenda de... Ligas escolares libres. Falta palabras para calificar semejante torpeza y asombran las pretensiones con que son proclamadas estas Ligas escolares, este aborto de la "autonomía cultural" bundista. He aquí un extracto de la última creación de los S.S., de un editorial aparecido en "Der Naier Weg". El extracto es un poco extenso, pero es insuperable como testimonio de la sentencia capital que los mismos S. S. dictan contra su propio programa:

"...Y el proletariado judío debe formular ahora sus exigencias a la Nueva Rusia. Debe dejar oír su voz y decir la palabra capaz de responder a todas sus necesidades, la palabra que esté adaptada a las relaciones sociales imperantes en el seno del pueblo judío y que le indique el camino verdadero hacia el socialismo. Y el proletariado judío ya ha dicho su palabra. En el coro polifónico del proletariado de Rusia ya se escucha también la voz del proletariado judío". Seguidamente se indican las exigencias proletarias generales más importantes, que nada tienen que ver con la "nueva palabra

del proletariado judío". Y más adelante: "...él (proletariado) exige en voz alta la libre autodeterminación de los pueblos, la libertad para todas las naciones, y también para la nación judía. Y en esa libertad el obrero judío ya introduce un contenido real, extraído de la realidad judía. Avanzando mucho más allá que los "obtenedores"⁽²⁴⁾ grises (¡Muchas gracias! — B.), él no se detiene en el romanticismo nacional... Nosotros exigiremos la entrega de la educación judía a manos de la nación judía, en forma de Ligas escolares libres que serán organizadas por los grupos sociales judíos". De paso y para endulzar la falta de gusto de las Ligas escolares, el editorialista de los S. S. introduce hábilmente la exigencia de la regulación de la emigración judía. Pero esta maniobra sólo puede engañar a los incautos: todo el mundo comprende que esta exigencia no está dirigida a la Nueva Rusia, sino a la J. T. O. burguesa.⁽²⁵⁾

La palidez e incoherencia del programa nacional en la diáspora y el abismo infranqueable existente entre los intereses proletarios y los territorialistas, entre la lucha de clases del proletariado judío y la realización del territorialismo, entre el movimiento y el ideal, entre el hoy, el mañana y el pasado mañana, entre el "aquí" y el "allí"; en una palabra, la desintegración crónica que socava, desde adentro, las bases del programa nacional de los S. S., hace insensata la existencia misma de este Partido. Todas esas deficiencias fundamentales demuestran claramente que los S. S. son los exponentes de una adaptación del pensamiento proletario al conflicto nacional que carece de valores propios y que sólo constituye una *etapa de transición* hacia una adaptación superior, más coordinada y más revolucionaria. ¿Cómo debemos entender esto?

En el capítulo quinto hemos desarrollado el con-

cepto que el obrero tiene dos clases de intereses: los que se hallan vinculados al *lugar de trabajo*, a la competencia por un lugar en la producción, y a la emigración; y los que están relacionados con la *base estratégica*, con la lucha económica y política contra la explotación y la opresión, y con la solidaridad proletaria internacional. Los intereses del lugar de trabajo vinculan al obrero con las masas proletarizantes, y los intereses de la base estratégica agrupan a los obreros de una nación y a los de todas las naciones en una clase única, el proletariado, a pesar de estar organizados en partidos nacionales separados y en Federaciones en los distintos Estados. En el obrero judío subsisten todavía los remanentes de la psicología de las masas proletarizantes, que se acrecientan por la inseguridad de su lugar de trabajo y por el continuo temor a verse desplazado de la producción. *El programa nacional de los S. S. da expresión a la psicología de las masas proletarizantes*, que aún no se constituyeron en una clase proletaria verdadera.

Las condiciones de vida de las masas proletarizantes crean en ellos una psicología inestable, oscilante y, en cierto modo, anárquica. Vacilación y falta de claridad en los conceptos; inclinación hacia cambios bruscos e inesperados; "vivacidad" repentina en lugar de evolución lenta y consecuente; tendencia a renegar, con rapidez y sin mayores escrúpulos, de viejas consignas y antiguos ídolos, tales son las características psicológicas que se observan en la historia evolutiva de los S. S. (y de aquellos poaleisionistas organizados en el nuevo "Partido Socialista Obrero Judío"). Y esas características psicológicas se observan no sólo en su actividad diaria, sino también en su forma de encarar los problemas. Los S. S. han señalado a la "no proletarización" o, lo que es lo mismo, a la "no industrialización" y a la emigración,

como motivos de partida que conducen hacia el territorialismo. Es indudable que la proletarianización anormal y la emigración constituyen *hechos y factores* reales en la vida judía, pero no pueden ser considerados como *intereses y motivos del proletariado militante*. La "búsqueda de un territorio" constituye solamente un reflejo ideológico del fenómeno más concreto del ambulaaje de las masas proletarianizantes judías por el mundo entero, en pos de un lugar de trabajo. Estas masas carecen de toda influencia histórica y sólo constituyen la materia pasiva con que se forjan los procesos creadores de la historia. Pero sobre la ideología de los S. S. pende la maldición de la esterilidad y de la impotencia de decir una palabra nueva y abrir horizontes nuevos. Ellos sólo saben lanzar consignas altisonantes, sin ser capaces de cumplirlas. La ineptitud de los S. S. para convertirse en la vanguardia del movimiento territorialista y en los dueños de su propio destino, está en armonía con la ideología del emigrante judío que, al sentirse desarraigado de la diáspora, deposita sus esperanzas en lugares nuevos. Los antiguos poaleisionistas de Minsk expresan la ideología de las masas proletarianizantes en relación a *todos* los problemas; los S. S., sólo en relación al problema nacional.

El programa *social* de los S. S. es de contenido proletario verdadero. *En la práctica*, ellos no sienten la "no proletarianización"; su "partido" no emigra, y no se preocupan por la "búsqueda de un territorio". Pero su agitación *nacional* se apoya en aquellos elementos de la psicología del obrero judío que no ejercen mayor influencia en la vida de los mismos: elementos —lo repetimos— insuficientemente maduros, anacrónicos y transitorios. La psicología proletaria judía está integrada por una primera capa de sedimentos pequeño-burgueses,

sobre la cual se eleva una segunda capa con los remanentes de las masas proletarizantes, que a su vez es cubierta por una tercera capa conteniendo las formaciones más complejas y vitales de la clase proletaria militante. Las contradicciones que llevan a la destrucción de la capa intermedia y de su creación —el programa nacional de los S. S.— pugnan irresistiblemente por hallar una salida en alguna dirección. Los S. S. se encuentran, actualmente, en una encrucijada. ¿Hacia dónde los conducirá su futuro desarrollo?

Su mérito revolucionario, el territorialismo, ya es de su absoluta pertenencia. Pero en los problemas del *interés de partida* y de los *caminos y los medios*, los S. S. tienen todavía ante sí dos posibilidades. Ellos pueden romper con las tradiciones del lugar de trabajo; pueden restituir a la proletarización anormal su verdadero significado de un *motivo de clase proletario*; pueden renunciar a la “búsqueda de un territorio”, a las aventuras diplomáticas y al Charter, orientándose hacia la formulación de un pronóstico concreto del futuro y partiendo de la tendencia a mudar la base proletaria judía a un lugar nuevo. En una palabra: los S. S. pueden acercarse hacia nosotros, los poaleisionistas. O bien, pueden volver a las tradiciones del período pequeño-burgués, al programa del “Klal Israel” (“Israel indiviso”), y hundirse en el pantano del nacionalismo aclasista. Regresar, sencillamente, al Bund, les resulta imposible porque ya se afirmaron sólidamente en el terreno del territorialismo, y si se deciden por la segunda alternativa deberán renunciar al punto de vista proletario sobre la cuestión *nacional*, a pesar de ser socialistas en la cuestión *social*.

Lamentablemente, por lo que puede juzgarse a través del primer número de “Der Naier Weg”, los S. S. se

orientan hacia el segundo camino, hacia el programa del "Klal Israel" que no reconoce distinción de sexo, edad, o clase. En el editorial de la mencionada publicación leemos, entre otras cosas, los siguiente: "... Cuanto más densa y compacta se torna la concentración judía en los nuevos países inmigratorios, tanto mayor es su gravitación sobre las poblaciones obreras judías en la emigración. Paulatinamente se desarrolla una influencia recíproca entre la inmigración y la emigración, llegando esta última a ocupar en la ideología proletaria del obrero judío, el lugar de un factor que acrecienta la energía de su lucha de clases" (?!?!). Seguidamente vuelve a insistirse en la absurda idea de la emigración que acrecienta la energía de la lucha de clases, idea que resulta ridícula en boca de un socialdemócrata. Y luego, vuelta otra vez al pecado de los pecados de los S. S.: el territorialismo en la *ideología* del proletariado judío, cuando está ausente en *la vida y en la lucha* de la clase obrera. Más adelante se afirma que la peculiaridad de la vida nacional judía imprime su sello característico sobre la lucha de clases del proletariado judío. Pero ¿cuál es ese sello y en qué consiste su carácter de clase? O sea, ¿en qué forma se interesa el proletariado militante en el territorialismo y cómo lo realiza a través de su lucha de clases? Sobre esto guarda el editorialista el silencio más absoluto. Pero, por ello, en el artículo "¿Qué es el obrero judío?" ya encontramos una explicación del vínculo que une al proletariado judío con el territorialismo: puesto que el proletariado judío está vinculado estrechamente al futuro de su pueblo, y dado que éste se encuentra en el territorialismo, ¡resulta que también el proletariado judío se orienta hacia el territorialismo! Todo esto es *cierto*, pero el problema principal consiste en cómo se *comprende y se demuestra* esta verdad.

Para ello es preciso analizar, primeramente, los intereses de *cada clase* por separado, y especialmente los del proletariado judío. De quedar demostrado que, a pesar de que los intereses de la burguesía y de las masas proletarizantes conducen hacia el territorialismo, los intereses del proletariado no están ligados al mismo, entonces no habría lugar para sostener que el futuro del pueblo judío es también el futuro del proletariado judío. Es imposible tomar como *punto de partida* el futuro nacional de todo el pueblo, para arribar al futuro del proletariado. Por el contrario, es preciso *partir* de los intereses del proletariado para *arribar* al futuro de todo el pueblo. Los S. S. optaron por el primero de estos dos puntos de vista, por el antiproletario y "generalizador". Nosotros, los poaleisionistas, nos orientamos por el segundo camino, por el camino clasista. *Partiendo* de los intereses de la clase obrera militante judía y colocando a ésta a la *vanguardia* del futuro judío, *arribamos al* territorialismo para todo el pueblo judío.

CAPÍTULO VIII

LA IDEOLOGIA NACIONAL DE LOS "VOZRODZENIES"

PERO no todos los poaleisionistas renunciaron a los conceptos desleídos e incoherentes, productos de la herencia psicológica de las masas proletarizantes. Los poaleisionistas quedaron huérfanos de toda dirección ideológica en el momento en que los S. S. se separaron y constituyeron en partido independiente. De estos últimos los alejaba el territorialismo abstracto y el hecho de haber convertido a la aventura en principio de su programa político. Pero carecieron, en general, de una concepción de mundo propia. Los poaleisionistas conservaron a Palestina como territorio concreto, pero fuera de este punto que excluía la antiproletaria "búsqueda de un territorio" abundaron en sus "teorías", lo mismo que en las de los S. S., la diplomacia de viejo cuño, la "no proletarización", la emigración y la concentración, como *motivos* del territorialismo proletario. En las filas de los poaleisionistas tuvo lugar un proceso de fermentación interna, a veces abierto y otras velado; ellos carecieron del elemento de la organización y, lo mismo que a los S. S., se les plantearon dos posibilidades: descender a las teorías del "Israel indiviso", o bien elevarse hacia una concepción verdaderamente proletaria del territorialismo.

La ausencia del elemento de la organización en las filas de los poaleisionistas, dió lugar a la formación de dos corrientes, una de las cuales —la del “Vozroddenic”— no nació en el seno del proletariado judío sino fué importada desde afuera por un grupo de intelectuales “vozroddenies”.⁽²⁶⁾

Los “vozroddenies” elaboraron una teoría especial que, a primera vista, parece estar bien construída y ser rica en conceptos. En ella, lo mismo que en toda ideología compleja e “inteligente”, es difícil descubrir los rasgos fundamentales de su carácter clasista. En los cuatro números de su órgano de expresión, los “vozroddenies” se han ocupado muy poco del proletariado y de la lucha de clases. En aquel entonces, el grupo habíase colocado firmemente en el terreno del “Israel indiviso”, entendiendo bajo esta denominación a toda la masa popular, tanto a la pequeña burguesía como a las masas proletarizantes y al proletariado. Ellos no distinguieron la existencia de *clases sociales* en el pueblo judío, profesando tan sólo un vago sentimiento de aversión y de desconfianza a los “patrones” y a los apoderados sionistas. En este sentimiento indefinido se expresaba todo su socialismo. En cambio, no carecieron de “revolucionarismo”, en la acepción vulgar de la palabra, o sea, falta de madurez e inclinación hacia la polémica estéril e improductiva: ellos no ahorraron inyectivas al Bund y a los sionistas generales, a Pleve y a la diplomacia de Herzl. Pero, con todo, poseyeron y aún poseen un mérito de gran importancia política: el *revolucionarismo nacional*. Y, en verdad, en lo referente al problema nacional no puede acusárseles de oportunismo, de vacilación y de exigencias programáticas moderadas. En eso consiste su ventaja sobre el Bund y sobre los S. S., pero todavía se hallaban lejos del socia-

lismo y de la lucha de clases. El materialismo histórico, la concepción de mundo filosófica del proletariado, siguióles siendo extraño e incomprensible: su concepción de mundo histórico-filosófica constituye una mezcla desordenada de conceptos socialrevolucionarios, de la “Sociología” de Mijailovsky,⁽²⁷⁾ y del realismo de profesores de la Europa occidental como Stamler, Zimmel y Bembart.⁽²⁸⁾ El rasgo característico de la teoría de los “vozroddenies” es la confusión de conceptos sociológicos generales, una especie de teoría socialrevolucionaria revestida con ropaje europeo occidental.⁽²⁹⁾

Cuando los “vozroddenies” se dirigieron hacia la masa obrera judía aprendieron a declinar bien la palabra “proletariado” y a rodearla de muchos signos de admiración. Pero, no por ello acertaron la distancia que media entre su teoría y el socialismo y la clase obrera. Su socialismo es de un tipo muy original. No hace falta ser materialista histórico para comprender que el socialismo constituye, ante todo y sobre todo, un vuelco en la vida *económica* que traerá aparejado una serie de transformaciones políticas y culturales más favorables.

El proletariado está seguro de que en el régimen socialista desaparecerá toda clase de opresión, también la nacional, nacida de la explotación y de la competencia económica, aún cuando más no fuera que por el solo hecho de desaparecer el factor de la opresión económica. El socialismo significa la *socialización de los instrumentos de producción*, y no otra cosa.

⁴² Los “vozroddenies” sostienen que el problema judío no es sino un producto de la explotación nacional, la que, a su vez, es una consecuencia de la condición de extraterritorialidad del pueblo judío; que “el problema judío se origina por la falta de formas nacionales autó-

nomas de vida social. . . Hemos visto que la explotación nacional de los judíos se produce aquí en la esfera económica, política y cultural" *). Para todo socialdemócrata resulta claro que la *causa básica* no reside en el hecho de que los judíos carecen de un territorio, sino en el régimen social imperante basado en la competencia y en la explotación, o sea, en la *propiedad privada* de los instrumentos de producción. Con la eliminación de ésta y con la desaparición de las relaciones de producción capitalistas, quedará también solucionado el problema judío. Pero nosotros, los poaleisionistas, sostenemos en cambio que este problema puede ser resuelto *hasta cierto punto, también con anterioridad* al advenimiento del orden socialista, todavía en el marco de la economía capitalista, mediante la creación de una sociedad judía autónoma que eliminará la causa *más inmediata* de la opresión judía — la extraterritorialidad del pueblo judío.

El articulista de los "vozrodenies" agrega: "Naturalmente, podíamos haber afirmado que la solución radical del problema judío. lo mismo que la de todo otro problema nacional, será dada por el socialismo, pero eso sería incurrir en una tautología. Nosotros concebimos la sociedad socialista como un orden social del que fueron eliminadas todas aquellas condiciones que dan nacimiento a la opresión y a la explotación económica, política y nacional. *Nosotros vemos en cada una de estas libertades un ideal social autónomo* en cuya concreción es preciso la inversión de esfuerzos de creación social *independientes* y la combinación de fuerzas sociales especiales a las que abarcamos, desde un punto de vista for-

*) "Vozrodenie" - 1905. Pág. 36. — (N. del A.)

malista, en el concepto general de "movimiento socialista" *)

Eso significa, ni más ni menos, que la libertad política, la libertad económica, y la libertad nacional, constituyen todos ideales separados que sólo "formalmente" son abarcados por el socialismo; o sea, que el socialismo no es sino una palabra, un sonido vacío. En la realidad existen tres socialismos distintos: el socialismo político, el socialismo económico, y el socialismo nacional... Y aun cuando ya hayamos alcanzado el socialismo económico podrá subsistir todavía la opresión nacional, contra la cual deberá luchar aparte el socialismo nacional separado. Es indudable que también el antisemitismo subsistirá en la era del socialismo económico, tal como lo demostró magníficamente el "erudito" *vozdzenie* Ben Adir en su "estudio científico": "Un tema robado"... **)

Así entienden el socialismo estos "socialistas inteligentes", estos "revolucionarios".

Pero en el subtítulo de la Antología "*Vozrođenje*" leemos: "El proletariado judío y el problema nacional judío", y nosotros estamos muy interesados en conocer la relación que tiene el proletariado militante hacia el problema nacional, por qué y en qué forma está interesado en su solución. Este es el problema cardinal que no ha merecido una respuesta de parte de los "sionistas socialistas".

En las págs. 62-64 encontramos un resumen del enfoque de los "*vozdzenies*" del problema nacional. Este resumen no se diferencia en nada del enfoque de los

*) "*Vozrođenje*" - 1905. Pág. 36. El subrayado es nuestro.
— (N. del A.)

**) "*Vozrođenje*". Nos. 3 y 4 - 1905, — (N. del A.)

S. S.: “Una parte considerablemente grande y desarrollada de la pequeña burguesía judía está expuesta a un proceso de degeneración por la presión de dos factores: el desarrollo del capitalismo, por un lado, y la competencia de la burguesía naciente de otras nacionalidades, por el otro. Esa competencia propagará al antisemitismo... entre la pequeña burguesía. Elementos de desamparo jurídico judío... subsistirán inevitablemente, en una forma u otra, también después de la derogación de las leyes restrictivas... El gran crecimiento de las masas proletarizantes y el aumento desproporcionado del “ejército de reserva” obrero y del “lumpen-proletariado”, como resultado de este crecimiento, caerá como una carga pesada sobre los hombros del proletariado judío, puesto que todos estos elementos se convertirán en competidores directos en el mercado de trabajo. Estos factores aumentarán la inseguridad de las posiciones económicas de aquellas capas del proletariado judío que están ocupadas en los sectores más atrasados de la producción”.

“Una de las consecuencias más importantes de todas las anomalías en nuestra existencia nacional será una emigración en masa que, entre nosotros, asumirá, tanto cualitativa como cuantitativamente, un carácter claramente nacional. La emigración será siempre el barómetro que señalará la fuerza de la presión externa ejercida sobre la nación judía”. “En el curso de muchos decenios, la emigración en masa devendrá una enfermedad crónica del pueblo judío”. “El problema emigratorio estará siempre sobre el orden del día de los partidos proletarios judíos, independientemente de las oscilaciones temporarias de la ola emigratoria, en una dirección o en otra”.

El principio de partida de los S. S., el punto de vista de las masas proletarizantes,

"La pobreza del idioma nacional; la escasez de la creación nacional-cultural propia en comparación al desarrollo cultural relativamente elevado; la multiplicidad lingüística, orgánicamente inevitable, que introduce un elemento de desunión en la esfera de los conceptos adquiridos (!?); la huída de un gran sector de intelectuales hacia el campo de las naciones libres, con mayor riqueza cultural — todos estos factores ejercerán una influencia poderosa durante los primeros estadios de la nueva era del desarrollo cultural del proletariado judío, y demandarán una gran inversión improductiva de su energía cultural".

El principio de los bundistas, el punto de vista de la pequeña burguesía.

Y por último — un principio de partida *aparentemente* poaleisionista, un punto de vista *aparentemente* proletario: "La diferencia existente en el desarrollo político del proletariado judío y en el del proletariado de otras nacionalidades — una diferencia que es explotada por la burguesía — generará una serie de choques especiales que dificultarán y complicarán su lucha de clases". "Sobre la piedra de estas dificultades se estrellará la energía social del proletariado judío en su aspiración a elevarse socialmente al nivel del proletariado de las naciones libres".

Todo esto podría considerarse una multilateralidad encomiable de no tratarse, en realidad, de una lamentable ausencia de principios. Está fuera de toda duda que el *proletario* judío militante es también un *obrero*, y que como tal sufre los efectos de la competencia de las masas proletarizantes; es cierto que el proletariado judío tiene necesidad de un desarrollo cultural, y que las anomalías de la vida cultural judía repercuten negativamente sobre él y sobre su lucha de clases. Pero ¿por qué razón se interesa el proletariado judío mili-

tante en el territorialismo? — sobre esto no se nos dice absolutamente nada. Más aún: sigue sin aclararse el concepto de los “vozrodzenies” sobre las anomalías de la lucha de clases proletaria judía. Los choques que dificultan a esta última tienen su origen en la “diferencia existente entre el desarrollo del proletariado judío y del proletariado no-judío; esta diferencia es explotada —no se sabe en qué forma— por la burguesía; ¿por cuál?, ¿por la judía o por la no-judía? Tampoco eso sabemos. Y el proletariado judío aspira inútilmente a elevarse al nivel social del proletariado de las naciones libres.

Esta última hipótesis, que los “vozrodzenies” gustan repetir en formas distintas, está en abierta contradicción con el socialismo verdadero. El acrecentamiento de la diferencia social es un hecho, pero no constituye un *motivo* de la lucha. Como tal significaría, ni más ni menos, *envidia*. Y no cuadra a un socialista deducir el socialismo o el territorialismo del sentimiento de la envidia. Quien así procede da prueba de inclinaciones *pequeño-burguesas* en la esfera del pensamiento y del sentimiento.

El teórico de los “vozrodzenies” vuelve a hablar sobre las condiciones insatisfactorias de la lucha de clases del proletariado judío y vuelve a subrayar, en síntesis, que “el proletariado judío no puede desarrollar libremente sus fuerzas clasistas” debido a las anomalías del “estado de guerra” crónico en el que siempre vive el pueblo judío (hay que suponer que el autor se refiere aquí al peligro de los pogromes) *). Pero la anormalidad de las condiciones de la lucha clasista del proletariado judío sigue sin ser aclarada por los “vozrodzenies”. Y tampoco encontramos en ellos un principio básico proletario general que determine su terri-

*) “Vozrodzenie” 1905, pág. 19. (N. del A.)

torialismo y aclarar las anomalías del obrero judío. No es suficiente con *proclamar* la existencia de anomalías en la vida del proletariado judío; también es preciso *comprenderlas y explicarlas*. No hay que olvidar que observaciones aisladas sobre la existencia de esas anomalías, las encontramos también entre los bundistas, los S. S., y aun entre los veteranos poaleisionistas de Minsk y los "zeireisionistas".

¿Cuál es, pues, la teoría básica sobre la que se apoya la argumentación "proletaria" de los vozrodzenies? El proletariado, afirman ellos, se torna nacional en forma involuntaria. "Extrayendo sus fuerzas de la creciente capacidad, activización, y abigarramiento de las masas, la vanguardia de la sociedad moderna, el proletariado, véase forzada a tornarse involuntariamente nacional, en forma cada vez más pronunciada" *). "La lucha de clases, no obstante su carácter internacional, se vierte inevitablemente en moldes nacionales. *El proletariado en general*, el proletariado sin formas nacionales, sólo puede ser concebido abstractamente, pero desde un punto de vista *empírico* existe un proletariado judío, ruso, polaco, etc." **). Es verdad que el proletariado es nacional, pero aquí la cuestión es otra: es preciso explicar *en qué forma* se plantea para el proletariado, como clase, el *problema nacional*. Es indudable que existe un proletariado judío, pero ¿en qué forma se plantea para él el problema judío? ¿Tiene el proletariado judío *intereses nacionales* propios, y cuáles son ellos?

Los "vozrodzenies" reconocen ciertamente la existencia de intereses nacionales en general, y los conciben del modo siguiente: "Nosotros aceptamos como

*) "Vozrođenje" 1905. Pág. 30. (N. del A.)

**) "Vozrođenje" 1905. Pág. 30. (N. del A.)

una verdad sobreentendida la existencia de una suma determinada de intereses solidarios que unifican a todos los miembros de una nación. Para defender estos intereses, la nación véase obligada a actuar como una unidad colectiva no obstante los profundos antagonismos sociales que imperan en su seno *). Como es habitual entre los "vozroddenies", lo verdadero se confunde aquí con lo falso. Es verdad que existen "intereses solidarios" entre todos los miembros y clases de una nación. Pero de gentes que ya en la portada de su Antología subrayan ostentosamente la palabra "proletariado", se puede exigir que entiendan lo siguiente: primero, el interés nacional del proletariado no es un producto de los "intereses solidarios", sino que éstos son frutos de los intereses concordantes del proletariado y de las demás clases sociales; segundo, los intereses *nacionales* del proletariado son, ante todo, sus intereses de *clase*, y como tales, se diferencian fundamentalmente de los intereses nacionales de las demás clases de la nación.

Pero la corona más hermosa, la encontramos en la observación siguiente: "El sector más conciente del proletariado judío encontró su ideal histórico (¿Qué significa eso? - B.), el ideal que arranca directamente de todo el pasado y el presente judío, allí donde se encuentra la génesis lógica (?) e histórica (?) de la tragedia judía (como se sabe, la génesis histórica se encuentra en la tumba de Raquel - B.): en la creación de una sociedad judía autónoma" **).

Por último, queremos aconsejar a los "vozroddenies" que en caso de decidirse a sacar una segunda edición de su Antología, no se olviden de corregir el lamentable error de imprenta deslizado en el título de la pri-

*) "Vozroddenie" 1905, Pág. 53. (N. del A.)

**) "Vozroddenie" 1905, Pág. 74. (N. del A.)

mera edición del libro. En lugar de: "Vozrođenje. El proletariado y el problema nacional. Una selección de artículos, se lea: "Vozrođenje. El Klal Israel y el problema nacional. Una selección de artículos".

Los "vozrođenies" afirman siempre haber descubierto los "caminos verdaderamente proletarios para la realización del territorialismo". Estos caminos son, los de la autonomía nacional-política en los países de la diáspora, ya que "la autonomía nacional-política representa para el proletariado, el único camino para la realización de su ideal nacional" *). Y este ideal es, según lo han proclamado más de una vez los "vozrođenies", el territorialismo.

Admitamos, por un momento, que la autonomía nacional-política es el único camino para la realización del territorialismo. Pero, a la justificada pregunta: ¿En qué forma podrá el proletariado judío, con *auxilio de la lucha de clases*, utilizar al Seim para conseguir la autonomía territorial? — responde la Antología con el silencio más absoluto. Y esta pregunta está aún más en su lugar por cuanto en una página anterior sorprende el articulista al lector, con la siguiente aclaración: "La Organización Sionista morirá en forma natural por propia degeneración... y... el *transporte de muchos centenares de proletarios indigentes será la tarea y la función del proletariado judío mismo*" **). Cuando se dice que el proletariado judío está destinado a encargarse del transporte de centenares de miles de proletarios, se nos hace interesante saber en qué forma realizará semejante empresa. Es indudable que los "vozrođenies" oyeron decir en alguna parte que dentro de la economía capitalista, el proletariado posee sólo un medio de combate, el de la lucha de clases. Y nosotros

*) "Vozrođenje" 1905, pág. 77. (N. del A.)

**) "Vozrođenje" 1905, págs. 65-66. (N. del A.)

volvemos a insistir en nuestra pregunta anterior. Una respuesta medida se insinúa entre las líneas siguientes: "En un comienzo, el problema emigratorio se planteará ante el Seim nacional judío... Nosotros (¿Quiénes? ¿El grupo de los "vozroddenies"? - B.) nos colocaremos, naturalmente, en el terreno de la solución territorial como la única efectiva... Aquí (¿En la solución territorial del problema emigratorio? - B.) se encuentra la línea que nos separa de otras corrientes territorialistas (?), proletarias y burguesas. Puesto que éste es un problema fundamental, nos ocuparemos de él por separado. Por el momento, queremos señalar que el sólo planteamiento del problema emigratorio ante el Seim nacional judío será de la mayor importancia en la lucha por el territorialismo" *). ¿En la lucha de quién? ¿Quién luchará por el territorialismo: el proletariado o la J.T.O.? ¿Y contra quién se luchará por el territorialismo: contra la burguesía o contra el Bund?

Para encontrar una respuesta a estas preguntas debemos dirigirnos hacia la agitación oral de los "vozroddenies". Según ellos, el proletariado librará en el Seim una lucha de clases por el territorialismo en tres direcciones. En primer lugar, el proletariado judío obligará a la burguesía judía a aceptar la solución territorial del problema emigratorio; segundo, impondrá a la burguesía la elección de un territorio determinado; tercero, luchará por un método de colonización que responda a los intereses de las masas populares. Parece ser que esta última es para los "vozroddenies" la tarea más importante, por cuanto prometen publicar, en una de sus próximas ediciones, los planes de colonización de F. Oppenheimer ⁽³⁰⁾ con la correspondiente crítica de los

*) "Vozroddenie" 1905, Pág. 76. El subrayado es nuestro. (N. del A.)

misimos *). ¡Como si un partido proletario pudiera, en verdad, interesarse seriamente en toda clase de proyectos colonizadores! ¡Porque es indudable que los "vozrodzenies" tienen todavía la debilidad de considerarse un partido proletario!

Estas tres tareas que los "vozrodzenies" se plantean en el Seim judío, son tan absurdas que no valdría la pena detenerse en ellas, si no fuera que con estos argumentos empañan la conciencia de clase de nuestros antiguos compañeros y predicán conceptos que nada tienen que ver con la lucha de clases proletaria.

"El proletariado obligará a la burguesía a aceptar la solución territorial del problema judío"... Cuando nosotros decimos que el proletariado debe *luchar* por el derecho al sufragio universal, lo hacemos entendiendo que la burguesía *dominante* está, por la naturaleza de sus intereses, *en contra* de ese derecho. Y lo mismo reza para con las exigencias de una milicia popular, de la jornada de trabajo de ocho horas, de la igualdad jurídica para las mujeres, en una palabra, para con todas las exigencias democráticas en general. *Cada una de esas exigencias es de carácter tal, que la burguesía dominante no puede aceptarlas voluntariamente*; de otro modo, sería ridículo hablar sobre una lucha de *clases*. ¿Y puede afirmarse, acaso, que la exigencia territorialista es del tipo de las exigencias arriba mencionadas? ¿Puede sostenerse con propiedad que se trata de una exigencia proletaria que la burguesía jamás aceptará voluntariamente? ¿O es que debemos admitir que los "vozrodzenies" librarán en el Seim una lucha de clases contra el Bund, aliándose con proletarios tan probados como Avinowitzky y Mandelshtam? ⁽³¹⁾ Lo mismo que escolares acusados, los "vozrodzenies" se esfuerzan en de-

*) "Vozrodzenie", pág. 76. (N. del A.)

mostrar, por todos los medios, que ellos son los proletarios más verdaderos y que no pecan de ideas pequeño-burguesas, deslizándose con el proletariado y con la lucha de clases por caminos completamente innecesarios.

Peor es aun el asunto de la "lucha de clases" por un territorio determinado. Aun sería comprensible que el proletariado tenga que librar una lucha de clases contra Ussishkin y su palestinismo. Pero fuera de esto, ya no comprendemos nada. Parece ser que un buen día los partidos en el Seim judío se dividirán de acuerdo a los territorios: a la derecha tomarán asiento los "ugandistas" o "madagascaristas" burgueses; en el centro, los filopalestineses, y a la izquierda, los "surinamistas" o "patagonistas" proletarios.⁽³²⁾ Pero, ¿qué sucederá si no todos los proletarios concordaran con los "patagonistas" y si una parte de la burguesía se aferrara al patagonismo? ¿Qué sucederá entonces con la lucha de clases?

Y, por último, la "lucha de clases" por los métodos de colonización. En el confuso concepto de "métodos de colonización" debemos distinguir dos momentos: el de la organización económica y técnica de la colonización, y el de los derechos y las condiciones políticas en las que ésta se realiza. El primer momento no se encuentra en manos del proletariado, como clase, y ni siquiera en manos de los proletarios, como individuos. Es preciso ser muy ingenuo para creer que en la economía capitalista, la burguesía puede ser despojada de la dirección financiera y técnica de las empresas económicas. ¿O es que debemos admitir que el problema del territorio judío se planteará en el Seim en el período de la dictadura del proletariado? En tal caso, ¿de dónde sacarán los "vozrodenies" una burguesía para librar contra ella su "lucha de clases"? Un programa

que incluye los proyectos de colonización de Oppenheimer, de Warburg, etc., podrá ser un programa para los "vozrodzenies", pero de ningún modo podrá ser considerado un programa proletario.

Y en cuanto a las normas políticas que regulan la colonización, lo siguiente: la democratización de las normas políticas constituye, en general, uno de los objetivos de la lucha de clases proletaria; pero, en nuestro caso, esas normas no estarán supeditadas a la burguesía judía sino al gobierno del país del que se conseguirá el territorio. Los "vozrodzenies" podrán, en sus discursos, gritar cuanto les venga en gana contra el Parlamento británico, podrán afirmar que Ussishkin lo ha sobornado todo y que él mismo no es más que un "jovev sion" disfrazado; todo eso no ayudará al proletariado judío a obtener del Ministro de Colonias británico, un Charter ventajoso. El corazón se desvive ¡ay! por librar una lucha de clases por cualquier cosa, aun cuando más no fuera que por los métodos de colonización, ¡pero desgraciadamente no hay contra quién librar esa lucha!

Pero, por encima de todo —y aquí nos lanzamos resueltamente contra las bases mismas del "seimismo"— es absurdo pensar que dentro del Seim nacional judío, la lucha de clases estará en condiciones de desarrollarse ampliamente y de producir resultados satisfactorios. La lucha de clases del proletariado adquiere gravitación social y política sólo cuando está dirigida contra la forma de capitalismo imperante en el país del que se trata. En los países de la diáspora, el poder se encuentra en manos del *gran* capital industrial, en tanto que entre los judíos predomina el capital medio y pequeño. Para que la lucha de clases adquiera la gravitación revolucionaria que esperan los "vozrodzenies", es

preciso que la misma esté dirigida contra la gran burguesía. Pero ¿podrá el proletariado judío luchar, dentro del Seim, contra el gran capital industrial?

Y aquí repercute muy negativamente sobre la teoría de los "vozroddenies", el eclecticismo general de su concepción sociológica. Tratándose de partidarios de Mijailowsky, o de discípulos de Stamler, o de simples "ajad-haamistas", y siendo incapaces de comprender la importancia del factor económico en la vida social, los "vozroddenies" son también lo suficientemente ingenuos como para creer que con reformas políticas podrán curarse las anomalías de la base económica. Los seimistas se burlan del Congreso Sionista, arguyendo la imposibilidad de librar en él una lucha de clases. En cambio, esa lucha tendrá en el Seim amplias perspectivas de éxito por tratarse de una institución política con poder impositivo. Los "vozroddenies" olvidan empero que el proletariado judío está empleado en la pequeña industria y en la artesanía, y que el gran burgués judío no está interesado en el trabajo judío y explota la mano de obra gentil. Las anomalías de la base estratégica del proletariado judío tienen sus raíces en las condiciones de la vida económica de su pueblo, y mientras dichas condiciones no sean modificadas ninguna clase de instituciones políticas democráticas mejorará su situación. Los ataques del obrero judío conciente, dentro del Seim, no alcanzarán a la gran burguesía tal como tampoco la alcanzan fuera del mismo. En la agitación oral de los "vozroddenies", el Seim aparece como un fetiche de propiedades mágicas. Pero quien no se halla cegado por la propaganda fanática y fantástica, entiende de inmediato que la lucha de clases dentro del Parlamento, del Seim, etc., se apoya en la lucha de clases que se libra dentro de las amplias masas de la sociedad. Todo individuo sensato entiende que si el proletario judío

no trabaja en las fábricas de los grandes capitalistas judíos ni en parte de los capitalistas medios, tampoco puede librar contra ellos una lucha de clases; que ésta última sólo está dirigida contra la pequeña burguesía y contra aquel sector de la burguesía media que no ejerce ninguna influencia en la vida política; que la anomalía de la base estratégica del proletariado judío está condenada a reflejarse también sobre el Seim nacional; que la incapacidad del proletariado judío de modificar radicalmente su situación en los países de la diáspora, le impide obligar a la burguesía a aceptar sus exigencias en el Seim; en resumen, que no puede tomarse en serio todo el palabrerío sobre que el proletariado *obligará* a la burguesía a aceptar la solución territorial del problema emigratorio, la elección de un territorio determinado, y la adopción de los métodos de colonización por él elegidos. La socialdemocracia moderna ha arrancado la corona al prejuicio del orden republicano asignándole un papel muy modesto en el mejoramiento del nivel de vida de los obreros; lo mismo ocurre con el pensamiento crítico, frente al entusiasmo de los "vozroddenies" por el Seim.

Resulta claro que el Seim no constituye un camino de clase proletario para la realización del territorialismo. Tampoco vemos las razones por las cuales el Seim no pueda ser aceptado también por el territorialista burgués-extremista, como instrumento para la realización de sus ideales. Y, en verdad, este "camino proletario" empezó a propagarse últimamente también entre los sionistas burgueses. ¿En qué dejan de ser "seimistas", por ejemplo, Ussishkin y Zabotinsky? ⁽³³⁾ ¿Acaso en qué están dispuestos a conformarse *provisoriamente* con una unión nacional libre, sin la sanción del Estado? Pero si aceptamos la opinión de los "vozroddenies" según la cual una unión nacional libre resulta imposible,

entonces los sionistas burgueses veránse obligados a renunciar rápidamente a su exigencia *mínima provisoria*, para exigir una autonomía sancionada. ¿*Contradeciría* semejante autonomía los intereses de la burguesía? ¿Y cómo pueden denominarse “proletarios”, caminos e instrumentos que no contradicen los intereses burgueses? Y no olvidemos que los sionistas burgueses consideran al Seim como la mejor forma de organización para el judaísmo y para la actuación nacional propia, que debe conducir hacia el Sionismo. Pero sería erróneo creer que el Seim constituye una invención de los “vozrodzenies”, que fué arrebatada por los sionistas burgueses. Los primeros lo extrajeron de los escritos del jurista austríaco Springer,⁽³⁴⁾ y sin invertir mucho pensamiento en las condiciones reales de la vida judía y en la peculiaridad del problema nacional en Rusia —sin mayores miramientos y sin las reformas necesarias— lo trasladaron directamente al escenario ruso. Según los “vozrodzenies” el Seim no constituye sino un fruto de su propio pensamiento, pero en verdad el “seimismo” no es sino una imitación realizada sin el menor cuidado. Los sionistas burgueses se esfuerzan, por lo menos, en adaptar el proyecto de Springer a las condiciones de la vida judía y rusa en general. Si su adaptación no resulta acertada, ello se debe a que conciben las condiciones desde un punto de vista burgués. Entre los sionistas burgueses se observa, al menos, un esfuerzo de pensamiento realista; entre los “vozrodzenies”, ni eso se nota. Sólo abunda una fraseología hueca y aparentemente proletaria.

Existe, sin embargo, una diferencia importante entre los sionistas burgueses y los “vozrodzenies”, y aun ella no es favorable a los últimos. Por lo general, la burguesía aspira a limitar la esfera de las exigencias democráticas aun cuando concuerda con algunas de las exigencias del proletariado. Pero, en el caso que nos

ocupa, los sionistas burgueses no sólo no restringen la exigencia del Seim, sino que agregan a ella la demanda de un trabajo práctico en Palestina. Y todavía nadie ha demostrado que un trabajo práctico en Palestina perjudique al Seim y lo restrinja. En una palabra: no vemos en qué consista el carácter proletario especial de las exigencias de los "vozroddenies". Los caminos *proletarios* para la realización del territorialismo no se encuentran en el Seim, porque la palabra del proletariado es pronunciada en una esfera distinta.

Pero, ¿es el Seim, en general, un camino para la realización del territorialismo? Nosotros sostenemos que el Seim sólo puede *facilitar* la obtención de la autonomía territorial, pero *no conduce* hacia el territorialismo. Con ser un importante instrumento para la *organización* de las masas judías, es aun insuficiente para realizar el Sionismo. Cuando los "vozroddenies" exigen la instauración del Seim y se lanzan con verdadera crítica partidaria contra el Congreso Sionista Mundial, no hacen más que socavar las bases sobre las que ellos mismos se asientan, por cuanto sin un *Congreso Sionista Mundial el Seim pierde toda relación con la realización del territorialismo*.

Según los "vozroddenies", la autonomía nacional-política en la diáspora conducirá hacia la solución territorial del problema emigratorio y del problema judío en general, por dos caminos: por un lado, solamente el trabajo en el Seim, sólo los esfuerzos de regulación organizada de la emigración y de otras necesidades nacionales, bajo la supervisión de todo el pueblo, *demonstrarán* a éste la necesidad de la autonomía territorial, del territorialismo; y por el otro, solamente el Seim estará en condiciones de movilizar las fuerzas internas, financieras y organizacionales, y externas necesarias pa-

ra la realización de la autonomía territorial. En otras palabras: el Seim realizará el territorialismo.

¿En qué forma demostrará el Seim la necesidad de resolver territorialmente el problema judío? Semejante solución presupone una transformación radical en la vida judía, y constituye la *adaptación más revolucionaria* al conflicto nacional. Adaptaciones semejantes no se realizan rápidamente, no se aceptan rápidamente, y no se propagan rápidamente.

Para que el Seim acepte el programa territorialista será preciso realizar una agitación partidaria, activa e intensa, tanto dentro como fuera del mismo. O sea, que además del Seim habrá necesidad de un *partido territorialista* militante. Pero, para que la agitación tenga éxito es preciso que la propaganda no se limite únicamente a palabras, sino que se exprese también en un *trabajo práctico en el territorio*. Ningún partido y ninguna idea tienen derecho a esperar un éxito asegurado si sólo se dedican a la *propaganda oral*, desentendiéndose del medio más efectivo: la *propaganda de los hechos*.

Las amplias masas organizadas en las filas de un partido *territorialista* deben ver y participar en el trabajo territorialista; en caso contrario, se apartarán del mismo, quedando reducido el territorialismo a una mera aspiración de hombres de gabinete, o, en el mejor de los casos, a una frase demagógica.

Entre los "vozrodenies", lo mismo que entre los S. S., el territorialismo sólo está presente en la *ideología*, pero no en la vida práctica, siendo su rasgo característico la audacia en el lenguaje y la cobardía en la acción. La lucha por el Seim no significa aún una lucha por el sionismo. La lucha del proletariado, como *clase*, reviste siempre un carácter socialista; el socialismo no es un ideal meramente regulador, sino, por el contrario,

una idea que se realiza a cada hora en la vida práctica. La jornada de trabajo de ocho horas, el sufragio universal, etc., no constituyen meras *aproximaciones* al socialismo sino son elementos de cuya suma nacerán las nuevas formas de vida socialistas. En cambio, la autonomía nacional-política en la diáspora no es un elemento capaz de estructurar, en unión a otros semejantes, la autonomía territorial del pueblo judío.

En la medida en que impera el sufragio universal, se realiza también una parte del socialismo. Por el contrario: en la medida en que existe la autonomía territorial, se torna superflua la autonomía nacional-política. La concentración territorial constituye, por así decirlo, la negación de la diáspora. La lucha por la autonomía nacional-política en la diáspora constituye, naturalmente, uno de los aspectos del movimiento de liberación nacional, pero si ese movimiento postula la autonomía territorial debe asentarse también sobre bases "vozrodenies". Un partido verdaderamente territorialista, obligado a recurrir a la propaganda para convencer al pueblo judío y al Seim de la necesidad de la autonomía territorial, no puede tolerar una deficiencia tan importante en su programa; él se esforzará en demostrar esa necesidad en forma práctica, recurriendo para ello a la ayuda de las instituciones partidarias. Es evidente que, contrariamente a la opinión de los "vozrodenies", el Seim no sólo no excluye el libre trabajo práctico del partido en el territorio, sino que también tiene necesidad del mismo como pre-requisito de la participación que tomará más adelante en el trabajo práctico. Para que el Seim se ocupe de la solución territorial del problema judío, es preciso que la Organización Sionista trabaje primero en el territorio.

De lo que se deduce que el Seim no es capaz de realizar, por sí solo, el sionismo. Esta conclusión se ve

confirmada por otras consideraciones, la más importante de las cuales es, que el *Seim no constituye una institución capaz de conducir una política internacional, en tanto que el territorialismo es una tarea que afecta a los judíos de todos los países.*

El sentido de la exigencia de la autonomía nacional-política es que Rusia y otros Estados multinacionales ⁽³⁵⁾ se transformen en Federaciones de uniones nacionales; consérvese aquí la unidad política superior y la integridad de la República federada.

La dirección suprema de los asuntos generales de toda la República permanece en manos del Parlamento Central, a quien corresponde también la representación internacional ⁽³⁶⁾. Si atribuyéramos al Seim nacional judío, en Rusia por ejemplo, un carácter internacional, destruiríamos en sus bases el principio de la unidad del Estado federativo, principio que no podrá ser anulado por ninguna democratización de la sociedad burguesa. Es inconcebible la idea de que el Seim judío en Rusia, Austria, o América, podrá negociar en forma independiente con los gobiernos de Turquía o de Gran Bretaña, o podrá enviar capitales al extranjero para colonizar territorios pertenecientes a otros Estados, sin recibir antes la autorización correspondiente del Gobierno Central. Por más democrática que sea la sociedad burguesa, será imposible que el Seim de los judíos rusos pueda desarrollar directamente una política colonizadora fuera de las fronteras de Rusia, que el Seim de los judíos austriacos pueda dedicarse a la colonización fuera de las fronteras de Austria, etc. Para quien no tenga la conciencia política empañada por la vocinglera agitación seimista, le resulta claro que *sin la mediación de la Unión Sionista Mundial, cuyo órgano es el Congreso, los Seim no podrán ocuparse de la solución territorial del problema judío.* Por otra parte, la formación de una

Liga Mundial de Seim Judíos será imposible aun cuando más no fuera que por el sólo hecho que ella contradeciría el principio de la unidad e integridad de los Estados federativos. Es inverosímil pensar que el pueblo judío pueda conseguir permiso para desarrollar una política nacional de carácter *internacional*, en la diáspora. Ello presupondría la creación de una organización internacional con derechos soberanos, que se inmiscuiría en los asuntos internos de todos los Estados con población judía.

Lo único que podrá conseguirse en las relaciones internacionales democráticas imperantes en la economía capitalista es, la *legalización internacional del sionismo*, o sea, el apoyo de las Potencias a la *Política colonizadora y a la política territorialista en general* de la Organización Sionista Mundial. Con ayuda de la Organización Sionista, podrán también los distintos Seims ejercer una influencia importante sobre la colonización judía. Pero eso sólo será posible una vez que el *consentimiento internacional de las potencias permita a los distintos Seim judíos, apoyar la política colonizadora del Congreso Sionista*. El Congreso Sionista podrá realizar su obra de colonización también sin este consentimiento internacional por tratarse de una Liga libre; en cambio, la Liga de los Seim judíos ni siquiera podrá empezar a funcionar sin el mismo, por tratarse de una institución *oficial*. Por más que consideremos este problema desde distintos ángulos, arribaremos siempre a las mismas conclusiones: 1) *La autonomía nacional-política en la diáspora, no es ni el único, ni el acertado, ni el obligado camino hacia la autonomía territorial*; 2) *el Congreso Sionista Mundial es la única institución que responde directamente a los objetivos del territorialismo*; 3) *el Congreso puede realizar una política colonizadora aun antes de conseguir la legalización internacional*; 4) *los*

distintos Seim judíos pueden apoyar la obra colonizadora del Congreso, sólo después de haber conseguido el asentimiento internacional a su actividad territorialista.

Queremos señalar, sin embargo, que los puntos 1 y 4 sólo son válidos en el caso de que la autonomía nacional-política del pueblo judío en la diáspora es conseguida antes de la creación de una sociedad judía autónoma, en un territorio determinado. Pero la admisión de una posibilidad semejante está relacionada con la teoría seimista según la cual el Seim es el único camino hacia la realización del territorialismo. Y puesto que esta teoría es infundada, tampoco resulta posible demostrar esa hipótesis.

Si admitimos la opinión de los “vozrodzenies” sobre la posibilidad de conseguir la autonomía nacional política antes de la autonomía territorial, nos resultará fácil determinar con precisión el papel de los Seim nacionales judíos en la realización del territorialismo. Puesto que en ese sentido, los Seim son completamente impotentes sin el Congreso Sionista, podrán proporcionar a éste último, una vez obtenido el asentimiento internacional a su actividad territorialista, fuerzas con las cuales el Congreso jamás podría haber contado por sí solo: un aparato financiero influyente, una segura base de crédito, una sólida organización política de las masas judías en la diáspora, sin mencionar ya la educación política que éstas podrán recibir en las instituciones nacionales autónomas una vez que intervengan directamente en el destino de las mismas. Pero nosotros protestamos enérgicamente contra las exageradas esperanzas cifradas por los seimistas en la autonomía nacional-política; protestamos contra la creencia de que la autonomía nacional-política constituye el único camino hacia la realización del sionismo.

Esta creencia es, como ya lo hemos visto, fruto del pensamiento no maduro en lo referente al problema de la realización, producto de la cualidad de los "vozrodenies" que es "precisamente característica para los oportunistas de toda ralea, a quienes las exigencias del momento histórico inmediato y las reformas de carácter paliativo, impiden ver las tareas históricas que se derivan obligatoriamente del ideal social dado" *). Y la tarea histórica del ideal territorialista es, para los "vozrodenies", *realizar la autonomía territorial del pueblo judío con ayuda de la lucha de clases del proletariado judío*; solo que ellos no se atreven a plantear abiertamente esta tarea y la eluden.

Hemos visto que el Seim nacional no es un "camino" de clase proletario y que a la vanguardia de los caminos y de los medios propuestos por los seimistas no se encuentra el proletariado. Por ello aquí, lo mismo que en el caso de los S. S., resulta incomprensible la existencia del "Partido Socialista Obrero Judío" como organización separada del proletariado judío. ¿En qué forma luchará ese "partido" por la autonomía territorial? En la misma forma que los sionistas burgueses, por medio de la diplomacia, con la única diferencia de que las negociaciones diplomáticas en vez de ser conducidas por el Comité de Acción Sionista, lo serán por el Consejo de Ministros del Seim nacional; lo que equivale a decir que nadie se ocupará con ellas, por cuanto el Seim no es un sujeto reconocido por el derecho internacional. Los caminos y los medios de los seimistas se excluyen y se niegan a sí mismos: es una diplomacia con la cual nadie se ocupará, y una lucha de clases con la cual nadie se interesará.

Lo mismo que todos los oportunistas, los seimistas

*) "Vozrodenie" 1905, pág. 73. (N. del A.)

olvidan la realización de la autonomía territorial en nombre de la autonomía nacional-política. Tal como los bundistas, adoptan una actitud "neutral" frente al pronóstico del futuro judío y a las tendencias de la realidad judía, así también los seimistas adoptan una actitud de "neutralidad" frente al problema de los caminos y de los medios concretos. Y para tranquilizar su conciencia aclaran que se trata de un "asunto privado" de cada persona. He aquí el oportunismo más consecuente y extremo, en la medida en que, en general, puede haber un oportunismo consecuente y extremo.

Ya hemos señalado precedentemente que es difícil analizar con precisión el carácter clasista de la policroma ideología *inteligente* de los "vozroddenies". Pero, lo que ya hemos visto, es suficiente para convencernos de que esa ideología no es proletaria, empaña la conciencia de clase de los obreros judíos, y es incapaz de formular para el territorialismo un punto de partida y caminos de realización proletarios. Y no tenemos ningún interés en seguir escarbando en el carácter particular de ese puñado de "inteligentes", por más que haya logrado confundir con su agitación a algunos antiguos poaleisionistas y confeccionar con ellos el "partido" Socialista Obrero Judío.

Por último, debemos reconocer a los "vozroddenies" dos méritos importantes en el pensamiento proletario judío. En primer lugar, son consecuentes e intrépidos en el terreno del *revolucionarismo nacional*. En tanto mantienen una posición oportunista en relación al territorialismo y a la lucha de clases, a la cuestión social y al futuro judío, han dicho una palabra osada y revolucionaria, si bien no nueva ni propia, en relación al programa nacional en la diáspora. Es verdad que los "vozroddenies" han exagerado mucho la importancia de esa exigencia, que su teoría no resiste los embates de la

crítica, que ellos han envuelto su programa en un falso oropel de frases propagandísticas y de entusiasmo demagógico, pero todo eso no alcanza a disminuir el valor de su aporte al programa nacional del proletariado judío.

En segundo lugar, los "vozroddenies" han hecho una crítica brillante y detenida del utopismo de los S. S. y de los sionistas burgueses en lo referente a la *realización* de la autonomía territorial. Ellos no propusieron ni podían haber propuesto una realización verdaderamente proletaria porque en el fondo son ideólogos burgueses; y es interesante que las preguntas que ellos formularon a los S. S., no hallaron respuesta en su propia teoría. Pero los "vozroddenies" señalaron con claridad el abismo que separa al presente del futuro, en el programa de los sionistas burgueses, y revelaron despiadadamente el profundo pesimismo de los sionistas socialistas en lo referente a las posibilidades ya existentes en la vida judía. Esa crítica contribuyó mucho al esclarecimiento de la concepción de mundo de los poaleisionistas, y la ayudó, en no poca medida, a liberarse del confusionismo utópico.

Pero ni aun a la crítica de los S. S. supieron los "vozroddenies" elevar a un plano *clasista*. Ellos atacan los *caminos* y los *medios* de los S. S., pero no analizan sus *razones de partida*. Los "vozroddenies" no supieron descubrir el carácter no-proletario del interés de partida de los S. S., porque ellos mismos carecen de un principio de clase proletario; de ahí que su crítica queda exenta de frutos y que el punto de vista fundamental de la misma no cuadre a personas que pretenden llamarse socialistas. El autor del artículo "Sobre el programa de los S. S.", publicado en la Antología "Vozroddenies", intenta describir la genealogía de la concepción de mundo de los S. S., jencntrando sus raíces en la

concepción de mundo de los sionistas burgueses! Ese escritor se imagina que "el sionismo socialista está ligado por herencia al sionismo burgués y al territorialismo", que el sionismo proletario es el "heredero" directo del sionismo burgués. Ello explica, en su opinión, el utopismo de los S. S.*) Ese escritor supone que porque él mismo y sus amigos inteligentes entre los S. S. y los poaleisionistas fueron antiguamente "sionistas generales", también el movimiento sionista proletario desciende del movimiento burgués. El ignora que al ingresar la juventud sionista a las filas de la *clase obrera*, ha roto todos sus vínculos con el sionismo burgués. Ese escritor no comprende que el sionismo proletario constituye una etapa superior en el desarrollo del pensamiento *proletario* y no del pensamiento burgués, y que la genealogía de los programas proletarios nada tiene en común con la genealogía de los programas burgueses. El articulista de los "vozroddenies" no advierte que el sionismo no es un solo movimiento, sino dos; que el desarrollo del sionismo burgués se extiende desde el período del Iluminismo, a través del movimiento "Jibat Sión" y del "Ajad-haamismo", hasta el sionismo político, en tanto que el desarrollo del sionismo proletario e independiente se extiende desde el cosmopolitismo primitivo, a través del autonomismo bundista y del territorialismo de los S. S., hasta el territorialismo realista y concreto de los poaleisionistas.

*) "Vozroddzenie" 1905. Págs. 100, 101, 107. (N. del A.)

CAPÍTULO IX

LA IDEOLOGIA NACIONAL DEL PROLETARIADO

NOS hemos familiarizado con la evolución de las reacciones del proletariado judío frente al conflicto nacional. Hemos observado cómo estas reacciones se han tornado gradualmente más complejas, más coordinadas, y más revolucionarias. Hemos visto cómo el obrero judío intentó, en un principio, resolver su problema nacional dentro del marco de las condiciones que le dieron origen, y que recién más tarde llegó a comprender la necesidad de modificarlas radicalmente. Cada una de las etapas atravesadas por el pensamiento proletario judío ha tenido, en nuestra opinión, un valor intrínseco propio, por cuanto sirvió para preparar el terreno al advenimiento de una etapa superior y más revolucionaria. Cada uno de los programas contemplados ha demostrado ser un eslabón indispensable en la cadena de las adaptaciones al conflicto nacional que elaboró la clase obrera judía. Hemos visto que el lugar de la adaptación que se ha arraigado en los restos pequeño-burgueses del proletariado judío, fué ocupado por el más desarrollado programa de los S. S., resultado de la psicología de las masas proletarizantes, se enredó en contradicciones insalvables allí donde el pensamiento revolucionario busca su fundamento más seguro: en el problema de los intereses de partida, en el camino de realización del territorialismo, y el pronóstico concreto.

Nos hemos convencido de que el pensamiento proletario, agitándose impotente en las tinieblas de la psicología de las masas proletarizantes, entró en una encrucijada, y la realidad nos ha demostrado con qué facilidad se cae de la etapa de los S. S. al barro del nacionalismo superclasista. En esas condiciones nació y se desarrolló en el seno del proletariado judío la adaptación más compleja y coordinada al conflicto nacional: el programa del Partido Socialdemócrata Obrero Judío "Poalei Sión".

No nos detendremos aquí en el análisis de nuestro objetivo último. Nuestro objetivo último, *nuestro programa máximo, es el socialismo, la socialización de los instrumentos de producción*, la anulación de la propiedad privada y su reemplazo por relaciones de producción comunistas. El único camino hacia la realización del socialismo, reconocido por nosotros, es el de la lucha de clases del proletariado judío en las filas de la socialdemocracia internacional. La propaganda y la agitación tendientes a esclarecer y desarrollar la conciencia de clase, la propagación de las ideas socialistas y democráticas entre las amplias capas periféricas que lindan con el proletariado militante, la organización y la educación política de la clase obrera, son todos *momentos necesarios* y conocidos de la lucha de clases ⁽³⁷⁾, y no nos detendremos en ellos. Nuestra intención es analizar, en cambio, aquellas circunstancias laterales vinculadas con la lucha proletaria, sobre las que se asienta su programa mínimo.

Durante los primeros tiempos de la aparición del obrero libre en el escenario de la sociedad capitalista, su interés principal está concentrado en la conquista de un lugar de trabajo. Es éste, un interés de competencia. Aquí todavía no nos enfrentamos con el proletariado

como *clase y fuerza social solidaria*, y aun después de organizados los obreros en sindicatos, sus tareas, *durante los primeros tiempos*, no se limitan sólo a la lucha antipatronal, sino que se extienden también al terreno de la competencia interobrera, con el propósito de conservar y defender las posiciones en la producción, frente a la presión creciente del "ejército de reserva" de los desocupados. Aun nos enfrentamos con los intereses de las masas proletarizantes vinculadas al lugar de trabajo, a los cuales ya nos hemos referido precedentemente. Pero, en el momento en que los obreros inician su lucha contra el capital, hace su aparición una clase nueva: el proletariado. El miembro de la clase proletaria no aparece sólo como un luchador militante: en él se confunden los intereses más complejos y enrevesados. Desde un punto de vista abstracto podemos distinguir en el total de los intereses del *proletario*, un número de intereses parciales: los intereses del *obrero* como tal, o sea, los del mejoramiento de sus condiciones de trabajo y del seguro contra las consecuencias de la desocupación; los intereses del proletario como *ciudadano* de la sociedad capitalista (inviolabilidad y libertad individual); los intereses del proletario como *miembro de una nación* determinada; y los intereses del proletario como *persona* en general. Aun en el pensamiento resulta difícil delimitar con exactitud las esferas de cada uno de estos intereses: en la vida real ellos están estrechamente ligados entre sí y con la lucha de clases. Es importante señalar que estos intereses adquieren significación social como factores históricos, únicamente cuando el obrero los defiende por el camino de la *lucha de clases*. Los intereses de la lucha de clases están vinculados siempre, en una forma u otra, a la *base estratégica* del proletariado, y su defensa está incluida en el programa mínimo. Este programa mínimo incluye, ade-

más de la *defensa directa* de los intereses obreros (jornada de trabajo de ocho horas, seguro social, sufragio universal, etc.), también la exigencia de *garantías* para la protección de dichos intereses (milicia popular, derecho a la elección, destitución y enjuiciamiento de los funcionarios públicos, etc.). Pero todas estas exigencias están ligadas a las condiciones de la lucha de clases proletaria, es decir, a la base estratégica.

La necesidad del territorialismo es creada para nosotros por la anormalidad de la base estratégica del proletariado judío. Esta anormalidad es un producto del antagonismo existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las *relaciones* de producción, y constituye un fenómeno experimentado por todos los obreros y no sólo por los judíos. Pero a las anomalías generales que dificultan el libre desarrollo de la lucha social de los obreros de los demás pueblos, agréganse, en el caso del proletariado judío, una serie de anomalías *específicas*, propias de la base estratégica y de las *condiciones* de producción en que vive la nacionalidad judía. Estas anomalías específicas son las que plantean ante el proletariado judío militante la existencia del problema judío, obligándole a incluir en su programa mínimo una serie de exigencias tendientes a defender directamente sus intereses nacionales y a *garantir* la posibilidad de esa defensa. Las anomalías nacionales de la base estratégica del proletariado judío encierran algo más que la limitación de la cultura espiritual, en la que se apoya el Bund. Tampoco consisten en la proletarianización anormal y en la emigración, en las que se apoyan los S. S.. La base de esas anomalías radica en el hecho de que al proletariado judío le resulta excepcionalmente difícil librar su lucha de clases, organizar y disciplinar a los obreros judíos dispersos por pequeños talleres, y

conferir a su lucha social una influencia política y económica importante.

Todas esas anomalías desaparecerán únicamente con la modificación radical de las condiciones de producción de la vida judía, con la eliminación de la extra-territorialidad del pueblo judío. Sólo cuando los judíos estén empleados en los estadios más importantes del proceso productivo, cuando se dediquen no únicamente a la elaboración de los bienes de consumo, sino también a la fabricación de los instrumentos de producción, recién entonces el proletariado judío controlará el destino de la vida económica del país en el que vive. Cuando los judíos participen en los centros económicos donde se organiza el trabajo social del país, el proletariado judío dejará de depender de la organización del trabajo de los pueblos periféricos; su lucha de clases dejará de estar dirigida contra una burguesía impotente, como es el caso, hoy en día, de la burguesía judía, para enfrentarse con una burguesía poderosa, que organiza la producción en todo el país; y la misma adquirirá la necesaria influencia social, económica y política. Cuando los obreros judíos se concentren en las ramas de la gran industria desaparecerán aquellos factores que dificultan actualmente la organización y disciplinación del proletariado judío disperso.

Nuestro interés de partida consiste exclusivamente en el desarrollo de la lucha de clases del proletariado judío. Nuestro punto de vista excluye el programa del "Klal Israel" ("Israel indiviso"): las anomalías de *todo* el pueblo judío sólo nos interesan como *explicación objetiva* de las causas que provocan las contradicciones en la vida de la clase obrera judía; pero la *motivación subjetiva de nuestro programa fluye de los intereses de clase del proletariado judío militante*. Por esta razón, nuestro interés de partida no *excluye* de su esfera a los

intereses de partida del Bund y de los S. S., sino que, por el contrario, los *contiene* y los *une* en una síntesis proletaria más elevada. Nosotros defendemos los intereses de los *proletarios* judíos, es decir, los intereses de los *obreros* judíos. Nosotros también defendemos sus necesidades cultural-espirituales y sus necesidades económicas, tanto en sus actuales lugares de residencia como durante su *emigración* a otros países: en una palabra, nosotros luchamos por los derechos políticos, nacionales y humanos del obrero judío. Y por esta razón, incluimos en nuestro programa mínimo socialdemócrata, también una serie de exigencias nacionales. Pero estas exigencias pueden ser de alcance mediano o inmediato.

El problema judío sería considerado por nosotros como completamente resuelto y sus anomalías *específicas* como completamente curadas, en la medida en que ello es posible en los marcos de la economía burguesa, si se pudiera conseguir la autonomía territorial para *todo* el pueblo judío, si éste se constituyera allí en un organismo nacional económico unificado. En tal caso desaparecerían radicalmente las anomalías enfermizas de la base estratégica del proletariado judío. Por ello, una de las exigencias *finales* de la parte nacional de nuestro programa mínimo es: la *Autonomía Territorial-Política del Pueblo Judío*. Somos, pues, territorialistas.

Pero, en primer lugar, la realización del territorialismo constituye un proceso histórico prolongado, en el curso del cual tenemos que defender también nuestras necesidades en la diáspora; y en segundo lugar, el territorialismo, como punto del programa mínimo que se realiza todavía en el régimen capitalista, no alcanza una materialización completa, teniendo que admitir la hipótesis que sectores importantes del pueblo y del proletariado judío permanecerán siempre en la diáspora como minorías nacionales regulares. Por esta razón, he-

mos incluído en nuestro programa mínimo, *junto al territorialismo*, también otro punto, destinado a garantizar al pueblo y al proletariado judío, en la medida en que ello es posible en las condiciones de la diáspora, la máxima protección de sus necesidades nacionales. Este punto es: la *Autonomía Nacional-Política de los Judíos en los países de la Diáspora*.

La autonomía nacional-política no constituye una solución revolucionaria, o sea, una solución democrática *radical* del problema judío, por lo que tampoco puede eliminar todas las anomalías de la base estratégica judía; pero ella proporciona las formas *políticas directas* que faltan en la lucha de clases del proletariado judío; ella coloca a éste sobre el escenario *político*, enfrentándolo directamente con la burguesía de su pueblo. Y si bien es cierto que la autonomía nacional-política es incapaz de generar un cambio profundo en las condiciones de la lucha de clases y no proporciona al proletariado judío un arma eficiente en su lucha contra la forma de capital imperante, contra su forma mecanizada-industrial, es innegable que ella constituye el *máximo* de los derechos que los judíos pueden obtener en la diáspora. Los defectos de la autonomía nacional-política no son inherentes a ella misma, sino que dependen de las condiciones de la vida en la diáspora.

En nuestra relación hacia la autonomía nacional-política nos diferenciamos de los "seimistas" en la misma forma en que los socialdemócratas diferéncianse, por su relación realista hacia la representación proporcional o hacia la socialización de las tierras, de los "proporcionalistas" burgueses y de los socialrevolucionarios en su acercamiento utópico hacia estos problemas. Nosotros no compartimos el entusiasmo ridículo de los "vozrodenies" por el Seim, tal como tampoco participamos del entusiasmo de los S.S. por la socialización de las tierras.

Pero, la cuestión agraria alcanzó en Rusia un grado de madurez semejante que su solución, aun cuando paliativa, se ha convertido en una necesidad urgente de las masas populares. Y del mismo modo, la autonomía nacional-política se convertirá también en una necesidad imperiosa de las amplias masas de las nacionalidades oprimidas, *cuando maduren suficientemente los conflictos nacionales y la democratización de la sociedad haya alcanzado una etapa relativamente avanzada.*

Y aquí se manifiesta nuevamente la diferencia que nos separa de los 'seimistas' pequeño-burgueses. Su seimismo, lo mismo que su socialismo, es de naturaleza *utópica*: nosotros, en cambio, somos *realistas* también en relación al Seim. Los socialistas utópicos creían que el socialismo, por ser algo bueno, "interesaba" a todo el mundo: sólo hacía falta sacar a luz las ventajas del socialismo y vencer la resistencia de los hombres malos y de los realistas estrechos y perversos, para que todo se arreglara de la mejor forma. Ellos confiaban en la posibilidad de realizar el socialismo mediante el deseo y la buena voluntad. E idéntica relación prevalece entre los "seimistas" *vozrodenies*, si bien éstos adornaron su agitación con una fraseología más moderna y, aparentemente, más científica. Entre los socialistas utópicos no encontramos ninguna alusión a los pre-requisitos necesarios para la implantación del socialismo; entre los 'seimistas' no encontramos ninguna referencia sobre *pre-requisitos necesarios para la realización de la autonomía nacional-política.*

Mientras no sean creados estos pre-requisitos, la instauración de instituciones políticas apropiadas sólo será posible temporariamente en épocas revolucionarias, excepcionalmente violentas. Pero ellas estarán irremediablemente condenadas al fracaso. En el año 1848, aún no habían madurado en Francia los pre-requisitos ne-

cesarios para la instauración de una República burguesa: pero las circunstancias eran propicias para su establecimiento efectista, y tres años más tarde acabó su existencia. Un segundo ejemplo, heroico en su trascendencia y trágico en su resultado, es el de la Comuna de París del año 1871. Es probable que el pueblo judío y otras minorías nacionales consigan la autonomía nacional-política en las condiciones coyunturales especiales a crearse en Rusia, en el momento de la liquidación del régimen absolutista y de la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Pero la autonomía conseguida en este momento revolucionario no durará mucho tiempo, si bien logrará confundir temporariamente a las masas judías entregándolas a las manos débiles de los "seimistas". Los seimistas son, en esencia, *momentalistas* — y carece de importancia si tienen o no conciencia de ello. Una autonomía nacional-política *estable* y segura sólo será conseguida cuando hayan madurado los pre-requisitos para la transformación de los Estados multinacionales en Repúblicas Federativas integradas por unificaciones nacionales autónomas: cuando haya llegado la hora en que *todas* las nacionalidades puedan obtener la autonomía política (37 bis).

Para ello es preciso que *maduren suficientemente los conflictos nacionales* entre los distintos pueblos que integran el Estado multinacional y que el proceso de *democratización de la sociedad* haya alcanzado una etapa relativamente avanzada. No es nuestro propósito detenernos aquí, en detalle, en el análisis de las distintas etapas de evolución de estos pre-requisitos, sino sólo enunciarlas sucintamente. *El incremento de los conflictos nacionales*, se expresa en las siguientes formas: *autonomía territorial para las mayorías nacionales*,⁽³⁸⁾ *formación de partidos burgueses nacionales*, y *reestructuración del partido socialdemócrata sobre bases fede-*

rativas, como liga de organizaciones proletarias nacionales autónomas. Por su parte, la *democratización de la sociedad*, necesaria para una autonomía nacional-política estable y arraigada, se expresa en las siguientes formas: *libre educación nacional; autonomía nacional-cultural de las comunidades; igualdad de derechos para los distintos idiomas; extensión del derecho de sufragio universal a todas las esferas del gobierno; y amplia representación proporcional en todas las instituciones legislativas, administrativas y jurídicas* (39). Conforme a los pre-requisitos que hemos enumerado, formulamos las exigencias programáticas correspondientes, sin las cuales la autonomía nacional-política se convierte sólo en un deseo loable y en una fuente de inspiración "seimista", pero de ningún modo en un punto concreto de un programa real (40).

Todas estas exigencias son necesarias, en primer lugar, para la defensa directa de los intereses nacionales. Pero una vez conseguida la autonomía nacional-política, las formas de la democratización societaria, enumeradas en *segundo* término, adquieren una significación nueva, transformándose en *garantías* de dicha autonomía. *La garantía más importante de la autonomía nacional-política, es la autonomía territorial.* Pero esta última sólo resguarda los intereses de las *mayorías nacionales*, y, bajo formas de gobierno antidemocráticas (como en Austria, por ejemplo) sirve como un instrumento para la opresión de las *minorías* nacionales "extranjeras" residentes en las Provincias Autónomas. Por ello, la tarea más inmediata de la *autonomía nacional-política* es la defensa de los intereses de las *minorías* nacionales. Y *únicamente los pueblos que constituyen mayorías nacionales en sus respectivos territorios, están en condiciones de aprovechar íntegramente su autonomía nacional-política.* Así, por ejemplo, los polacos constituyen una ma-

yoría en la Polonia rusa, y si se les concediera la autonomía provincial, es evidente que la burguesía polaca dominante procuraría aprovecharse de su situación para oprimir a las minorías nacionales residentes en su territorio (judíos, lituanos, alemanes y ucranianos). Si *todos* los polacos se hallaran concentrados en la Polonia rusa, ellos no tendrían necesidad de la autonomía nacional-política. Más aún: ésta les resultaría perjudicial. Por esta razón los polacos, al igual que todos los pueblos que dominan en cualquier otra Provincia, se opondrán durante mucho tiempo a la introducción de la autonomía nacional-política ⁽⁴¹⁾. Pero, por otra parte, las minorías polacas residentes en otras Provincias Autónomas (Ucrania, Rusia Blanca y Lituania) se hallan expuestas a la opresión de las mayorías nacionales de estos territorios. Y esta opresión recíproca, esta *continua posibilidad de opresión recíproca*, orienta al desarrollo y la agudización de los conflictos nacionales hacia la realización de la autonomía nacional-política. *Las garantías reales* de todas las instituciones y normas políticas, aun de las más democráticas, se encuentran en general fuera de ellas mismas — en la esfera de las *relaciones recíprocas reales entre las fuerzas sociales*. *La fuerza no es sino presión en potencia*. Por ello, la autonomía territorial, que constituye la expresión más cómoda de la *presión recíproca*, representa al mismo tiempo la garantía más importante de la autonomía nacional-política. Dado que los polacos, en Polonia, *están en condiciones* de oprimir a la minoría ucraniana (en la zona de Lublin) y los ucranianos *están en condiciones* de oprimir, a su vez, a la minoría polaca en las zonas de Volinia, Podolia y Kiev, tanto los unos como los otros se verán obligados a respetar los derechos de sus semejantes. De aquí que la autonomía nacional-política no anule la autonomía territorial, provincial, en todos

los pueblos y en todos los Estados multinacionales, sino que, por el contrario, *la complemente*, representando un suplemento retrasado a la autonomía territorial⁽⁴²⁾. Si se transformase el Estado en una Federación de nacionalidades autónomas, aún no tendrán los judíos autonomía territorial en cualquier parte de las tierras; obtendrán junto con los demás pueblos dentro del Estado una autonomía nacional política, pero no podrán utilizarla para salvaguardar realmente sus intereses. Porque mientras no obtengan los judíos autonomía territorial en alguna parte, y no constituyan allí una mayoría, no tendrán los judíos de la Diáspora un poder real. *El desarrollo de todos los pueblos lleva hacia la autonomía nacional-política, por el camino de la autonomía territorial.*

Es probable que los judíos consigan la autonomía nacional-política en la diáspora, antes que la autonomía territorial en Palestina. Pero, en ese caso, *sólo* se tratará de una institución política de valor práctico limitado, porque carecerá de las garantías necesarias que solamente la autonomía territorial podrá proporcionarle. La autonomía nacional política sirve, por lo general, para reducir los *antagonismos* entre las naciones, para aliviar la presión nacional y facilitar el compromiso entre los intereses concurrentes. En ausencia de la autonomía territorial, ella podrá regular mejor la vida *interna*, pero será incapaz de aliviar la presión *externa* ejercida sobre el pueblo judío. Todas las demás minorías nacionales son *sólo relativamente* extraterritoriales, por cuanto poseen también mayorías nacionales: de ahí que la autonomía nacional-política solucione, casi por completo, su problema nacional. Los judíos, en cambio, constituyen un pueblo *absolutamente* extraterritorial, por lo que la autonomía nacional-política, en ausencia de la auto-

mía territorial, sólo soluciona parcialmente su problema nacional hasta que obtengan autonomía territorial.

La autonomía nacional-política, cuando no está acompañada por la autonomía territorial, constituye, por lo tanto, una solución paliativa. Pero al subravar la importancia de esta última, no es nuestro propósito exagerar o subestimar el valor del Seim. Nuestra relación hacia el mismo no es romántica, como entre los "voz-rodzenies", ni pesimista, como entre los S.S., sino esencialmente *realista*. Sin la autonomía territorial, la autonomía nacional-política no está en condiciones de aliviar la presión nacional ejercida sobre las masas judías, de modificar su estructura social, ni de engendrar fuerzas nuevas. Pero ella podrá ofrecer al pueblo judío la garantía de una representación normal, poniendo término a su vergonzosa situación de "representados". Ella podrá convertirse en un poderoso factor de unificación de las masas judías, podrá crear un poderoso aparato financiero, y — lo que es más importante aún — si bien no posibilitará a los judíos forjar su propio destino, les enseñará a crear su propia historia y les proporcionará una educación política sana. En una palabra: la autonomía nacional-política permitirá al proletariado judío enfrentarse directamente con la burguesía de su propio pueblo.

Esto es bien poco en comparación con lo que podrá conseguirse en un territorio autónomo, pero es mucho en comparación con lo que existe actualmente en la diáspora. Sabemos bien cuán limitado será en la *práctica* el alcance de nuestro derechos civiles y de nuestra igualdad nacional; pero no por ello podemos dejar de incluir en nuestro programa las exigencias tendientes a asegurar el disfrute de amplios derechos civiles y nacionales, sin ninguna clase de restricciones jurídicas. La vida misma ya se encargará de reducir nuestros logros,

pero nosotros debemos hacer, por nuestra parte, todo lo posible por aumentar el margen de los mismos. Si se enojara el seimista porque desacreditamos la alcanzable igualdad de derechos nacionales, le demostraremos que también podremos lograr una absoluta e ilimitada igualdad de derechos civiles; y si el S.S. se negara a reconocer una autonomía tan insignificante, le propondremos que renuncie también completamente a la exigencia de igualdad de derechos civiles.

Una vez examinadas las etapas de la democratización de la sociedad a través de las cuales se realiza la autonomía nacional-política, sabemos ya *en qué forma* conseguirla. Tal como la realización del socialismo — nuestro programa máximo — tiene lugar en el terreno del *proceso inmanente* de la concentración de los instrumentos de producción, y se efectúa con ayuda de la *lucha de clases* del proletariado, en alianza con la amplia periferia de las masas trabajadoras oprimidas que le son cercanas; y tal como la caída de la autocracia tiene lugar en el terreno del *proceso inmanente* de la capitalización de la economía rusa, y se realiza con ayuda de la *lucha de clases* del proletariado, en alianza con la periferia — así, también, la realización de la autonomía nacional-política tiene lugar en el terreno del *proceso inmanente* de la nacionalización de la sociedad, y se efectúa con ayuda de la *lucha de clases* del proletariado, en alianza con todas las clases interesadas de la nación.

Pero la exigencia más importante de la parte nacional de nuestro programa mínimo, continúa siendo: la autonomía territorial. Ella es realizada a través de la lucha de clases del proletariado judío, en el terreno del proceso inmanente de la migración concentrada. En el curso de la misma, el pueblo judío no degenera ni resurge, sino sólo se transforma.

Para tener una idea de la forma en que podemos intervenir en los procesos inmanentes de la dinámica judía, es preciso realizar un pronóstico completo, exacto y concreto de los mismos. ¿Hacia dónde se orientarán los procesos inmanentes de la migración judía?

Para responder a esta pregunta es preciso pasar revista a algunas de las leyes generales que rigen, hoy en día, los procesos migratorios.

La más general de estas leyes, en la era capitalista, es la siguiente: *la dirección del trabajo migratorio depende de la dirección del capital migratorio*. Esta ley fué establecida por Carlos Marx en los capítulos finales de su libro "El Capital". Pero, para ilustrar mejor los factores reales concernientes a la migración humana en general, y a la judía en particular, será preciso agregar algunas aclaraciones especiales sobre la diferencia existente entre las funciones de la organización y de la ejecución del trabajo.

El idioma constituye el vínculo técnico más directo que une a quienes organizan el trabajo y a quienes lo ejecutan. Toda colaboración supone cierta similitud entre el organizador más próximo y el ejecutor más próximo, en el terreno del idioma y en todo lo relacionado a éste: en el pensamiento, en la concepción del mundo, en la fisonomía espiritual. En la pequeña industria, donde el patrón no sólo organiza y distribuye el trabajo, sino que, con frecuencia, trabaja junto a sus obreros, la distancia entre las funciones de ambos es mínima, existiendo una estrecha vinculación de idioma, y hasta cierto punto también de semejanza ideológica, entre los representantes del trabajo y los representantes del capital. Es verdad que la ideología del obrero es, sustancialmente, contraria a la ideología del patrón, pero aquí se establece cierta semejanza en la medida en que ello se hace necesario para el entendimiento mutuo en los problemas

referentes a la organización técnica del trabajo. Por esta razón, *en la pequeña industria, y en parte también en la industria media, donde las funciones organizadoras no se diferencian en nada de las funciones de ejecución, se observa una fuerte vinculación nacional entre el capital y el trabajo.* En la gran industria, en cambio, el organizador principal del trabajo — el gran capitalista — se encuentra, a menudo, distanciado de los obreros por una complicada jerarquía de funcionarios, asistentes, y “capataces” varios. Con la concentración y capitalización de la producción, acreciéntase también el distanciamiento entre los representantes del capital y del trabajo, no existiendo entre ellos una obligada vinculación técnica nacional.

El idioma sirve también de vínculo técnico entre el vendedor y el comprador. Para el comerciante mayorista, alejado de sus clientes por toda una serie de empleados e intermediarios, el idioma y otros lazos nacionales, no revisten mayor importancia. Distinta es la situación en lo que respecta al comerciante minorista, vinculado estrechamente al consumidor por los lazos del idioma y por otras formas de la ideología. La gran producción y el comercio mayorista son, por su naturaleza, de carácter internacional, en tanto que la pequeña producción y el comercio minorista — y en parte, también el comercio y la producción media — son de carácter definitivamente nacional: su esfera de actividad está determinada por el mercado nacional y su esfera de explotación sólo abarca a los obreros de su nacionalidad.

Esta ley debe ser limitada un poco, cuando es aplicada a la producción judía, por cuanto los judíos operan en una propiedad material ajena y carecen, por consiguiente, de un idioma nacional propio, haciendo uso de idiomas extranjeros. Pero hay que tener presente, en primer lugar, que allí donde los judíos se concen-

tran en grandes masas les resulta difícil asimilar los idiomas extranjeros; y, en segundo lugar, que la estrecha relación existente entre el pequeño comerciante y el consumidor permite a éste último boycotear al comerciante indeseable. El gran capitalista se esconde detrás de la ramificada red de intermediarios, su nacionalidad queda oculta a los ojos de sus adversarios, y todo el peso del aislamiento judío recae sobre los hombros de la pequeña producción judía. Este aislamiento permite conservar el carácter nacional de la producción judía, dificulta el aprendizaje del idioma extranjero, y vela por el mantenimiento del vínculo técnico del idioma y de algunos elementos generales de la ideología nacional, entre los patrones, los obreros y los consumidores judíos.

Este principio básico de la estadística de la producción — la vinculación nacional entre el capital, el trabajo y el consumo, en la pequeña producción, y la ausencia de tal vinculación en la gran producción — se manifiesta aún más claramente en los fenómenos de la migración del capital y del trabajo. *En la pequeña industria, el capital y el trabajo migran siempre juntos, conservando su carácter nacional también en la emigración.*

De las leyes que rigen las relaciones mutuas entre el trabajo y el capital emigrantes, pasaremos ahora a tratar las leyes que rigen la dirección de los movimientos emigratorios. La ley general que rige la dirección del trabajo emigrante, establece que la emigración jamás se dirige hacia aquellos países en los cuales ya existe una reserva de campesinado proletarizante. Países como Alemania, Francia, Italia, jamás se convertirán en países de inmigración, mientras el desarrollo capitalista continúe orientándose por el camino actual. Y puesto que no participamos de las esperanzas exageradas que

los Social-revolucionarios cifran en la distribución de las tierras — tampoco creemos que Rusia llegue a convertirse en un país inmigratorio, más o menos importante. Lugares de inmigración son, generalmente, los países nuevos, dueños de una economía joven — países donde no existen herencias feudales.

En la determinación del rumbo del movimiento migratorio, juega también un papel importante la diferencia existente entre el nivel del desarrollo económico de la vida y su nivel político y cultural. En los países democráticos de Europa, todos los sectores de la población disfrutan de los beneficios de un alto nivel de vida cultural-político, no obstante sus agudas diferencias económicas. Si deseamos aplicar al fenómeno de la migración en masa, la ley general según la cual la migración se orienta hacia la línea de la menor resistencia, debemos determinar previamente el grado de tal resistencia, tomando en cuenta todos los factores relacionados con ella. Llegaremos, entonces, a las siguientes conclusiones importantes: *de dos países igualmente aptos para la inmigración (de cualquier grupo de individuos) se encuentra en la línea de menor resistencia (con respecto al grupo) aquel país en el cual es posible alcanzar un nivel económico más elevado; de dos países con idéntico nivel económico, se encuentra en la línea de menor resistencia aquel país en el cual es posible alcanzar un nivel político-cultural más elevado.*

La emigración puede producirse por una presión económica inmanente prolongada, y también por persecuciones especiales. En la época capitalista emigran, debido a la presión económica prolongada, las masas proletarizantes. Las masas campesinas proletarizantes emigran hacia aquellos países en los cuales, por la ausencia de una reserva de fuerzas de trabajo, se acumulan grandes capitales. Esta acumulación de capitales es

posible allí donde existen garantías suficientes que aseguran su desarrollo. El nivel político-cultural de un país adquiere gran importancia para la afluencia de grandes capitales al mismo. Por esta razón, la población campesina arruinada de Europa no se dirigirá hacia países políticamente atrasados. La emigración del campesinado europeo está dirigida y seguirá dirigiéndose, también en el futuro, exclusivamente hacia los países democráticos del Nuevo Mundo. El definido carácter nacional de la clase pequeño-burguesa también se manifiesta en el proceso emigratorio: los campesinos se concentran, en su nueva patria, en bloques nacionales, los italianos por separados, los alemanes por separado, y así también las otras nacionalidades. Junto a los campesinos italianos — junto a esta gran masa nacional de pequeños consumidores — inmigran también los pequeños comerciantes, los artesanos, y los profesionales italianos. Solamente el capital internacional — cuya dirección determina el rumbo de esta inmigración — está exento de todo carácter nacional. Fuera de la corriente general de la inmigración nacional sólo quedan los desechos de la sociedad humana: el lumpenproletariado en todas sus formas, los ladrones profesionales, tratantes de blancas, jugadores de naipes, etc. A esta inmigración se agrega también una parte de los miembros de las ocupaciones más primitivas e inestables — costaleros, peones, peluqueros, etc.. La canalla internacional no conoce nación ni patria. Sus lugares de inmigración favoritos son los puertos, las regiones del oro y de los diamantes, y todo rincón donde se puede pescar en río revuelto.

Distinto es el carácter de la emigración de la población urbana ligada a las ramas de la pequeña industria. Aquí la dirección del trabajo emigrante depende de la dirección del capital nacional, medio y pequeño.

Los obreros urbanos de la pequeña industria sólo se dirigen hacia aquellos lugares a los cuales inmigran los patronos de su nacionalidad. En los antiguos lugares de residencia puede aumentar considerablemente la necesidad de proletarización, pero ésta no será satisfecha mientras circunstancias especiales no obliguen a los pequeños capitalistas a moverse de sus lugares. A primera vista, podría parecer que la ruina económica es causa suficiente para provocar la emigración de los pequeños capitalistas. Pero esta suposición es errónea, por cuanto un capitalista arruinado deja de ser capitalista. Para que los capitalistas se vean forzados a emigrar es preciso la existencia de una amenaza económica permanente, o de persecuciones prolongadas. Por esta razón, desempeñan un papel tan importante en las migraciones judías los pogromes, la ausencia de derechos sociales, y la inseguridad general. Sólo los pogromes y limitación de derechos (abierta o encubierta) obligan a los pequeños y medios capitalistas judíos a abandonar sus lugares de residencia, arrastrando consigo a las masas proletarizantes. Si la nueva patria recibe económicamente bien al inmigrante, si se pueden invertir provechosamente los capitales judíos y ampliar la producción — se amplía también la emigración judía de las masas proletarizantes, y el éxito de los primeros pioneros del capital judío arrastra consigo nuevos contingentes de patronos y de obreros judíos. Así se pavimenta el camino a la corriente emigratoria, que se acrecienta con cada nueva ola de pogromes y de persecuciones. Por esta razón, toda desviación del curso de la migración judía depende, en gran medida, de los pogromes y del desamparo general de la vida judía. Pero, para el capital pequeño, el nivel político y cultural del país reviste menor importancia que para el gran capital.

Hasta hace poco tiempo, el capital internacional, en

su forma productiva, estuvo orientado hacia los nuevos grandes países capitalistas. La gran afluencia de capitales aceleró, en estos países, el desarrollo de sus fuerzas de producción, explotó rápidamente sus riquezas naturales, y creó una demanda creciente de mano de obra. Por esta razón orientóse hacia los nuevos países capitalistas una inmigración intensa de campesinos proletarizantes de casi todos los países del Viejo Mundo. Y dado que la economía capitalista, joven y naciente, creó la necesidad de nuevas ramas en la pequeña producción y en el artesanado, hubo lugar, en los mismos, también para la inmigración judía. Los judíos siguieron el curso general de la emigración mundial.

Esa situación se prolongó hasta el último tiempo. Pero, recientemente, empezaron a diseñarse en el horizonte tendencias nuevas. Comenzaron a agotarse las fuentes de las riquezas naturales en cuya explotación habíanse invertido grandes capitales; en los países nuevos fueron disminuyendo los salarios obreros, y se redujeron las ganancias de los capitalistas. La afluencia excesiva de capitales al mercado mundial, dió lugar a la formación de un fondo de reserva capitalista que fué buscando su inversión en la emisión de préstamos grandiosos. El capital internacional empezó a dirigirse, en forma de Empréstitos gubernamentales, hacia los bosques y llanuras incultivadas de la Argentina, Brasil y Canadá, financiando también grandes empresas colonizadoras. Al mismo tiempo, los obreros que vivían congestionados en los antiguos grandes países de inmigración capitalista, no pudieron satisfacer más su demanda creciente de trabajo. En la inmigración mundial se produjo un viraje, y masas cada vez mayores comenzaron a dirigirse hacia nuevos países de economía predominantemente agraria.

Es necesario señalar dos características fundamen-

tales de la colonización agrícola en los países económicamente atrasados. Estas características derivan del hecho de que la colonización agrícola se realiza por iniciativa de instituciones gubernativas, que se valen de empréstitos para mejorar las condiciones del comercio de granos (construcción de vías férreas) y del inventario móvil e inmueble que facilitan a los campesinos, sobre la base de créditos a largo plazo. Los campesinos italianos, alemanes, eslavos, y otros, que inmigraron con anterioridad a los EE. UU. de América, Australia, y Sud Africa, en calidad de obreros no calificados, se dirigen actualmente, en masas cada vez más compactas, hacia la Argentina, Brasil y Canadá, donde se convierten en propietarios de tierras que les son cedidas por los respectivos gobiernos, con un inventario que deben abonar a plazos. A pesar de que, a primera vista, estos terratenientes parecen ser independientes, se encuentran en realidad en poder del gran capital. Pero, gracias a los créditos a largo plazo, esta dependencia no es tan severa y no llega a arruinar a los campesinos. Por esta razón, en los nuevos países de economía predominantemente agraria, es imposible la construcción de una economía *natural* campesina que satisfaga sus propias necesidades, sin tener que recurrir al intercambio de productos en el mercado: los campesinos deben saldar sus deudas, y para ello se ven obligados a trocar el producto de su trabajo en dinero. Los nuevos países arrojan al mercado mundial grandes cantidades de granos, y en el proceso de la competencia quedan eliminados aquellos elementos que son incapaces de conservar el nivel ordinario de trabajo. Pero, por otra parte, los créditos a largo plazo ayudan al campesino a mantener sus posiciones económicas, y dificultan el proceso de su proletarianización. En los nuevos países, predominantemente agrícolas, no hay lugar para la construcción de grandes

haciendas individuales, porque falta la mano de obra necesaria para atenderlas. En lugar de trabajar para terratenientes extraños, tiene, quien lo desee, la posibilidad de adquirir tierras para su propio beneficio. Junto a los campesinos de una nacionalidad determinada emigran, también, los pequeños comerciantes de la misma, quienes satisfacen las necesidades primitivas de la población campesina. No existe aquí la posibilidad de una demanda grande de pequeños productos y de comercio, porque en estos países el capitalismo industrial se desarrolla a pasos lentos. Sólo el desarrollo acelerado del capitalismo crea la necesidad de nuevas ramas de producción en la pequeña industria y allí donde no existía desde un principio tal producción, por un largo tiempo prescinden de ella.

De todo lo expuesto precedentemente podemos extraer algunas conclusiones importantes sobre las tendencias de la migración judía. Puesto que el crecimiento de las fuerzas productivas en los antiguos países inmigratorios se hizo cada vez más lento y la corriente de la migración mundial tomó un rumbo nuevo, el exceso de inmigrantes en los antiguos países y las dificultades crecientes de ingreso a los mismos — orientó también a la migración judía hacia rutas nuevas. Pero, ¿son los países predominantemente agrarios y, en general, los países no cultivados, los más apropiados para el curso nuevo de la emigración judía?

Para responder a esta pregunta debemos señalar, previamente, la diferencia existente entre la inmigración inmanente y la colonización planificada y dirigida.

Es evidente que la inmigración judía inmanente no puede dirigirse a los países nuevos con la finalidad de volver a desempeñar, en ellos, las antiguas funciones comerciales e industriales, ni para radicarse en la agricultura. Lo primero es imposible por cuanto en estos

países no hay lugar para el capital pequeño. Los frutos de la pequeña producción y del comercio minorista no llegan al mercado mundial, y la esfera de su circulación está circunscrita al mercado local y a las zonas cercanas de los países vecinos. Los judíos pueden, naturalmente, hacer esfuerzos obstinados para radicarse en la economía agrícola, pero tales tentativas están condenadas a un fracaso irremediable. En estos países es imposible la construcción de una economía natural, aun cuando más no fuera por el sólo hecho de que los inmigrantes deben saldar sus deudas. Los campesinos judíos se verán obligados, inmediatamente, a competir en el mercado mundial y serán derrotados: tratándose de habitantes urbanos, no habituados a las faenas del campo, no podrán resistir la dura competencia de los campesinos italianos y de otras nacionalidades. La distancia geográfica no juega aquí importancia alguna. Los campesinos judíos podrán vivir en Africa y los italianos en América — lo mismo seguirán compitiendo en el mercado mundial. Por esta razón, no han tenido éxito, hasta el presente, todas las tentativas de colonización agrícola judía, que sólo han revestido un carácter filantrópico. Y si los judíos empiezan a inmigrar, actualmente, a la Argentina y a Canadá, no podrán eludir el destino de ser arruinados económicamente, en un futuro próximo.

Pero tampoco tendrán éxito las tentativas de colonización planificada y dirigida, en estos países. La organización de una colonización semejante se convertirá, en nuestros días, en una empresa capitalista y financiera de gran envergadura. Si le tocara competir en el mercado mundial, acabaría en la bancarrota más absoluta. Por otra parte, si intentara dedicarse a la elaboración de materias primas en gran escala, se enfrentaría con dos alternativas: fracasar, debido a la productividad re-

lativamente baja o al costo demasiado elevado de la mano de obra judía; o bien, dedicarse a la explotación del trabajo no judío, contrariando sus propósitos originales.

Para que el territorialismo continúe siendo un movimiento revolucionario dentro del pueblo judío, es preciso que se apoye en los procesos immanentes de la vida judía.

El territorialismo no sólo significa la *emigración* inmanente de las masas judías, sino también la *inmigración* de las mismas en proceso de concentración inmanente. El pronóstico territorialista no será completo mientras no señale, concretamente, el país hacia el cual se orientará la inmigración inmanente. Mientras no lo haga, el territorialismo continuará siendo una mera utopía.

Las leyes de los procesos migratorios que hemos señalado precedentemente, nos han llevado a la conclusión de que la inmigración judía está siendo eliminada, tanto de los grandes países capitalistas como de los países de economía predominantemente agraria. La corriente inmigratoria mundial se está tornando agrícola, en tanto que los judíos, en las condiciones de la competencia capitalista, no pueden radicarse de inmediato en la agricultura. La actividad económica de los inmigrantes judíos tiende a perder su antiguo carácter comercial e industrial, y señala el tránsito de los estadios finales a los estadios primarios del proceso productivo, o sea, a la fabricación de instrumentos de producción y al trabajo agrícola. Pero esta transición no puede ser realizada de una sola vez.

Por esta razón, la inmigración judía *se aísla* de la corriente general de la migración mundial, y se ve obligada a buscar para sí caminos *especiales*. Todo cuanto tiende a aislar, en una forma u otra, a la vida judía,

facilita la nacionalización del pueblo judío; la emigración judía adquiere un carácter nacional, y éste halla su expresión en la creación y difusión de una ideología nacional de la emigración.

La necesidad emigratoria del pueblo judío no constituye sino *una* de sus aspiraciones de emancipación. Cuando esta necesidad se torna nacional, se confunde con otras aspiraciones de la emancipación nacional. Una forma incompleta de la ideología de la liberación nacional es la del *territorialismo* abstracto; su forma completa y sintética es: el *sionismo*.

La emigración judía tiende a orientarse, gradualmente, hacia un país donde los pequeños capitales y la mano de obra judía pueden ser invertidos en formas de producción que señalen el tránsito de una economía urbana a una economía rural, y de la *producción de medios de consumo a la fabricación de instrumentos de producción*. A la primera categoría pertenecen las plantaciones, huertas, arboricultura, tambos, etc.. A la segunda, los productos semifabricados. El país al cual inmigrarán los judíos no tendrá un alto nivel industrial ni un carácter predominantemente agrícola, sino una economía de transición de carácter semi-agrícola. Este país será el *único abierto* a los judíos, y se encontrará en la línea de mayor resistencia con respecto a todos los países abiertos a la inmigración de los demás pueblos. Será un país donde, debido a su bajo nivel político y cultural, no podrá prosperar el gran capital, en tanto que el pequeño capital y el capital medio encontrarán en él un mercado apropiado para sus productos. *El país de la inmigración judía inmanente será: Palestina.*

Las características principales de la vida económica y política de Palestina confirman la veracidad de este pronóstico.

Hasta el presente, se había prestado poca atención al hecho de constituir Palestina una *estancia internacional*. Los países que constituyen "estancias internacionales" (Suiza, Palestina, Yemen, Tibet) poseen algunas características sobre cuya naturaleza es oportuno detenerse con cierta amplitud. Estas características tienen su origen en el hecho de que la economía de dichos países está influenciada, con mayor o menor intensidad, por la variedad de los tipos de cultura y de consumidores que convergen en sus territorios.

La primera consecuencia del carácter de un país semejante se manifiesta en el hecho de que, mientras al gran capital le resulta sumamente difícil prosperar, el capital pequeño se hace dueño de la situación económica del mismo. La gran producción se expresa siempre en la elaboración en gran escala de un artículo determinado, y se apoya en el comercio mayorista. En las "estancias internacionales" el consumo es, en cambio, minorista. Los consumidores son individuos de gustos, hábitos y costumbres muy variadas, y ello dificulta el desarrollo del capital grande. Suiza constituye, en este sentido, el ejemplo clásico de un país de vida pequeño-burguesa, con su democratismo liberal, sus estrechos intereses, su relativa tranquilidad económica y la ausencia de graves antagonismos sociales. En Palestina, este tipo económico no es tan manifiesto y su consumo es mucho más primitivo que el de Suiza. A este último país afluyen turistas adinerados de gustos refinados, mientras que a Palestina sólo arriban peregrinos indigentes, clérigos y misioneros. Un sector considerable de la población local de Palestina vive de la producción y del comercio relacionado con la atención de los turistas internacionales, pero con el desarrollo ulterior de la economía capitalista en las costas sur-orientales del Mar Mediterráneo, se acen-

tuarán también las características pequeño-burguesas en la vida económica de la población local.

La segunda consecuencia importante del hecho de constituir un país una "estancia internacional", se manifiesta en el terreno de la cultura. Podemos resumirla de la siguiente manera: la población posee un *nivel cultural elevado a pesar de carecer de una cultura propia*. Los pobladores de estos países traban relación con los representantes de los tipos y de las formaciones culturales más distintas, pasando a depender, económica y culturalmente, de los turistas extranjeros. Estos últimos no son considerados "extraños", sino "huéspedes" deseables. No están obligados a conocer el idioma local, y son los pobladores locales quienes tienen que aprender el lenguaje de sus clientes. La poliglotía, el respeto a los idiomas extranjeros, y la comprensión de sus sonidos, son características peculiares de los habitantes de estos países.

Para el ruso común del vulgo, el extranjero es considerado un individuo "mudo" (niemetz) y en el mejor de los casos, el idioma de éste suena a sus oídos como un tar-tar-tar incomprensible (tatarin, tártaro). En opinión del campesino ucraniano, los polacos y los judíos no hablan, sino que "mascullan". El griego antiguo sólo distinguía en los idiomas extranjeros un "bar-bar-bar" confuso y vago (bárbaro). "Los extranjeros no hablan en forma humana": tal es la creencia ingenua de las masas de todos los pueblos con cultura propia. Pero el ciudadano suizo y el "felaj" palestinese conocen de la existencia de distintos idiomas y para ellos no existe un problema nacional en el terreno idiomático. Es sintomático que el problema del idioma se plantea en Suiza sólo en aquellos cantones que son muy poco frecuentados por los turistas extranjeros. También los "felajes" de

Palestina son muy expertos en el aprendizaje de los idiomas extranjeros.

El habitante de una "estancia internacional" posee siempre una visión relativamente amplia de las cosas y del mundo. Su dependencia no le permite desarrollar el prejuicio de su propio "exclusivismo". El está libre de prevenciones contra la cultura foránea y contra todo tipo extranjero. El habitante de Palestina conoce, por su propia experiencia, a los distintos pueblos y grupos étnicos, sabe de su influencia en la política internacional, y comprende el valor y la importancia de la instrucción. Carece del aislamiento nacional y desconoce el nacionalismo y el chauvinismo. E incluso, hasta les falta el fanatismo religioso.

Los pobladores de Palestina no poseen un tipo económico y cultural propio. Ellos están dispersos y divididos, no sólo por la estructura geográfica del país y por la diversidad de sus creencias religiosas, sino también porque el país constituye una "estancia internacional". Los habitantes de Palestina no forman una sola nación ni la formarán por mucho tiempo todavía. Ellos aceptan en su seno a todo tipo cultural superior llegado del extranjero. No son capaces de unirse para ofrecer una resistencia organizada a las influencias foráneas. No son aptos para concurrir nacionalmente y su competencia es de carácter individual. Parte de los pobladores de la Galilea fueron "rusificados", en el curso de pocos años, bajo la influencia de algunas decenas de escuelas y misioneros rusos. Y los "felajes" que viven en las vecindades de colonias judías envían voluntariamente a sus hijos a las escuelas judías. Los habitantes de Palestina adoptarán el tipo económico y cultural de quienes detentan la posición económica predominante; se asimilarán, económica y culturalmente, entre aquellos elementos

que serán capaces de imponer el orden en el país, entre aquellos que tomarán a su cargo la tarea de impulsar el desarrollo de sus fuerzas productivas.

Los inmigrantes judíos serán quienes tomarán a su cargo el desarrollo de las fuerzas productivas de Palestina, asimilando en su seno, económica y culturalmente, a los pobladores locales.

La necesidad emigratoria judía ya no puede ser satisfecha en los antiguos centros inmigratorios de los grandes países capitalistas, ni tampoco en los países de economía predominantemente agraria. Ella deberá orientarse hacia un país de carácter semi-agrícola: hacia Palestina. Palestina es el único país donde los judíos no chocarán contra una resistencia organizada y hostil. En todos los demás países, las restricciones impuestas a la inmigración y a los derechos civiles de los inmigrantes son, en cierta manera, una expresión de las necesidades de los pobladores locales, temerosos de la presencia de competidores extranjeros. Por esta razón, la democratización de los gobiernos y de las relaciones internacionales, en la sociedad burguesa, no conduce a la anulación de dichas restricciones. En Palestina, en cambio, las restricciones impuestas a la inmigración judía no están relacionadas con las necesidades reales de la población local, y sólo son expresión de la "voluntad todopoderosa" del Sultán.

El Sultán no pudo cerrar las puertas de Palestina al ingreso de judíos ingleses y americanos, porque éstos gozaron de la protección de sus gobiernos respectivos. Esta protección es negada a los ciudadanos judíos de los gobiernos de Rusia y de Austria. Pero si el actual judío ruso, carente de derechos, está expuesto a toda clase de rigores por parte de la censura y de los funcionarios turcos, el ciudadano judío de la futura Rusia

liberada gozará del derecho de la libre entrada a Palestina, arrancando al régimen turco determinadas libertades. La democratización de la vida política en Rusia y en Austria, creará la condición previa para la posibilidad de una amplia corriente inmigratoria a Palestina: el derecho asegurado de una inmigración libre. Sea o no del agrado del Sultán, demuestre éste mayor o menor resistencia, los judíos conquistarán, todavía durante su estancia en la diáspora, su derecho más urgente ypreciado: el derecho de la libre inmigración a Palestina.

Podemos prever con certeza que el Sultán no accederá al ingreso a Palestina de una amplia corriente inmigratoria de obreros judíos, que constituyen un elemento revolucionario conciente. Pero los países donde viven compactas masas de judíos están interesados en la rápida solución del problema judío y en el fomento de la emigración judía. Este interés crecerá simultáneamente con el proceso de la democratización política de estos países, y apoyándose en el mismo los judíos vencerán la resistencia del Sultán. El proletariado judío ayudará, con su lucha de clases en la diáspora, a la democratización de los países en cuyo seno viven, creando las condiciones previas para la conquista del derecho a una inmigración concentrada.

El derecho asegurado de la inmigración libre es necesario para estimular la afluencia de una amplia corriente inmigratoria, pero la inmigración judía a Palestina puede iniciarse antes aún de haber conseguido este derecho. Y en la práctica, así acontece. Según las informaciones más recientes, arriban a Palestina, mensualmente, varios centenares de inmigrantes, en su mayoría pequeños capitalistas o capitalistas medios. Y es interesante señalar que esta inmigración tiene lugar a pesar de la activa propaganda adversa que realizan los

partidos judíos. Contra la misma agitan los asimiladores, los bundistas, los S. S., los seimistas, los territorialistas burgueses, y aún los sionistas burgueses. No obstante ello, la inmigración sigue afluyendo. Esto puede servir como confirmación de nuestro pronóstico. Es fácil imaginar cuál será el volumen de la inmigración inmanente a Palestina cuando ésta se vea estimulada, por un lado, por el apoyo de las instituciones generales sionistas y por el derecho de inmigración asegurado, y por el otro, por el cierre definitivo de los antiguos países inmigratorios.

Gracias al estrecho vínculo nacional existente en la pequeña producción entre el capital y el trabajo, es de preveer que junto a la migración a Palestina de los pequeños capitalistas judíos, inmigrarán también los obreros judíos. A su llegada al país, los obreros judíos no estarán expuestos a la despiadada competencia nacional con la que tropezaron, hasta el presente, en todos los rincones del mundo. Como ya lo hemos señalado, la población local no podrá oponer una resistencia organizada a esta inmigración. Por otra parte, los judíos no tienen motivos para temer la afluencia de otros pueblos. Los judíos inmigran a Palestina *a pesar* del bajo nivel político-cultural del país; los demás pueblos no inmigrarán al mismo *debido* a este nivel. Además, Palestina es el único país abierto, económicamente, al pequeño capital judío (y, en consecuencia, también al trabajo judío), en tanto que el emigrante italiano o eslavo se siente más atraído por la perspectiva de convertirse en un terrateniente independiente en la libre Argentina, que un obrero en la Palestina atrasada. Y gracias al estrecho vínculo nacional existente entre el pequeño comerciante, el productor y el consumidor, el artesano urbano tampoco se

dirigirá a Palestina, sino a los nuevos países predominantemente agrícolas.

Sin embargo, Palestina empieza a atraer la atención del capital internacional, y no obstante los obstáculos empieza a infiltrarse al país. Un sector considerable de la población local que atiende las necesidades de los turistas internacionales es, lentamente, atraído al desarrollo del capitalismo y conservará, por mucho tiempo todavía, sus funciones pequeño-burguesas. El desarrollo del gran capital en Palestina más que satisfacer las necesidades de la población local, responde a las necesidades del mercado mundial. Son creados y mejorados los medios de comunicación y de transporte, y son elaboradas, aún cuando muy lentamente, las riquezas naturales del país. Pero el gran capital es supernational e impersonal; por ello no nos atemoriza la afluencia a Palestina de grandes capitales extranjeros. Más aún: en tanto que el dominio del *capital manufacturero* extranjero *arruina* al país explotado, el dominio del gran *capital moderno* (industrial), a pesar de ser extranjero, renueva al mismo y acelera el desarrollo de sus fuerzas productivas. El dominio del capital manufacturero británico en Irlanda y en la India ha arruinado a estos dos países, desarrollando sólo las fuerzas productivas de la propia Inglaterra. Pero, desde el momento en que en la metrópoli se extendió el dominio del gran capital industrial moderno, ambos países empezaron a recuperarse, lentamente, de las consecuencias de la explotación sistemática del capital manufacturero *extranjero*.

Dado que en Palestina se inicia ahora el arruinador "período de la primera acumulación", no podemos menos que saludar la afluencia al país del gran capital internacional. Por mucho tiempo todavía, éste deberá valerse del servicio de los obreros locales, "felajes" y judíos, por cuanto otros inmigrantes no llegarán a Pa-

lestina. Y para nosotros, el peligro no amenaza del lado del gran capital extranjero (industrial), sino del lado de la proletarización extranjera en el país. Los "felajes" se asimilarán, económica y culturalmente, a los judíos, y no podrán convertirse en un factor capaz de provocar una competencia nacional.

La futura inmigración judía a Palestina se diferenciará considerablemente de las anteriores migraciones judías en la diáspora. Anteriormente los judíos se adaptaban siempre a las necesidades de la población nativa o, como ocurrió en los E.E. U.U., a las necesidades de las poblaciones mixtas. Los judíos ocupáronse, hasta el presente, en la producción de los instrumentos de consumo y, en general, en los estadios finales del proceso económico. La producción judía satisfacía el consumo personal de la población nativa y no su propia necesidad de consumo; esta función se la reservaron los nativos. Por primera vez en la historia de la diáspora, los inmigrantes judíos no satisfarán en Palestina las necesidades de la población nativa, sino producirán, casi exclusivamente, para el mercado externo de los países vecinos de la cuenca del Mediterráneo y, con el tiempo y el crecimiento de las fuerzas productivas, para el mercado mundial. Hasta el presente, los judíos dependieron siempre de la población nativa de los países de la diáspora; la organización del trabajo judío no era independiente, siendo determinada por la naturaleza de las relaciones imperantes en el seno de la población periférica. El bienestar judío en la diáspora está condicionado a la "utilidad" que los judíos reportan a los pueblos gobernantes. Las necesidades directas de los nativos, su poder de adquisición, y la competencia existente entre los judíos y los grupos correspondientes de la población nativa, todos estos factores contribuyen a crear limitaciones insuperables y esferas estrechas a la actuación econó-

mica de los judíos en la diáspora. Fuera de estas esferas, los judíos empiezan a ser desplazados y son impulsados a un proceso de pauperización, tanto en los antiguos como en los nuevos países de residencia; se tornan "superfluos"; son condenados a un aislamiento forzado, y están expuestos a la presión y a las persecuciones nacionales. La causa principal de esta dependencia judía de la población nativa radica en la extraterritorialidad del pueblo judío.

Con la inmigración judía a Palestina esta situación se modificará radicalmente. El bienestar y las funciones económicas de los inmigrantes judíos no dependerán más de la población nativa, sino del mercado externo, el cual, por mucho tiempo todavía, podrá absorber los productos palestinenses debido a la posición ventajosa que ocupan en el mercado mundial los países de la costa sur-oriental del Mediterráneo. El trabajo judío en Palestina no tropezará con la competencia nacional de la población nativa ni de los inmigrantes de otros pueblos.⁽⁴³⁾ En lo que atañe a los pequeños y medianos capitalistas judíos, el desarrollo del capitalismo les traerá aparejada la independencia del gran capital internacional. Los judíos desempeñarán las funciones que sirven como transición de la producción de medios de consumo a la fabricación de instrumentos de producción. Este proceso ya lo podemos comprobar hoy en día: los judíos están apoderándose del control de la industria química y metalúrgica del país.

Y en cuanto a la capacidad de absorción de Palestina, ella dependerá, en un momento u otro, del grado de desarrollo capitalista alcanzado por los países vecinos.

Así, por ejemplo, si Egipto se convierte en un activo país de exportación, aumentarán al mismo tiempo sus propias importaciones. Y puesto que los inmigrantes judíos en Palestina tendrán poca relación con las fun-

ciones inherentes al carácter de “estancia internacional” del país y estarán más vinculados al mercado externo, estimularán, al mismo tiempo, el desarrollo del gran capital. Las fluctuaciones de la corriente inmigratoria judía estarán influenciadas por las tendencias del mercado mundial, en la medida en que éstas afecten a los países de la costa sur-oriental del Mar Mediterráneo. Nosotros no pretendemos afirmar que la inmigración judía a Palestina conservará siempre su mismo ritmo e intensidad; es posible que ella se suspenda momentáneamente, y que, debido a crisis políticas y económicas, se produzca un éxodo temporario del país. *Pero la tendencia general de la dinámica judía conduce, indudablemente, hacia el crecimiento continuo de la inmigración inmanente judía a Palestina.*

Los judíos serán quienes provocarán y dirigirán el proceso de la capitalización del país, y quienes organizarán la producción del mismo. La densidad nacional de la inmigración judía preparará el terreno a la creación de una sociedad económica independiente que absorberá a la población nativa, sin permitir su desintegración en nacionalidades. Este proceso de identificar, económica y culturalmente, a los “felajes” con los judíos, no será una tarea de fácil realización y no estará exenta de dificultades y de complicaciones. Es posible que aquellos sectores de la población que viven alejados de las zonas del país que tienen carácter de “estancias internacionales”, resistan a la influencia de los judíos; pero, el número relativamente reducido y el atraso cultural de estos elementos, aminorarán el peligro que amenaza al desarrollo normal del proceso de la capitalización y democratización de Palestina. En el balance final se crearán en el país una mayoría nacional (de judíos y de “felajes” asimilados) y algunas minorías nacionales insignificantes, cuyas relaciones mutuas estarán reguladas

democráticamente conforme a los principios de la autonomía nacional-política.⁽⁴⁴⁾ Se comprende que esta regulación sólo será el resultado de conflictos prolongados.

Aquellos que creen que una transformación tan radical en la vida judía como la que supone el territorialismo, puede ser realizada sin una lucha encarnizada, sin crueldades ni injusticias, sin sufrimientos para inocentes y culpables por igual, son utopistas. Revoluciones semejantes no se escriben con tinta ni con frases altisonantes, sino con sangre, sudor y lágrimas.

Hemos examinado la tendencia hacia la concentración de la inmigración judía y hacia la formación de una sociedad económica autónoma en Palestina.⁽⁴⁵⁾ Las amplias masas del pueblo judío en la diáspora que tienen un interés directo y cotidiano en la satisfacción de su necesidad migratoria, se plegarán al proceso inmanente arriba mencionado, organizándose para facilitarlo y regularlo. Cuanto mayor sea el interés de los pueblos periféricos en la solución radical del problema judío; cuanto más nacionales se tornen los judíos de la diáspora bajo la presión del aislamiento externo; y cuanto más amplia se vuelva la actividad nacional judía gracias a la democratización progresiva de la sociedad moderna, tanto más enérgica será la intervención conciente y organizada del sionismo en el proceso inmanente y tanto más positivos serán sus resultados.

Junto a este proceso se consolidarán las posiciones económicas y culturales judías en Palestina, y paralelamente al fortalecimiento de la independencia económica se consolidará, también, la independencia política. El ideal de la emancipación política consiste en la *autonomía política territorial de los judíos en Palestina*. Esta autonomía política territorial es el objetivo del movimiento sionista. Para el sionismo burgués es el objetivo final; para el sionismo proletario, sólo una etapa en su

camino hacia el Socialismo. Este objetivo político será alcanzado a través de la lucha política.

La integridad del Imperio turco está siendo socavada por rencillas nacionales internas. En los lugares donde la lucha nacional sobreviene después que la primera acumulación capitalista ha logrado alcanzar un progreso determinado y la economía capitalista se ha arraigado, el problema nacional se convierte en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, pero es incapaz de paralizar por completo la evolución del capitalismo y la democratización de la sociedad. En este caso, el problema nacional es resuelto, con frecuencia, sin provocar la desintegración de las naciones interesadas. En Bélgica, por ejemplo, el desarrollo capitalista superó las dificultades creadas por la cuestión nacional, posibilitando la convivencia pacífica de nacionalidades que habían sido enemigas entre sí. Es de esperar que también en Austria, Rusia y Alemania, el problema nacional, aparecido después de la consolidación del capitalismo, sea resuelto sin provocar la desintegración de estas naciones. Pero si el problema nacional sobreviene en algún país antes de la implantación de la economía capitalista, el desarrollo de sus fuerzas productivas conduce, inevitablemente, a la desintegración del Estado en una serie de territorios separados. Tan pronto como en algún territorio del Estado empieza a desarrollarse el capitalismo manufacturero, aparecen de inmediato las tendencias separatistas.

En esta forma se separaron del antiguo Imperio español las colonias americanas, convirtiéndose en Estados nacionales propios. Y en esta forma se desintegra también el Imperio turco, a partir del siglo XIX. Tan pronto como el capital manufacturero hizo su aparición en Grecia, Serbia, Egipto, Rumania, Bulgaria y Bosnia, empezó la separación de estos territorios. Y gracias a las

mismas causas consiguieron una autonomía territorial casi ilimitada, las islas de Samos y de Creta. El régimen turco representa una condición externa que dificulta y presiona la vida productiva de los distintos territorios del Imperio turco. Cuando, por influencia del capitalismo internacional en crecimiento, empiezan a desarrollarse, en estos territorios, las fuerzas productivas nativas, sobreviene un conflicto nacional entre éstas y sus condiciones de producción externas. En el país tiene lugar una revolución nacional bajo la dirección de la joven burguesía, la representante del capital manufacturero. El gobierno turco inicia una lucha despiadada contra los movimientos revolucionarios, no reparando en medios y en armas. La agudización creciente de estos conflictos afecta a los intereses de las grandes potencias europeas y conduce a su intervención en los asuntos internos de Turquía. Esta intervención es, casi siempre, favorable a las nacionalidades rebeldes, y la lucha nacional da por resultado la obtención de una autonomía nacional sobre bases más o menos democráticas.⁽⁴⁶⁾

En su actual composición nacional, Turquía no puede convertirse en un país capitalista y democrático. Dado que el problema nacional apareció en Turquía con anterioridad al afianzamiento del capitalismo, éste deberá ser resuelto antes de que dicho país ascienda definitivamente por el camino de la evolución capitalista. Esto significa el desmembramiento del Imperio turco. Recién después de haberse separado del mismo los territorios de Macedonia, Palestina, Armenia y quizá también Siria, Irak y Kurdistán, podrá hablarse con seriedad de una Turquía capitalista y democrática. Es también posible que ambos procesos se realicen simultáneamente: por un lado, el desarrollo capitalista y democrático en las provincias turcas propiamente dichas, y por el otro, la separación de los territorios fronterizos. Suceda lo que

suceda, Palestina se separará de Turquía y se convertirá en un territorio político autónomo. La autonomía territorial judía en Palestina coincidirá, en sus líneas generales, con los fenómenos históricos señalados precedentemente.

Pero existirán también diferencias importantes. Hasta el presente, la separación de los territorios turcos fué el resultado de una lucha exclusivamente nacional, dirigida por la burguesía. *La autonomía territorial política en Palestina será realizada, principalmente, con ayuda de la lucha de clases, y será obra de un movimiento de liberación nacional, dirigido por el proletariado.*

La inmigración judía a Palestina contiene todas las condiciones necesarias para suscitar en el país una violenta lucha de clases. Tanto los obreros como los patrones judíos adquirieron en el extranjero una adecuada educación política e importan a Palestina todos los antagonismos sociales de la diáspora. Es totalmente errónea la creencia, sostenida por muchos adversarios de la social-democracia judía, según la cual los obreros judíos se convierten en el país en patrones, y éstos en obreros. La gran mayoría de los proletarios judíos continuará conservando su condición de tales, en tanto que muchos patrones pasarán a las filas de la clase obrera. Dado que el Sionismo no es un experimento artificial sino un proceso inmanente, las instituciones sionistas jamás podrán convertirse en organizaciones filantrópicas. Es muy dudosa la posibilidad de que la Organización Sionista pueda prestar una ayuda apreciable al transporte y establecimiento de los inmigrantes en Palestina. De ahí que la perspectiva de la "independencia económica" de los obreros no sea más que una ilusión utópica.

El obrero judío llegará a Palestina carente de recursos financieros y conservará su carácter proletario.

Podrá cambiar de *ocupación*, pero no de posición de *clase*. El patrón judío traerá al país su capital y conservará su carácter burgués. El también podrá cambiar de profesión, pero no de filiación clasista.

El obrero judío que inmigra a Palestina trae consigo al país su conciencia revolucionaria y proletaria, y su rica experiencia en la lucha social; lo mismo ocurre con el capitalista judío. La explotación experimentada por el obrero judío en los pequeños talleres de la diáspora, se acrecentará aún más en Palestina, puesto que los capitalistas se verán obligados a adaptarse a condiciones nuevas y a superar las desventajas derivadas de las formas políticas atrasadas imperantes en el país. En la medida en que la producción judía se acerque más a los estadios primarios, se creará una esfera más amplia y cómoda para la lucha de clases del obrero judío, mejorando su base estratégica y aumentando la suma de sus energías invertidas en la misma.

*Desde el primer momento de la llegada a Palestina de la inmigración inmanente, estallará en el país una violenta lucha entre el trabajo y el capital judío, tanto en el campo económico como en el político y cultural. Ya hoy en día está organizándose en Palestina el partido social-demócrata judío "Poalei Sión"; el proletariado judío (no muy numeroso, por el momento) ya está envuelto en un grave conflicto con los patrones, en el terreno religioso-cultural *; y los "poalei-sionistas acaban ya de conmemorar ** la fiesta del Primero de Mayo, adhiriendo, en esta forma, a la familia internacional de los trabajadores.*

Tal como es imposible evitar la lucha de clases entre el trabajo y el capital judío en Palestina, así también

*) En Petaj Tikva. — (N. del A.)

**) En 1905. — (N. del A.)

es inevitable la intervención en la misma del gobierno turco, y la lucha revolucionaria del proletariado judío contra las autoridades turcas. Estas se colocarán, al principio, del lado de los patrones contra los obreros judíos, pero bien pronto esta ayuda se hará insoportable para los mismos patrones. La burguesía judía se encontrará en Palestina en la misma situación de indecisión en que se hallaba en la diáspora. Pero la burocracia turca, que se armará contra los obreros judíos, terminará por volver sus armas contra toda la población judía en general. En la medida en que mayores grupos de "felajes" se incorporen a la esfera de influencia económica, cultural y política judía, aumentará también la trascendencia de la lucha del proletariado judío, en alianza con otros elementos oprimidos, contra el gobierno turco.

En esta lucha, el proletariado judío no estará solo. Le ayudarán las poblaciones judías de la diáspora, las cuales, presionadas por su necesidad emigratoria, estarán vitalmente interesadas en que la vida en Palestina sea lo más tranquila y libre posible. La ayuda más grande y efectiva le será prestada por los obreros judíos de la diáspora que se organizarán bajo la bandera del "Poalei Sión", que para aquel entonces se convertirá en el único partido revolucionario, progresista e influente del proletariado, tanto en Palestina como en la diáspora. También el proletariado internacional le brindará su apoyo moral, una vez que la socialdemocracia judía (Poalei Sión) tenga la posibilidad de participar en el Congreso Socialista Internacional e influya sobre éste: primero, en calidad de organización *nacional* separada; segundo, en calidad de partido socialista de un país *nuevo* (Palestina). En la medida en que se democratice la vida judía y se amplíen los derechos judíos en la diáspora, aumentará también el apoyo que los hermanos de pue-

blo y de clase, en la diáspora, brindarán a la clase obrera palestinense.

Pero la fuerza más importante sobre la cual se apoyará el proletariado palestinense en su lucha contra el gobierno turco, será el doble interés internacional: primero — en la solución radical del problema judío, en general; segundo — en la regularización de la vida política en Palestina. Sobre el interés internacional en la solución del problema judío en general, ya nos hemos detenido precedentemente. Pero las Potencias que operan en el mercado mundial, están aún más interesadas en la conservación de la paz y del orden en el Cercano Oriente, en general, y en Palestina, en particular — y quizás en esta última más que en cualquier otra parte. Después de producirse la intervención del gobierno turco en la lucha entre el capital y el trabajo en Palestina, será inevitable una intervención internacional destinada a imponer el orden en el país. Esta intervención internacional se hará más enérgica a medida que se acreciente el interés de los pueblos civilizados en la solución del problema judío en general, y se propague la revolución dentro de Palestina ⁽⁴⁷⁾.

La intervención de las Grandes Potencias en los asuntos internos de Palestina asumirá, al principio, una forma contraria a los intereses del proletariado judío. La revolución en el país se realizará bajo la bandera de la *socialdemocracia*, en tanto que las Potencias que intervendrán en los asuntos de Palestina se hallan en poder de gobiernos burgueses. Pero, con el tiempo, las luchas y los choques que se sucederán incesantemente en el país, obligarán a los gobiernos burgueses a acceder a la introducción de reformas democráticas. La lucha de clases del proletariado judío que, al principio, estará dirigida contra el capital judío y más tarde, contra el gobierno turco — se volverá finalmente, en forma in-

directa, contra la burguesía mundial. Y el resultado será que, para asegurar la tranquilidad en Palestina, la burguesía mundial se verá obligada a ceder a las exigencias políticas y nacionales del proletariado judío.

En todos estos procesos participará también la burguesía judía, interesada también ella en el triunfo final de las exigencias nacionales del proletariado — en la liberación de Palestina del yugo turco. Pero ella participará siempre con su indecisión típica, con temor ante cualquier paso arriesgado, abandonando al proletariado a su propia suerte en los momentos críticos, y procurando aprovechar los frutos de la lucha y de los sacrificios del proletariado judío.

Gracias a la lucha de clases del proletariado judío y con la ayuda de la intervención internacional que seguirá a esta lucha, obtendrá Palestina su autonomía política.

La necesidad histórica lleva hacia la realización de la autonomía política territorial del pueblo judío, a través de la lucha de clases del proletariado judío.

CAPITULO X

EL PROLETARIADO Y SUS TAREAS EN LA REALIZACION DE LA CONCENTRACION TERRITORIAL JUDIA EN PALESTINA

AL colocarse en el terreno de la *concentración inmanente de la inmigración judía*, el sionismo proletario se liberó definitivamente de los antiguos conceptos utópicos referentes a la realización de la autonomía territorial.

En primer lugar, el palestinismo superó el criterio con el cual los utopistas solían acercarse al problema de Palestina. Es costumbre establecer una distinción entre el palestinismo *principista* y el palestinismo *práctico*.⁽⁴⁸⁾ Cuando nosotros nos pronunciamos por Palestina, no lo hacemos porque su suelo nos sea *querido* por sus reminiscencias históricas o porque se preste a la colonización. Para algunos de nosotros este país puede tener valor como Patria de nuestros antepasados; a otros puede parecerles apropiado porque el viaje al mismo resulta más barato que el viaje a la Argentina o a Uganda. Unos pueden sostener que la ideología del movimiento de liberación nacional está indisolublemente ligada al amor a Palestina; otros, en cambio, pueden argüir que el sionismo se basa exclusivamente en consideraciones prácticas. Pero todas estas diferencias de opinión nada tienen que ver con lo único que nos interesa

cuando nos referimos al *programa de un partido político*.

Nuestro palestinismo no es principista porque no tiene relación alguna con las antiguas tradiciones, y no es práctico porque en nuestro programa no existe en general un territorio, mientras no existe Palestina. El planteo de los partidarios prácticos de Palestina, es el siguiente: hace falta un territorio; Palestina es el único territorio accesible y conveniente; por consiguiente: Palestina. Nuestro planteo, en cambio, es distinto: existen procesos emigratorios en la dinámica judía; Palestina — futuro centro de la inmigración inmanente; por consiguiente: Palestina. Los partidarios prácticos de Palestina se consideran territorialistas en principio, pero prácticamente se pronuncian por Palestina. Nosotros, en cambio, no establecemos ninguna distinción entre el territorialismo principista y el territorialismo práctico, porque la inmigración concentradora judía no se dirigirá a un territorio indefinido, sino a Palestina. Nosotros no afirmamos que Palestina es el único territorio y el más conveniente: sólo sostenemos que es el lugar donde conseguiremos nuestra autonomía territorial. Nuestro palestinismo no es *principista* ni *práctico*, sino de *prognosis*.

Con esto hemos anulado la “búsqueda de un territorio”. Esta tarea la hemos reservado para los procesos inmanentes de la migración judía. Nuestra tarea no es la de buscar un territorio sino la de conseguir la autonomía territorial-política en Palestina. Pero nosotros no creemos, como algunos “sionistas socialistas” (S.S.), que primero debemos estar a la expectativa y ver *hacia dónde* se dirigirá la inmigración inmanente judía para recién luego pronunciarnos sobre un territorio determinado. Nosotros sostenemos, por el contrario, que *mientras*

no sepamos dónde se concentrará la inmigración inmanente judía tampoco podremos saber si esta inmigración se concentrará en general en algún lugar ⁽⁴⁹⁾, por lo que por el momento sólo reconocemos que semejante concentración es *deseable*. Es decir, reconocemos su necesidad *subjetiva*, pero carecemos aún de la necesidad *histórica*. Nosotros consideramos al territorialismo abstracto como una utopía que en el mejor de los casos tiene que ver con experimentos y proyectos, pero no con programas. La necesidad histórica jamás es abstracta, siempre es concreta.

Sólo cuando estamos en posesión del territorio podemos hablar de las tareas políticas en el seno del mismo. Primero vienen el territorio y la inmigración que se concentra, y recién luego la autonomía territorial, como consecuencia de la lucha de clases que se libra en el mismo. Entre los utopistas ocurre todo lo contrario: primero vienen las garantías jurídicas, y recién luego la colonización y la inmigración inmanente; primero el documento y luego la realidad: primero la autonomía territorial y luego el territorio. Los S.S. han modificado últimamente su relación y su actividad con respecto a este punto; los seimistas, en cambio, continúan obstinados en su tradicional superstición por el "charter".

Tampoco concedemos preeminencia a las negociaciones diplomáticas que, para los S.S. y para los seimistas constituyen todavía hoy en día los pilares de la realización. En su opinión, sin la diplomacia, por insignificante que sea su papel en la realización, es imposible "conseguir un territorio". Si no se nos "ofrece" un territorio, no lo conseguiremos en general. Y para que se nos "ofrezca" tal territorio, es preciso recurrir a la diplomacia. Toda esta "teoría" viene adornada con una

diadema de frases altisonantes sobre "lucha por la autonomía territorial", "proletariado", "heroísmo y sacrificio", y otras frases por el estilo; pero en realidad no se trata de otra cosa que de esperar a que nos sea "ofrecido" un territorio. Nosotros descartamos el principio de "do ut des" allí donde hay una coyuntura revolucionaria. *El Territorialismo es una revolución democrática en la vida judía. En las épocas de explotación y de competencia, las revoluciones no se hacen con cálculos y diplomacia sino con lucha y fuerzas concretas. La diplomacia es útil allí donde todo podría ser hecho también sin ella; en tal caso, la diplomacia sirve para facilitar el curso obligado de los acontecimientos.*

Los procesos inmanentes de la dinámica judía se van desarrollando en tal forma que hacen inevitable la *captura* de Palestina por la fuerza y la *conquista* de la autonomía territorial del pueblo pudo en la misma. Seguramente intervendrá aquí también la diplomacia, pero todo podrá ser hecho, desde el principio hasta el fin, también sin ella.

No debemos olvidar que la diplomacia, que puede llegar a desempeñar algún papel en la realización de la autonomía territorial en Palestina, sólo se ocupará de los problemas relacionados con el interés internacional. La idea de un "charter" a ser obtenido de parte de uno de los países civilizados está en abierta contradicción al principio de partida de la teoría territorialista que basa sus perspectivas de realización en el *interés internacional* en la solución radical y definitiva del problema judío. Este interés tiene su origen en el *daño* que el problema judío reporta para *todos* los pueblos vecinos y para *todas* las clases; en tanto que la obtención de un "charter" de parte de un Estado particular sólo es posible sobre la base del *beneficio directo*

que la colonización judía podría reportar para la *gran burguesía de un pueblo determinado* (el pueblo británico, por ejemplo). En esta forma, el "charter" borra los últimos vestigios de la necesidad histórica y de la consecuencia lógica, introduciendo el elemento del azar y de la casualidad. El territorialismo abstracto se basa en el análisis de la realidad judía, pero la obtención del territorio concreto se convierte en una cuestión de combinaciones azarosas. El utopismo se transforma en aventurismo. Los S.S. sienten el lastre de este aventurismo, pero los seimistas se engalanan en él. En opinión de estos últimos, el "charter" constituye la única herencia valiosa del sionismo político.

Este aventurismo adquiere una forma aun más pobre cuando se trata de la obtención *inmediata* del territorio. Y ésta es la esperanza de todos los territorialistas burgueses que cifran su confianza en la diplomacia de Zangwill y de sus socios ⁽⁵⁰⁾. Castigada por la presión nacional y atemorizada por la perspectiva de los pogromes la pequeña burguesía judía busca consuelo en la ilusión del "charterismo" y de una diplomacia redentora. A la exigencia de iniciar de inmediato un trabajo práctico en Palestina, suelen responder frecuentemente con la siguiente pregunta ingenua: ¿Y qué sucederá si mientras tanto algún Estado civilizado nos ofrece un territorio? La mejor respuesta a este interrogante es la siguiente: "¿Y quién les ofrecerá un territorio: un ministro o un Parlamento, un diplomático o un pueblo?"

Quienes formulan la primera pregunta olvidan tomar en cuenta el proceso de democratización de la sociedad moderna. Es ilusorio pensar que Chamberlain nos "ofrecerá" un territorio en Uganda, por cuanto para dar un paso *semejante* le será preciso consultar primeramente la opinión de su pueblo ⁽⁵¹⁾.

Y aquí ya hay que tomar en cuenta tres cosas. En primer lugar, es imposible realizar negociaciones secretas con todo un pueblo, y por consiguiente ya no hay lugar para la diplomacia. En segundo lugar, para que un pueblo llegue a convencerse de la utilidad del paso que le proponen, es preciso desarrollar una propaganda activa y prolongada en la prensa, en la tribuna pública y en las filas del pueblo mismo. Ello significa atraer la atención de todos los pueblos interesados, precipitando en esta forma la participación internacional en la solución del problema de marras. Y, en tercer lugar, cuando un problema es expuesto a la consideración pública es imposible evitar las diferencias de opiniones y la rivalidad de intereses. La diferenciación de la sociedad moderna hallará su expresión también en los distintos acercamientos hacia la cuestión judía. Los judíos están más directamente interesados que los ingleses en la solución territorial de su problema nacional, y no obstante ello el proletariado pudo estar aún lejos de haber aceptado en su totalidad esta solución, a pesar de las terribles experiencias de la historia. Del hecho de que los miembros de la J.T.O. y los S.S. reconocen la necesidad de un territorio para los judíos, no se deduce todavía que también los ingleses se apresurarán en reconocerla. Antes de que estos últimos se decidan a ceder a los judíos una de sus colonias, deberán analizar el problema judío en todos sus aspectos. Y en este problema, como en cualquier otro, los ingleses se dividirán en grupos diferentes: habrá antisemitas que se opondrán a una solución favorable; habrá patriotas que no aceptarán renunciar a sus posesiones coloniales; habrá asimiladores, autonomistas, palestínófilos, ugandistas, canadistas, etc. ¿Y quién puede predecir cuál de estas tendencias se impondrá? Pero aún admitiendo la hipótesis

de que se nos "ofrecerá" un *territorio*, todavía nos hallamos lejos de la *autonomía territorial*. En una palabra, la utopía del "charterismo" consiste en el hecho de que éste se desentiende del proceso de democratización y diferenciación que tiene lugar en la sociedad moderna. Desde este punto de vista, los "seimistas" no han avanzado en sus conceptos mucho más allá de los politiqueros de café.

Nuestro concepto de la realización de la autonomía territorial no se basa en el interés sencillo e indefinido de los pueblos vecinos, sino que establece que los pueblos civilizados *se verán obligados* a buscar una solución radical y democrática al problema judío en Palestina. Este momento de la *obligatoriedad* es el único sobre el cual puede apoyarse una política realista.

Los "charteristas", por el contrario, basan la realización de la autonomía territorial sobre la *utilidad* y el *cálculo*, y se desentienden del contenido revolucionario del territorialismo. Primero deberá nacer y agravarse el problema judío en algún territorio y recién luego los Estados se verán obligados a buscarle una solución democrática.

El "charterismo" es también utópico porque confía en que el problema judío podrá ser solucionado, desde un punto de vista social, por vías pacíficas y sin sufrimientos. El admite la necesidad de superar las dificultades del clima, y la posibilidad de tener que luchar contra animales feroces, insectos venenosos, y hasta contra hombres salvajes. Pero en su cuadro falta, por completo, la lucha social, la lucha de clases y de nacionalidades: el "charter" es una de las formas de la realización utópica del territorialismo; el Seim es otra forma de la misma utopía, otro intento de realizar la autonomía territorial pacíficamente y sin sufrimientos. Tanto

para los S.S. como para los "seimistas", la lucha de clases como *camino hacia el territorialismo* termina sobre la cubierta de los barcos de transporte. Cuando las distintas clases sociales hagan abandono de los mismos, esta lucha podrá continuar sobre el territorio; pero entonces sólo se tratará de un fenómeno aparte. El territorialismo se realizará independientemente de esta lucha, por vías diplomáticas. Entre los S.S. se ocupará con la diplomacia la J.T.O., y entre los "seimistas", los Seim judíos. Pero en ambos, el factor principal en la realización del territorialismo es la diplomacia y no la lucha de clases.

El "seimismo" constituye un espécimen tan singular de la utopía sionista que bien vale la pena detenerse más detalladamente sobre el punto de vista del proceso inmanente.

En primer lugar, en la fundamentación de su teoría, los seimistas toman en cuenta sólo a las fuerzas internas del pueblo judío y se desentienden, por completo, de los factores externos. Ellos hablan sobre el "renacimiento nacional", sobre el desarrollo de las fuerzas productivas del pueblo judío, y también sobre la ampliación de la barrera social entre judíos y gentiles, barrera a la que consideran, desde el plano interno, como a un factor que impulsa a los judíos a liberarse. Pero los seimistas no admiten la posibilidad de que las condiciones externas resulten insatisfactorias al territorialismo; que los judíos no consigan un territorio capaz de asegurar un desarrollo normal de la estructura de clases; que en el mismo tropiecen con los fenómenos de la competencia nacional y de la "explotación nacional", y que se enfrenten con la inmigración de otros pueblos. Todos estos factores, estrechamente vinculados a las fuerzas externas, no existen en general para los Seimistas. Como

ya lo señaláramos precedentemente, los seimistas consideran conveniente pasar por alto también el problema de los pre-requisitos indispensables para la obtención del Seim. Pero dado que es imposible desconocer por completo a los factores externos, los introducen de contrabando y sólo en la medida en que se hacen sentir en la práctica. Mientras únicamente se trata del futuro lejano, se puede ignorar a las fuerzas externas, porque cuanto menos se piensa en ellas tanto más fácil resulta soñar y tanto más brillante aparece la fraseología huera. Los seimistas toman en cuenta a estas fuerzas sólo cuando actúan en el *momento dado*. Por esa razón prevalece, entre ellos, el momento sobre la historia, el presente sobre el futuro. Este es el motivo por el cual los seimistas son "momentalistas" y oportunistas.

No sucede eso entre nosotros. Nosotros nos afirmamos sobre el terreno del proceso inmanente. Y al analizar dicho proceso, tomamos en cuenta a todas las fuerzas que intervienen en el mismo, tanto a las internas como a las externas. Con ello nos libramos de la necesidad de "atrapar el momento" y de preocuparnos por los resultados casuales de tal o cual paso. Así, por ejemplo, entre los sionistas burgueses, carentes de perspectiva histórica, está muy difundida la idea de la "infiltración" a Palestina, debido al temor que experimentan ante la negativa del Sultán de permitir el ingreso de judíos a este país. En ellos son muy característicos los caminos conspirativos para la realización del Sionismo, caminos y medios que deben quedar ocultos a los ojos del Sultán porque, en caso contrario, todo estaría perdido. Entre nosotros, tal temor no existe, desde el momento en que hemos reconocido la obligatoriedad del proceso inmanente de la inmigración concentradora en Palestina, y que hemos aceptado la hipótesis de que la de-

mocratización de los países de la diáspora conduce a la apertura de las puertas de Palestina, independientemente a la voluntad del Sultán. Si admitiéramos, siquiera por un instante, la idea de que la realización del Sionismo depende de la voluntad de los Sultanes, nos habríamos precipitado al fango del aventurismo.

En segundo lugar —el territorialismo ocupa, entre los seimistas, un sitio destacado, pero juega el papel de un ideal lejano e inocente del que sólo cabe hablar. Para ellos, el territorialismo está ligado al presente judío por lazos históricos pero no por vínculos prácticos. Según ellos, debemos seguir trabajando en los países de la diáspora, y el territorialismo vendrá por sí sólo como un premio gratuito. Para nosotros, en cambio, —al habernos colocado sobre el terreno del proceso inmanente que transportó, o transportará próximamente, nuestra vida al lugar de nuestra concentración territorial— el territorialismo ya dejó de ser un lejano ideal histórico para convertirse en una necesidad diaria, urgente, y vital. El proletariado no reconoce, en general, ningún ideal histórico que no esté vinculado directamente a sus necesidades en el presente. El socialismo es realizado a cada hora, con cada nuevo paso en dirección a la concentración de los instrumentos de la producción. Y lo mismo ocurre con el sionismo.

Nuestro pronóstico sostiene que hoy o mañana se creará en el seno de las amplias masas, entre los inmigrantes en potencia, tanto entre quienes ya se aprestan al camino como entre quienes ya han iniciado la marcha, la necesidad imperiosa de conseguir un libre acceso a Palestina, para ordenar y democratizar las formas de vida en el país. Y para el proletariado judío, que siente cada día más crudamente las deficiencias de su base estratégica y la necesidad de mudar el lugar de la misma,

las formas de vida en Palestina no constituirán un interés abstracto, sino un interés actual y concreto. Este interés vital y diario de las amplias masas judías se manifestará más acentuadamente a medida que se vayan clausurando ante las mismas, las puertas de los antiguos países inmigratorios. Repetimos: *para nosotros el sionismo no constituye solamente un ideal histórico, sino también una necesidad diaria de las amplias masas judías.*

Pero esta necesidad no se hará conciente a las amplias masas en forma instantánea, sino gradualmente. Partiendo de esta base, los seimistas niegan la actividad territorialista en el presente. Ellos sostienen que, dado que el territorialismo es una empresa que interesa a *todo* el pueblo, esta tarea será realizada por todo el pueblo a través de sus instituciones representativas (el Seim). Esta es una de las razones por las que se oponen al Congreso Sionista, el cual, aparentemente, no tiene derecho a ocuparse del territorialismo puesto que no representa a la totalidad del pueblo judío ni tiene poder impositivo sobre el mismo. Aceptemos, por un instante, la hipótesis de que el Seim es una institución de todo el pueblo; admitamos, también, que el Seim de los judíos rusos no sólo representa a los judíos rusos sino que también tiene poder sobre los judíos alemanes, franceses, americanos; en una palabra: sobre todo el pueblo judío. Pero, ¿es que sólo las instituciones populares generales tienen derecho a solucionar los problemas relacionados con todo el pueblo? Según este criterio, ningún partido tendría derecho a hablar y actuar, mientras no haya absorbido en su seno a la totalidad del grupo cuyos intereses defiende. En tal forma deberíamos negar derecho a actuar a las instituciones social-demócratas, puesto que el Socialismo y la democratización de la sociedad son tareas que interesan a

todo el proletariado, en tanto que el Comité Central no representa a la totalidad del mismo. Todo lo contrario. Precisamente porque el proceso inmanente propaga al Socialismo por círculos cada vez más amplios de la clase obrera y aspira a atraer a sus filas a *todo* el proletariado, tiene la socialdemocracia el derecho a hablar en nombre de *todo* el proletariado y a influir a través de sus instituciones, sobre su destino. Y así también, las instituciones sionistas: precisamente porque los procesos inmanentes de la inmigración concentradora a Palestina abarcan a núcleos cada vez más amplios del pueblo judío, tiene el Sionismo el derecho a hablar en nombre de *todo* el pueblo judío y a influir, a través de sus instituciones libres, sobre su destino.

Al señalar, en la forma más clara posible, los procesos inmanentes y su regulación conciente, hemos esbozado, también, las tareas rigurosamente realistas del movimiento territorialista.

Es corriente asignar al territorialismo, en calidad de movimiento social organizado, la tarea de combinar y hasta también de crear los elementos que habrán de integrar la futura sociedad autónoma judía. Según este prejuicio, corresponde a las instituciones territorialistas no sólo encontrar un territorio adecuado sino también conseguir para él garantías legales casi ilimitadas, y extender una amplia red de colonias judías. Aquí, la actividad conciente realiza casi todo; el proceso inmanente: casi nada. Más aún: al *proceso inmanente* sólo le es asignada la tarea de crear y de agudizar la *necesidad subjetiva*, en tanto que la tarea de crear la *posibilidad objetiva* es confiada exclusivamente al Partido, al *movimiento organizado*. Es fácil comprobar que esta tarea está por encima de las fuerzas del movimiento.

Ya se ha hablado mucho sobre el particular, y siempre se reptite la misma pregunta: ¿Cómo realizar una tarea tan inmensa? ¿Cómo juntar las fuerzas necesarias para llevarla a cabo? La pregunta no está en su lugar porque las premisas son falsas y el planteo mismo de la pregunta es utópico. Y dado que los seimistas no reconocen la falsedad de las premisas, han extraído de ellas las conclusiones correspondientes, convencidos de la exactitud de las mismas. La tarea es inmensa y por consiguiente hacen falta fuerzas inmensas. ¿El Congreso Sionista y la Organización Sionista son fuerzas demasiado débiles? Por consiguiente: ¡Abajo el Congreso y la Organización Sionista! ¿Los judíos "degeneran" y son incapaces de enerar fuerzas nuevas? Por consiguiente: hay que ilusionarse con que los judíos atraviesan por un período de "renacimiento". ¡Viva, pues, el Renacimiento! ¡Viva la "Vozrodenia"! Todo es sencillo, claro, y falso desde el principio hasta el fin.

La creación de todos los elementos del territorialismo, inclusive los de la colonización y de la sociedad económica autónoma, será obra del proceso inmanente de la inmigración concentradora. La tarea del movimiento organizado es sólo la de regular dicho proceso; empresa no tan grandiosa y, por lo tanto, no tan pesada. Hay quienes creen que para realizar la autonomía territorial hará falta mucho *dinero*; nosotros creemos que hará falta mucha *lucha política*. Hay quienes piensan que será preciso *crear mucho*; nosotros pensamos que será preciso *liberar* mucho. Hay quienes sostienen que habrá necesidad de *grandes recursos técnicos* y de *organismos imponentes* (el Seim, entre ellos); nosotros sostenemos que no será posible sin amplios *caminos históricos*. Allí donde los utopistas no ven nada —en la *regulación*— vemos nosotros la *tarea principal*. Allí

donde ellos encuentran los mayores dificultades —en la creación de los elementos de la futura sociedad judía— no vemos nosotros una tarea en sí, porque estos elementos se crearán sin nuestra participación.

Solamente una *libre iniciativa social* puede regular los procesos immanentes. Los seimistas, que llevaron al utopismo territorialista hasta el límite de su conclusión lógica, ignoran por completo el papel de la libre iniciativa social. Para ellos, sin ministros y policías es imposible hacer algo. Su medio mágico es la imposición: su garantía última: la cárcel. Ellos olvidan que en el lugar donde no existe una vinculación material de intereses, tampoco la imposición puede crear algo seguro y de valor histórico; y que allí donde existe tal vinculación de intereses no hacen falta los Juzgados de Paz y los “protocolos” policiales para crear algo. Una sanción oficial es, naturalmente, de utilidad, pero también sin ella es posible seguir adelante. La sanción oficial es *útil* pero no es *imprescindible*. Una de nuestras aspiraciones más fervientes es la de conseguir la *legalización internacional del sionismo*. En nuestra opinión, el interés creciente de los pueblos vecinos en la solución radical del problema judío conducirá, tarde o temprano, a esta legalización internacional. Pero también sin ella, podrá la libre iniciativa social, expresada en las instituciones generales sionistas, regular los procesos de la inmigración inmanente.

En nuestro concepto, la tarea *directa* de las instituciones *territorialistas* es la de regular la inmigración que se concentra en forma *inmanente*, con lo que se regulará en forma *indirecta* también la emigración. Los S.S. empezaron a hablar, últimamente, de la regulación de la emigración. Hay que establecer, empero, una diferencia clara entre la regulación de la emigración y

la regulación de la inmigración. La emigración puede ser regulada también según el método de la J.C.A., dispersándola y diseminándola por los cuatro vientos. Los S.S. sostienen, sin embargo, que la emigración debe ser concentrada. En tal caso, hay que saber *dónde* concentrarla. Y si queremos evitar complicarnos en experimentos artificiales y peligrosos, debemos prever también el rumbo de la *inmigración concentradora inmanente*, con lo que nuestra tarea se reduce a la regulación de esta inmigración. Si facilitáramos el acceso y la colonización de los judíos en Palestina, no habrá tampoco necesidad de enviar allí a los inmigrantes: ellos vendrían por sí solos.

Y algo más, para aclarar definitivamente cual es *nuestra* participación en la dinámica judía. La tarea general del movimiento territorialista es la de regular los procesos inmanentes (principalmente, los procesos de la inmigración) que conduce, finalmente, a la autonomía territorial. Pero, en la práctica, no tenemos un movimiento territorialista, sino dos: el sionismo burgués y el sionismo proletario. ¿Cuál es la participación de cada uno de ellos en los procesos inmanentes de la dinámica judía? ¿Cuál es, en general, el papel de la burguesía en la regulación de los procesos inmanentes, y cuál es el papel del proletariado? Naturalmente, nos referimos aquí a procesos que tienen lugar en el seno de la sociedad capitalista.

En cada proceso inmanente es preciso *distinguir* entre dos factores, si bien es imposible establecer una *separación* entre ellos: los factores de *creación* y los factores de *liberación*.

El desarrollo y la acumulación de las fuerzas productivas, la elaboración de nuevas combinaciones de elementos materiales, y la *capitalización* de la sociedad —éstos son los factores de *creación* en la evolución

moderna. La creación de condiciones libres para el desarrollo de las fuerzas productivas, y la *democratización* de la sociedad— éstos son los factores de *liberación* en la evolución moderna. Tanto los unos como los otros son de carácter inmanente, si bien están sujetos a regulación.

La burguesía regula los factores creadores de los procesos inmanentes, y el proletariado regula sus factores liberadores. La burguesía dirige la capitalización de la sociedad moderna, y el proletariado lucha por su democratización.

Dado que, en la realidad, ambos factores son inseparables el uno del otro, tampoco puede establecerse una delimitación precisa entre la esfera de actividad de la burguesía y la esfera de actividad del proletariado. También la burguesía está interesada, parcialmente, en la democratización de la sociedad, e interviene en este proceso; sólo que su papel es insignificante y la hegemonía permanece en manos del proletariado. Pero, en lo que concierne al desarrollo de las fuerzas productivas y a la evolución capitalista de la sociedad —el papel de organización está en manos de la burguesía. Y, aun cuando el proletariado está mucho más interesado que la burguesía en el desarrollo de las fuerzas productivas, su esfera de actividad no se encuentra en este campo; y al no ser él quien organiza el trabajo en la sociedad capitalista, tampoco formula, en este campo, exigencias especiales. Cuando sea alcanzada la dictadura del proletariado, será éste quien organizará el trabajo social. Pero, hasta ese entonces, el proletariado, como clase, no interviene en la regulación de los factores de creación. Así, por ejemplo, no le corresponde preocuparse por la excavación de canales, la construcción de vías férreas, etc., En este terreno, el proletariado no

formula demandas especiales porque se trata de "factores de creación" en la evolución capitalista. Pero, al tiempo que no interviene en la organización técnica del trabajo, formula sin embargo demandas de otra índole: verbigracia, la jornada de trabajo de 8 horas, la rebaja de las tarifas ferroviarias, etc. O tomemos un ejemplo de otro terreno: en la sociedad capitalista, el proletariado no participa en la elección de los métodos de colonización porque éstos pertenecen a la esfera de los "factores de creación", a la esfera de la organización de la producción; pero el proletariado puede exigir cierta regulación de las relaciones legales y de propiedad, porque éstas pertenecen a su esfera; a la esfera de los "factores de liberación".

La misma distinción entre factores de creación y de liberación debemos establecer cuando pasamos a considerar los procesos inmanentes que conducen a la realización del territorialismo. En esa forma podremos ilustrar los papeles respectivos de la burguesía y del proletariado.

En este proceso, los "*factores de creación*" consisten en la acumulación del capital y de la mano de obra en Palestina, en la explotación de las riquezas naturales del país, en su evolución tecnológica, y, en general en el desarrollo de las fuerzas productivas. La regulación de estos factores, constituye la tarea principal del sionismo burgués. Esta regulación se divide en dos etapas: la llegada de los inmigrantes al país, y cuando éstos ya se han establecido definitivamente en el mismo.

Regular la inmigración inmanente judía a Palestina, significa: facilitar la acumulación en el país de capitales y obreros judíos, haciéndola lo más económica y racional posible. Para que la inmigración sea realmente libre y provechosa, es preciso que los inmigrantes co-

nozcan suficientemente al país y a las condiciones de vida imperantes en el mismo. Y de aquí surgen dos tareas importantes para el sionismo burgués. La primera, consiste en *crear instituciones permanentes para la investigación sistemática de Palestina*, de sus condiciones geográficas y climáticas, y —lo que es más importante— de sus condiciones social-económicas y políticas. Esta tarea será realizada con la ayuda de expediciones, estaciones meteorológicas, observatorios, departamentos estadísticos, etc.. La segunda consiste en *crear oficinas de información para familiarizar a los judíos con los resultados de las investigaciones*. Para ello hará falta la creación de una literatura especial, de oficinas de consulta etc.. Si este trabajo se organiza en la forma debida, los ingresos de las oficinas de informaciones y consultas podrán cubrir los gastos de las expediciones.

Regular la inmigración inmanente, una vez establecidos los inmigrantes en el país, significa facilitarles la posibilidad de ordenarse definitivamente, aliviar la presión del sistema de impuestos imperante en el mismo, estimular el desarrollo de las fuerzas productivas, y fomentar su desarrollo técnico. Para ello es preciso: organizar el crédito y la venta de los productos; transferir a las instituciones financieras sionistas el derecho de recabar impuestos; crear haciendas modelo; conseguir concesiones, etc. Todas estas empresas deberán ser autárquicas y producir ganancias para subvencionar nuevas obras. El carácter de estas instituciones debe ser comercial y no filantrópico; ésta debe ser la actividad concreta y no utópica del Congreso Sionista.

En tercer lugar —y esto es lo más importante— los procesos inmanentes no deben ser abandonados a su propia suerte. En los procesos inmanentes actúan e influyen distintas fuerzas y tendencias, que se confun-

den y entrelazan en la forma más insólita, sin que ninguna de ellas influya en su forma original. Siempre se conserva lo "viejo" junto a lo "nuevo", las tendencias declinantes y nacientes junto a las maduras y florecientes. "Ninguna categoría histórica —apunta uno de los escritores "vozrodzentzes"— representa en sí misma la corporación de algún principio social... Ninguna forma social nueva viene *inmediatamente después de la destrucción definitiva y absoluta* de las antiguas bases sociales; la transformación de las formas sociales está determinada no sólo por la sucesión de lo nuevo a lo viejo, sino también por su coexistencia mutua. En toda sociedad, sostiene Lavrov, pueden distinguirse remanentes históricos, elementos vivientes, y brotes futuros. La vida histórica no forma una urdimbre interminable que cambia gradualmente de colores y modelos; el tejido de la vida social es un lío complejo de hilos multicolores." (52)

Los "seimistas" sostienen que la lucha por el territorialismo y la acumulación de las fuerzas necesarias para su realización, deben ser llevadas a cabo "aquí", en el Seim, en forma de una autonomía nacional-política, y que sólo después de haberse acumulado las fuerzas suficientes, éstas podrán ser utilizadas para una colonización planificada "allí", en el territorio. Es decir: primero la autonomía nacional-política, y luego la autonomía territorial; antes el Seim, y después el territorio. Los seimistas creen haber conseguido así la tan ansiada armonía entre el "Gegenwartsarbeit" (trabajo en el presente) y el "Zukunftsprogramm" (programa futuro), y haber tendido un puente entre el "aquí" y el "allí". Primero, aquí; luego, allí. "Aquí", en la diáspora, se crean las fuerzas necesarias para la realización del ideal, y "allí", en el territorio, se lo realiza. Atendiéndose

a este criterio, los seimistas ridiculizan nuestra exigencia a trabajar en los "dos terrenos" a un mismo tiempo. Según ellos, esto es incurrir en dualismo.

Pero la historia no se desenvuelve en la forma en que se lo imaginan los seimistas. El empleo de las fuerzas no se inicia una vez terminada su acumulación, sino simultáneamente a ella: en la vida social existe, hasta cierto punto, un *paralelismo de acumulación y de empleo de fuerzas*. En este sentido, las investigaciones de los seimistas rememoran el tradicional argumento infantil: "Mañana, cuando sea grande, seré orador o escritor". En el niño, las fuerzas se van acumulando mientras habla, escribe, actúa. ¿Es acaso posible pretender que el niño primero acumule sus fuerzas espirituales y sólo después —mañana— empiece a utilizarlas? ¿Cuándo será este "mañana"? ¿Cuándo crecerá el niño? ¿Cuándo será posible establecer que ya se han acumulado fuerzas suficientes y que llegó el momento de hacer uso de ellas? No. El uso es paralelo a la acumulación: si las fuerzas son reducidas, reducido y primitivo será su empleo; si son numerosas, mayor y más compleja será su utilización. Tampoco es cierta la afirmación que en la diáspora sólo se acumula y en el territorio sólo se emplea lo acumulado. Tanto "aquí" como "allí" se acumulan y se utilizan fuerzas. Supongamos que los "seimistas" tienen razón, que sus afirmaciones son verídicas; supongamos que, por el momento, sólo debemos ocuparnos con acumular fuerzas y luchar por el Seim. Pero, he aquí que mientras nosotros nos entregamos a estas faenas, los procesos de la migración judía hacen lo suyo, y se inicia una inmigración concentradora a un país cualquiera. ¿Qué haremos entonces? De atenernos a la opinión de los "seimistas", nuestra misión sería observar indiferentemente el desarrollo de este proceso

y... ocuparnos en acumular fuerzas hasta que los teóricos seimistas nos digan: "¡Basta!" Sólo es de lamentar que no sepamos en realidad qué significa para los seimistas el "Basta". En verdad no se trata sino de puro oportunismo y no de tender un puente entre el "presente" y el "futuro". La división entre "acumulación" y "empleo" no es sino una frase tendiente a disimular la ausencia de pensamiento. No existe ningún dualismo entre nuestro trabajo en la diáspora y nuestro trabajo en Palestina; es preciso distinguir entre *dualismo* y *doblez*. Cuando afirmamos que el ser humano tiene dos brazos, no incurrimos en dualismo y no cometemos ningún pecado con ello. El dualismo que es incompatible con el pensamiento científico aparece en el lugar donde existe un abismo entre dos cosas, donde se crea la imposibilidad de unir las en una síntesis superior, de fusionarlas en un concepto general. El dualismo no impera entre nosotros sino entre los seimistas. Entre nosotros el "aquí" y el "allí" no son contrarios, sino forman *dos aspectos de un mismo y único proceso*; entre los seimistas constituyen dos procesos diferentes, sin ninguna vinculación entre sí: uno debe finalizar para que el otro se inicie. Ellos abren un abismo entre el presente y el futuro, y al establecer esta división artificial se ven obligados a plantear el problema del puente, considerando al Seim como la cima más alta de la inventiva humana. Hemos visto cuán inseguro es este puente. Según los seimistas el problema principal radica en la armonía entre el "Gegenwartsarbeit" y el "Zukunftsprogramm" (el trabajo presente y el programa futuro). En nuestra opinión, esta armonía no se consigue en forma artificial sino que es fruto de un proceso inmanente. Por esta razón, no existe para nosotros el problema del puente y de los "dos terrenos". El trabajo en la diás-

pora y el trabajo en Palestina no constituyen dos terrenos diferentes sino dos líneas marcadas sobre la superficie de un mismo y único terreno, en medio de las cuales se desenvuelve el proceso inmanente de la dinámica judía. Repetimos: *Para nosotros no existe el problema de la armonía y del puente porque nosotros partimos del punto de vista del proceso inmanente.*

El proletariado judío vive en la diáspora, donde lucha por sus necesidades cotidianas. Entre estas necesidades se encuentra también el interés diario en la libertad inmigratoria y en el mejoramiento de las condiciones de vida en Palestina. Los procesos inmanentes orientan a los judíos en dirección a Palestina, y una vez establecidos allí, ésta se convierte en el escenario de su lucha cotidiana. Según las leyes del proceso inmanente, cuanto más libre y segura es nuestra vida en la diáspora, tanto más fácil será conseguir la libertad en Palestina; y, por el contrario: cuanto más libre nuestra vida "allí", tanto más respetados serán nuestros derechos "aquí". Por dos razones estamos interesados en el mejoramiento de nuestras condiciones de vida en la diáspora: primero, porque vivimos en ella; y segundo, porque el mejoramiento de nuestras condiciones "aquí" facilita la lucha por nuestros derechos "allí", en Palestina. Y por dos razones estamos interesados en el mejoramiento de nuestra vida "allí": primero, porque el centro de gravedad de nuestra vida se traslada gradualmente hacia Palestina; y segundo, porque el afianzamiento de nuestras posiciones "allí" constituye una garantía para nuestros derechos "aquí", en la diáspora.

En esto reside la interdependencia inmanente de los intereses y de nuestra lucha en Palestina y en la diáspora. El derecho máximo que puede ser conseguido

en la diáspora es la autonomía nacional-política; el derecho máximo que puede ser conseguido en Palestina es, la autonomía territorial y política. El problema de qué obtener primero, pierde su importancia si partimos del punto de vista expuesto más arriba. La autonomía nacional-política no es solamente un medio para conseguir la autonomía territorial, sino que, al igual que en esta última, constituye también un objetivo en sí mismo. Estos son dos objetivos vinculados entre sí por el proceso inmanente que no se desarrolla en una sola dirección, sino que se propaga en toda su amplitud, tanto en la diáspora como en Palestina.

El pecado del utopismo consiste siempre en su tendencia a ocupar el lugar del proceso inmanente: el utopismo anhela crear, mediante la aspiración humana conciente, algo que no nace en las profundidades de la vida social. El fatalismo, en cambio, afirma que es imposible la intervención de la voluntad conciente en los procesos inmanentes, y que ésta es arrastrada pasivamente por la corriente. El utopismo no reconoce a los procesos inmanentes. Los utopistas contumaces hasta temen mencionarlos, viendo en ellos expresiones de fatalismo y de pasividad. Los fatalistas, en cambio, se espantan ante la sola idea de una intervención conciente en los procesos inmanentes, viendo en ella una artificialidad peligrosa. Los fatalistas olvidan que la historia es hecha por *seres humanos* que persiguen *objetivos concientes*; los utopistas olvidan que los *resultados* de la actividad humana coinciden con sus *objetivos* sólo en la medida en que estos últimos se adaptan a los procesos inmanentes que tienen lugar en la vida social.

Más arriba hemos rechazado el utopismo territorialista en sus formas de "búsqueda de un territorio",

de diplomacia y de seimismo. Nos corresponde ahora volvernos contra el fatalismo. Hemos bajado al territorialismo del cielo a la tierra; y preguntamos: ¿Qué papel pueden desempeñar nuestra voluntad y nuestro conocimiento en los procesos inmanentes de la dinámica judía? Además de la intervención conciente de la voluntad humana, debemos mencionar otro factor, el de la *organización*. La organización no constituye una mera suma de esfuerzos individuales, sino que crea una fuerza social. Junto a las tendencias sociales inmanentes debemos introducir también la tendencia conciente. La intervención conciente no puede *crear* o improvisar a los procesos inmanentes, pero es capaz de *regularlos*. Y regular los procesos inmanentes significa: facilitar y acelerar su progreso, preservar la energía social evitando su derroche inútil y excesivo, y obtener los provechos máximos de la energía invertida; es decir, introducir en los procesos elementos de economía y de racionalización.

F I N

NOTAS

partido Social-Cristiano, fundador del antisemitismo culto a principios de este siglo. — (N. del E.)

(4) — Esta observación requiere actualmente cierta enmienda. Borojov analiza el carácter del nacionalismo de la gran burguesía judía en base a las relaciones imperantes en la sociedad capitalista, hace cerca de medio siglo. Desde entonces, el nacionalismo de la gran burguesía se desembarazó de su máscara de “liberalidad” para embanderarse en la dictadura racial y el fascismo. En la época del capitalismo industrial, la gran burguesía judía conservó sus posiciones en la competencia económica, pero en la actualidad va siendo desalojada de las mismas. — (N. del T.)

(5) — Inmanente: es la traducción de la palabra Stijia utilizada por Borojov. Stijia es de origen griego y significa un estallido de la naturaleza que no puede ser detenido por la razón, la máquina o cualquier otra acción humana. (La erupción de un volcán, un tifón, etc.) — (N. del E.)

(6) — Ver estadísticas y cuadros comparativos sobre el porcentaje de los judíos en las distintas profesiones, en el artículo-introducción de Daniel Ben Najum. — (N. del T.)

(7) — En su implacable crítica contra el “populacho vulgar”, Borojov no se refiere a los obreros desocupados que han perdido sus lugares de trabajo a consecuencia de crisis económicas o de otras coyunturas adversas. Su crítica va dirigida contra las masas proletarizantes y contra la pequeña burguesía, carentes todavía del espíritu de la lucha clasista. Ello queda claro al definir Borojov a estas capas como “remanentes descompuestos del pasado que no se han adaptado a las poderosas corrientes del presente”. Borojov hace la crítica del “lumpen-proletariado” sobre el cual Marx y Engels escribieron en su “Manifiesto Comunista” lo siguiente: “El lumpen-proletariado, esa podredumbre pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, aunque todas sus condiciones de vida lo hagan más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios”. — (N. del T.)

(8) — Esta relación mutua entre el proceso inmanente y la regulación conciente es de fundamental importancia en todos los procesos sociales. En su famosa polémica con los “mencheviques”, sostuvo Lenin que el desarrollo inmanente de la lucha de clases, cuando es librado a su propia suerte, conduce

inevitablemente al "trade-unionismo", o sea, a la lucha exclusivamente económica desvinculada de toda acción política y socialista. Sólo la intervención conciente y regulada del movimiento obrero, organizado en partido revolucionario, será capaz de elevar la lucha inmanente a una etapa superior de lucha política por la implantación del socialismo. Lo mismo reza para con el problema judío. Las tentativas inmanentes de las masas judías para escapar a los rigores de la opresión económica han llevado hacia la emigración, la cual, al carecer de una orientación y regulación planificada, se ha ido dispersando y disgregando. La intervención de los elementos revolucionarios en la dirección de los procesos inmanentes significa, en nuestras condiciones, la orientación de las masas migratorias hacia un territorio determinado como primer paso hacia el establecimiento de un centro territorial autónomo judío. — (N. del T.)

(9) — Precisamente el gran mérito de Borojov radica en el colosal aporte que hizo al problema nacional. (N. del T.)

(10) — "BUND": Organización socialdemócrata de los obreros judíos de Rusia, creada en el año 1897. Hasta el año 1903 formó parte del partido socialdemócrata ruso. En este año abandonó las filas del partido socialdemócrata ruso por la negativa de éste a reconocer al Bund como el "único representante del proletariado judío". El programa nacional del Bund se limitó hasta el año 1905 a la exigencia de derogar todas las discriminaciones civiles antijudías. Ya en el año 1901 había aceptado el principio de la autonomía nacional-cultural para las minorías nacionales, pero juzgó prematura esta exigencia para el pueblo judío. Recién en el año 1905 la incluyó formalmente en su programa. El Bund vió y sigue viendo en el movimiento sionista, un movimiento utópico y reaccionario contrario a los intereses de la clase obrera.

"SIONISTAS SOCIALISTAS" (S. S.). Partido creado por la unificación de distintos grupos obreros sionistas. Participó activamente en la lucha revolucionaria de los años 1905-6 en Rusia. Con el advenimiento del período de la reacción, se disolvió completamente. Renovó sus actividades poco después de la Revolución febrerista del año 1917, fecha en que se unificó con los "seimistas" creando el "Partido Socialista Obrero Judío". En un comienzo adoptó una posición contraria a la Revolución de Octubre, pero con el afianzamiento del régimen soviético modificó su actitud pasando a integrar, en su

mayoría, las filas de la "ievsektzia" comunista. Propugnó la solución territorial del problema judío, pero no consideraba a Palestina como un territorio apropiado por su falta de riquezas naturales y su dependencia del régimen otomano. Los S. S. denunciaron al "palestinismo" como movimiento romántico y pequeño-burgués. En cuanto a sus exigencias nacionales para la diáspora, se limitaron a la creación de "Ligas nacionales libres" y a la difusión del idioma idisch, rechazando la autonomía nacional-política en los países de la dispersión judía.

"POALEI-SIONISTAS": Hicieron su aparición como núcleos sionistas proletarios por los años 1897-98. Estos núcleos se difundieron rápidamente por todos los rincones del Imperio ruso: Vilna, Varsovia, Odessa, Minks, Iekaterinoslav, etc. Como partido organizado y marxista, hicieron su aparición pública en el año 1906.

"Los primeros intentos realizados a fin de encontrar una síntesis entre los problemas sociales de la clase obrera y el problema nacional, fueron hechos por Najman Sirkin y por el doctor Jaim Zhitlovsky. En una serie de artículos que hicieron su aparición entre los años 1908-9, planteó Sirkin por primera vez el problema del sionismo socialista. Zhitlovsky, adversario encarnizado del sionismo de aquella época, profundizó el concepto nacional del Bund, creando la "Organización Mundial Socialista Judía" (1900). Sin embargo, las ideas de Sirkin y de Zhitlovsky no lograron ganar muchos adeptos dentro de Rusia. Paralelamente a la actividad de estos dos pensadores socialistas, y sin relación alguna con ellos, fueron creándose en distintos puntos del Imperio zarista sendas organizaciones sionistas proletarias bajo el nombre general de "Poalei Sión". La primera de ellas se creó bajo la inspiración de Ber Borojov y del publicista Shimoni (S. Dubin) en Iekaterinoslav, en el invierno de 1900-01.

"Los primeros años fueron años de desorientación y de anarquía ideológica. Algunos grupos "poaleisionistas" se hallaban bajo la influencia de Herzl y del Plan de Uganda, y en la Conferencia de Odessa del año 1904 se unificaron con el "Partido Socialista Obrero Judío" (S.S.), eliminando de su programa el punto "Palestina". Por su parte, los "palestineses" (la referencia va dirigida a los "poaleisionistas" residentes en Palestina) se unificaron con el "Partido Sionista-socialista Judío" (Conferencia de Zurich, 1905). Pero bien pronto se produjeron las primeras escisiones sobre el terreno de las divergencias surgidas en torno al problema de la autonomía na-

cional en los países de la diáspora. Parte de los "poaleisionistas" vió en la autonomía nacional (el Seim), el objetivo principal de su lucha política, alejándose lentamente del sionismo, en tanto que los grupos restantes (ortodoxos), bajo la influencia de Borojov, vieron en la autonomía nacional sólo un objetivo secundario, orientándose hacia una solución sionista. Estas divergencias entre los dos grupos se hicieron extensivas al campo del pensamiento socialista: los "ortodoxos" eran marxistas, en tanto que los "seimistas" predicaron un socialismo "popular". El rompimiento definitivo se produjo en la Conferencia de Berdichev, en el año 1905: los "seimistas" crearon el "Partido Socialista Obrero Judío" y los "ortodoxos" el "Partido Poalei Sionista". — (N. del T.)

(11) — En los últimos años ha ido decreciendo notablemente la influencia del Bund, tanto en los Estados Unidos de Norte América como en los demás centros judíos en el mundo. — (N. del T.)

(12) — ISKRA: órgano de expresión del Partido socialdemócrata ruso. Después de la escisión del año 1903, pasó a manos de los "mencheviques". Desarrolló una activa propaganda contra el sionismo proletario y contra el "nacionalismo" del Bund. En la literatura proletaria judía llámase "iskrista" al socialdemócrata asimilado y cosmopolita, sin relación a su posición en la lucha entre las fracciones "bolchevique" y "menchevique" dentro del partido socialdemócrata ruso. — (N. del T.)

(13) — KADETE: sigla del Partido "Konstitutzioni Demokratty" (Demócrata Constitucional), partido de la burguesía liberal rusa. Fué creado en el año 1905. Sus líderes principales fueron: Milliukov, Navukov, Moromtziv, etc. — (N. del T.)

(14) — No nos interesa, por supuesto, cual será el futuro de la nación en el porvenir lejano. Pero sólo tiene derecho a formular un programa nacional quien haya comprendido previamente las tendencias de desarrollo que ya se insinúan en el presente. (N. del A.)

(15) — Al utilizar Borojov la expresión "Social-demócrata consecuente" se refiere al ala izquierda de la Social-Democracia de su época, que estaba agrupada en una sola internacional. — (N. del E.)

(16) — También el Bund se vió obligado, últimamente, a señalar el fenómeno anormal del anarquismo en la vida judía. Pero como es ya su costumbre, se esfuerza por llegar a las

consecuencias sin detenerse en las causas. El Bund sólo vé en el anarquismo, lo mismo que en el territorialismo, una desviación lamentable. Y al igual que todos los reaccionarios, también los bundistas creen que podrán liquidar esta "desviación" por medio de la propaganda y de resoluciones. (N. del A.)

(17) — No sólo que el Bund ha desaparecido en la Unión Soviética, sino que ha sido analizado su "chauvinismo" por los líderes e ideólogos de ese país. La visión de Borojov al respecto se ha cumplido en forma exacta. — (N. del E.)

(18) — Ver observación N.º 10. — (N. del T.)

(19) — Todas estas teorías de la "no proletarización", etc., mencionadas en la "Declaración", fueron demostradas, con cifras en la mano, por los poaleisionistas. Cuando los S. S. se separaron y organizaron en partido propio, conservaron, en los primeros tiempos, la primitiva teoría de la "no-proletarización". (N. del A.)

(20) — Corriente "poaleisionista" propia de la ciudad de Minsk y activa durante los años 1902-03. De ahí su designación: "poaleisionistas de la escuela de Minsk" o "veteranos poaleisionistas de Minsk". Sus ideas eran cercanas a los S. S. la solución del problema judío a través del camino de la concentración territorial fuera de Palestina. Negaban la proletarización de las masas judías en los países de la diáspora y no veían perspectivas para un desarrollo progresista. De ahí su conclusión, contraria a la de los S. S., de que era inútil librar una lucha política en la diáspora, dado que ésta no reportaría ningún beneficio a las masas judías. El obrero judío debe limitarse a su lucha económica contra la explotación y una actividad territorialista directa. Los "poaleisionistas de la escuela de Minsk" crearon más tarde el "Partido Obrero Territorialista Judío", y en el año 1906 reconocieron la conveniencia de la lucha política, uniéndose finalmente con los S. S. — (N. del T.)

(21) — Desde su aparición, el sionismo proletario se desarrolló bajo la influencia de la socialdemocracia rusa (asimiladora) por un lado, y del sionismo burgués, por el otro. Sobre el fondo de la realidad económica de la clase obrera en Rusia, la socialdemocracia rusa determinaba las tareas de su lucha económica y política, abstrayéndose por completo del problema nacional. Por su parte, el sionismo burgués desarrolló la

idea del "territorio" como solución del problema judío, desentendiéndose por completo de las diferencias sociales dentro de su pueblo. Los obreros judíos, que eran partidarios del programa socialdemócrata general y de la solución sionista del problema judío, vieron ante sí dos programas desvinculados entre sí y situados, aparentemente, en dos terrenos opuestos. En el centro del problema ideológico-teórico del sionismo proletario de aquellos años, se hallaba el interrogante de cómo unir ambos terrenos en una concepción de mundo uniforme y sintética. Este problema fué resuelto por Borojov. — (N. del T.)

(22) — El Séptimo Congreso Sionista se reunió en Basilea en el año 1905, y en el mismo resolvióse el rechazo del proyecto Uganda. Los S. S., que estuvieron representados en este Congreso por una delegación numerosa, indujeron a los "territorialistas" (partidarios de la concentración territorial judía fuera de Palestina) burgueses a romper vínculos con los "palestínenses" encabezados por Ussishkin, abandonando finalmente el Congreso. — (N. del T.)

(23) — Después de la disolución de los S. S. y el establecimiento de relaciones con la Organización Territorialista burguesa, destinada a buscar un territorio apropiado para el pueblo judío, algunos grupos "poaleisionistas" que se habían opuesto a la "búsqueda de un territorio", crearon un organismo tendiente a preparar las condiciones para la unificación de los distintos grupos en un sólo marco partidario. Pero las divergencias surgidas de inmediato, llevaron a la creación de dos partidos separados: el "Partido Obrero Socialdemocrático Judío" (Poalei Sión) y el "Partido Socialista Obrero Judío". Este último —el de "seimistas" o "vozrodenies"— sostuvo: que la actividad territorialista (búsqueda de un territorio, organización de la inmigración, colonización, etc.) no entra dentro de las fuerzas de una organización libre, de un partido, etc. La empresa territorialista requiere esfuerzos grandiosos que sólo pueden ser movilizadas por un organismo político con poder impositivo y legislativo obligatorio. Por ello, los obreros judíos deben postergar sus tareas territorialistas y luchar junto a los obreros rusos, etc., para conseguir un régimen democrático dentro del cual será posible instaurar la autonomía nacional del pueblo judío bajo la dirección del "Seim" (especie de Parlamento) judío.

Contrariamente a los "poaleisionistas", los S. S. y los bun-

distas que eran marxistas, los dirigentes "seimistas" se orientaron hacia un socialismo idealista, dirigido hacia el "pueblo trabajador" y negando el papel específico del proletariado y de su lucha de clases. (Ver capítulo VIII de "Nuestra Plataforma". — (N. del T.)

(24) — Los "obtenedores": "Liga para la obtención de la igualdad jurídica y legal de los judíos", fundada en 1905. Organización apartidaria, integrada por activistas burgueses de distintos matices políticos, especialmente de los círculos liberales judíos. — (N. del T.)

(25) — "J. T. O." — sigla de "Jewish Territorialist Organisation" (Organización Territorialista Judía), fundada por los "territorialistas" y "ugandistas" que abandonaron el Séptimo Congreso Sionista. (N. del T.).

(26) — He aquí lo que dice sobre ellos el "Informe de la Conferencia Constituyente del Partido Socialista Obrero Judío", organizado bajo la propia dirección ideológica de los "vozrodenies":

"... Faltaba la base para un programa social-político firme. Este hecho se hizo sentir en forma cada vez más aguda, y el pensamiento poaleisionista tuvo que profundizar en el estudio de las tendencias históricas (Es de lamentar que sólo "tuvo" pues no lo hizo hasta que no acudieron en su ayuda los "vozrodenies". Con la participación de éstos, los antiguos poaleisionistas encontraron la luz sin buscarla... B.) de la sociedad moderna; tuvo que analizar más profundamente los factores sociales de la realidad judía para encontrar los caminos que conduzcan al proletariado judío hacia la realización del socialismo". Y sobre los "vozrodzeines" mismos: "... Aquí debemos señalar que en esta dirección (en la que no trabajaron los antiguos poaleisionistas... B.), actuó también el conocido grupo de intelectuales socialistas "Vozrodenie". Puesto que ese grupo no pertenecía a ninguna organización política sionista ni a ninguna fracción socialista dentro del sionismo (¡Muy razonable!... B.) y no fué arrastrado (por el curso tempestuoso de la revolución rusa y por las conmociones en el ghetto judío... B.) hacia los momentos cotidianos (Léase: revolucionarios... B.) de la práctica sionista (Y socialista... B.), tuvo la posibilidad (Felices ellos!... B.) de analizar tranquila y detenidamente la realidad circunstante (Es decir, la realidad observada desde una distancia conveniente... B.), señalar con mayor relieve las tendencias históricas, e indicar con mayor

claridad los caminos que conducen al proletariado judío hacia su futuro socialista. Después del Séptimo Congreso algunos (¡sólo algunos!... B.) "vozrodenies" ingresaron a las filas de las organizaciones poaleisionistas, no obstante ser partidarios de la interpretación realista y no materialista de la historia."

Socialistas "inteligentes", estudiosos de gabinete que elaboran sus teorías lejos de la vida y de la tempestad revolucionaria, realistas y no materialistas — he aquí lo que averiguamos sobre los "vozrodzeinies" en fuentes que les son más que adictas... (N. del A.)

(27) — Mijailovsky — sociólogo ruso. Sus escritos constituyen la base teórico-filosófica del ala izquierdista de los "narodniki" rusos (Partido de los socialrevolucionarios). Contrariamente al marxismo y a su método filosófico materialista-dialéctico que toma como base del progreso social el desarrollo de las fuerzas de producción en la sociedad y la lucha de clases — considera Mijailovsky, partidario de la escuela filosófica idealista, que el progreso social está vinculado al desarrollo gradual y a la liberación completa de la "personalidad pensante" del individuo. Mijailovsky negó la misión histórica del proletariado y la lucha clasista como camino hacia la realización del socialismo. (N. del T.)

(28) — Stamler, Zimmer y Sombart — sociólogos burgueses que intentaron encontrar un "camino científico" en la economía política y en la ciencia social que negara las bases del socialismo científico: el marxismo. En sus ensayos sobre los problemas generales del capitalismo, Sombart dedicó mucho espacio también al problema judío. (N. del T.)

(29) — Este grupo, único en su género, pleno de energía vital, fué sin lugar a dudas un fenómeno interesante y luminoso en la vida judía. En toda la historia de su aparición y de su activización social, hubo algo de animoso y brillante. Los "vozrodenies" aparecieron en nuestro horizonte social en la época de las "libertades" rusas, cuando relativamente no era peligroso dedicarse a la propaganda y a la agitación, como hombres carentes de pasado político, sin fisonomía social definida, sin amigos ni enemigos, sin una reputación limpia ni manchada; como hombres que en sus gabinetes no conocieron los errores, los ascensos y los descensos que acompañan inevitablemente a toda aparición social enérgica, en una época de caos revolucionario. Ellos se aprovecharon de la desorgani-

zación reinante en nuestras filas y se infiltraron en algunos centros poaleisionistas. La mayor parte de los "inteligentes" de estas organizaciones aceptaron inmediatamente, a veces sólo después de algunos días, la nueva teoría, en tanto que las masas ambulaban en la niebla y se debatían en la confusión. Pero, en lugar de traer la luz, los "vozroddenies" introdujeron una confusión y una desorganización aún más grandes. Eso, sumado a la atmósfera de mentiras, fatuidad, intrigas, y calumnias con que los no invitados "organizadores" rodearon a su actividad, lleva a pensar involuntariamente que la teoría de los "vozroddenies" con su revolucionarismo exclusivamente NACIONAL es ajena al proletariado. Las tentativas de unirlos artificialmente, que dieron lugar a la formación del "partido" Socialista Obrero Judío, sólo han servido para debilitar a ambos elementos. La antigua y, si lo deseáis, única belleza del grupo "Vozroddenie" ha desaparecido para dejar lugar a rencillas de partido nada bellas. Y en cuanto a los obreros fué conmovida toda su concepción del mundo. La artificialidad de la fusión de la teoría de los "vozroddenies" con la ideología clasista del proletariado queda demostrada con el pantano a que llevó este "enlace". Y ello es aún más patente cuando analizamos las teorías "vozroddenies" tal como hallaron su expresión en la Antología "Vorzodzenie" que lleva el demasiado pretencioso subtítulo: "El proletariado judío y el problema nacional judío". (N. del A.)

(30) Prof. F. Oppenheimer. — Investigador de Economía Política que confiaba en la posibilidad de resolver la cuestión social por el camino del cooperativismo en todos los terrenos de la vida económica. Oppenheimer atribuyó el fracaso del ensayo cooperativista en el pasado a las deficiencias en la aplicación del sistema, proponiendo por su parte la creación de "cooperativas de colonización" basadas en la agricultura colectivista, en la manufactura y la industria. Fué autorizado por la Organización Sionista a poner en práctica su proyecto, creando para estos efectos la colonia "Merjavia". (N. del T.)

((31) — Avinovitzky. — Activista burgués, conocido por sus concepciones reaccionarias en las cuestiones de política general.

Mandelshtam. — Activista de la Sociedad Territorialista Judía. (N. del T.)

(32) — Madagascar. — Isla perteneciente a Francia en la zona del Africa suroriental.

Surinam. — Posesión holandesa sobre la costa sur-oriental de Sur América.

Patagonia. — Amplio territorio en el sur de la Argentina.

Uganda. — Provincia inglesa en el Africa central propuesta por los ingleses al Dr. Herzl para crear allí un centro territorial judío, autónomo desde un punto de vista municipal y religioso. Esta propuesta presentada al Sexto Congreso Sionista, provocó grandes discusiones y dividió a los sionistas en dos bandos contrarios. Por mayoría de votos fué resuelto el envío de una Comisión Investigadora a Uganda compuesta por los Sres. Vilbovshitz y Kaiser, pero el Informe de la misma fué negativo y después de una polémica violenta entre los partidarios y adversarios de Uganda, los primeros hicieron abandono del Congreso creando la Sociedad Territorialista Judía. (N. del T.)

(33) — Por la misma época en que hizo su aparición el Poalei Sion, empezó a ganar terreno entre los sionistas burgueses la idea de que no era suficiente con colonizar a Palestina sino que era necesario también librar una lucha por la obtención de amplios derechos nacionales en la diáspora. En la Conferencia de Helsingfors (1906) de los sionistas rusos, esta exigencia fué incluida formalmente en el programa de la Organización Sionista de Rusia. Ussishkin y Zabotinsky se pronunciaron en favor del nuevo curso y defendieron la nueva línea en el sionismo. (N. del T.)

(34) — Rudolf Springer, pseudónimo del socialdemócrata austriaco Karl Renner. — Fué uno de los primeros en exigir la inclusión en el programa de la socialdemocracia, de la autonomía nacional amplia para las minorías nacionales. Falleció recientemente, siendo jefe del Estado austriaco. (N. del T.)

(35) — Llámase Estado multinacional al Estado integrado por varias nacionalidades distintas, verbigracia: Austria-Hungría, Rusia, Turquía, Prusia, Bélgica — Estados en los que existen los problemas nacionales y la opresión nacional. (N. del A.)

(36) — La unidad e integridad de una República federativa no constituye una simple "aspiración patriótica", sino un principio íntimamente ligado al concepto de la autonomía NACIONAL. En el curso del desarrollo capitalista, las nacionalidades se mezclan en forma cada vez más intensa debido a las migraciones ininterrumpidas, por lo que la autonomía territorial-regional no puede resolver el problema nacional

dentro de los Estados multinacionales. En lugar del principio territorialista introdúcese cada vez más en el concepto de nación, el principio personal; la transformación de un Estado multinacional en una Federación de nacionalidades autónomas significa, por consiguiente, la individualidad del territorio del Estado involucrado. Este es el principio en el plan de Springer que armoniza con las necesidades del desarrollo capitalista. Naturalmente, puede darse el caso de que territorios nacionales con poblaciones homogéneas se separen del Estado multinacional; entonces ya no tendremos un nuevo miembro del Estado federativo, sino un nuevo sujeto soberano reconocido por la Ley internacional. (N. del A.)

(37) — Borojov explica acertadamente las tareas de la social-democracia revolucionaria en el país, subrayando el papel preponderante del proletariado y de su lucha de clases en la realización de la autonomía territorial-política en Palestina. (N. del T.)

(37 bis) — Esta prognosis de Borojov se cumplió en su integridad durante los años 1917-20. En este período de caos, cuando sobre las ruinas del régimen ruso hicieron su aparición Repúblicas Nacionales independientes, fué conseguida la autonomía nacional-política en Ucrania, Lituania, Letonia y Estonia. Pero fué ésta una autonomía fugaz. Sólo en las condiciones del régimen soviético, la autonomía nacional logró un desarrollo cada vez más integral y completo. (N. del T.).

(38) — Aunque según el sentido jurídico de la concepción de la "autonomía territorial", significa sólo descentralización en provincias independientes de la composición nacional de su población, prácticamente la autonomía provincial sirve a los intereses de la nacionalidad mayoritaria gobernante y obstaculiza el desarrollo de las minorías nacionales. — (N. del A.)

(39) — Aún es problemático si la representación proporcional se manifiesta bajo la forma de partidos nacionales libres o bajo la forma de curias nacionales sancionadas. — (N. del A.)

(40) — Lógicamente no incluimos en el programa la exigencia de la formación de partidos burgueses nacionales, pero los apoyamos SOLAMENTE EN LA MEDIDA en que formulan EXIGENCIAS DEMOCRATICAS coincidentes con nuestro programa, combatiendo enérgicamente su nacionalismo y chauvinismo reaccionarios y sus tendencias asimilacionistas. Generalmente exigimos junto con la representación proporcio-

nal también aquello que necesariamente se desprende de esta representación: que se otorgue personería jurídica a las organizaciones partidarias, el derecho a la representación y el derecho a la autocontribución obligatoria; es decir, no exigimos sólo autonomía nacional sino autonomía de partidos. Subrayemos también que la libertad para la educación nacional es una exigencia que puede ser satisfecha en medida más amplia que la autonomía cultural-nacional. La autonomía nacional-cultural de las comunidades, puede ser utilizada por las comunidades mucho más pequeñas y en consecuencia, por los círculos más amplios del judaísmo disperso, como pueden sacar provecho también de las instituciones autónomas nacional-políticas. Por ello, estas dos exigencias no disminuyen la autonomía político-nacional sino, contrariamente, la amplían. La igualdad de derechos para los diversos idiomas es una exigencia completamente distinta que no depende de la autonomía nacional, constituyendo en cambio su garantía. (N. del T.)

(41) — Hay que tener en cuenta que este libro ha sido escrito en 1905. — (N. del T.)

(42) — Los “vozroddenies” alegarán probablemente que no comprendemos o interpretamos mal el carácter puramente personal de las unificaciones nacionales y que las mezclamos con los grupos territoriales, pero si es verdad que una nación es simplemente una unificación de personas que es independiente del territorio y no tiene relación con el territorio, entonces la autonomía nacional-política (personal) debiera ser suficiente para la total solución de los problemas nacionales. Si en tal forma es entendido el concepto de nación, ¿por qué entonces los “vozroddenies” se suscriben siempre a la extraterritorialidad judía? ¿Y sobre qué base se atreven aún a llamarse territorialistas? ¡El territorialismo entero es para los seimistas un malentendido! — (N. del A.)

(43) — Lamentablemente, la ciencia aún no ha estudiado a fondo el problema de los “coolies” chinos. Pero, en nuestro caso, no tenemos razones para temer la competencia de los mismos, por cuanto los “coolies” inmigran PRACTICAMENTE a los puertos e islas del Océano Pacífico y del Océano Indico. Las costas del Océano Atlántico, a las cuales pertenece el Mar Mediterráneo, están libres de su presencia. De paso, queremos señalar que al tratar el problema de la inmigración europea, debemos tener presente su capacidad de

aclimatación. Los alemanes, británicos, y eslavos son de difícil aclimatación a Palestina. (N. del A.)

(44) — La opinión de Borojov de que debido al carácter internacional de Palestina, no habrá lugar en ella para un movimiento nacional de la población árabe del país, no se concretó y quedó en calidad de hipótesis. Pero ello no desmerece el valor de la argumentación general de Borojov. (N. del T.)

(45) — Es natural que en nuestra época ya no es posible una autonomía absoluta. Todas las economías están sometidas al mercado mundial. Sin embargo es posible la AUTONOMIA DE UNA ECONOMIA CON RESPECTO A LA OTRA. Tal es el sentido de nuestras palabras cuando nos referimos a la autonomía relativa de la economía judía en Palestina. (N. del A.)

(46) — Lamentablemente, disponemos de escasos datos para explicar el fundamento económico del movimiento nacional árabe en el Yemen. En todo caso, aunque los nacionalistas árabes incluyan a Palestina en su futuro Estado y aunque nuestros palestínóforos ven en el movimiento árabe una gran amenaza para el sionismo, debemos empero señalar que este movimiento no tiene ninguna relación con Palestina. El movimiento árabe nació en el Yemen, país que, gracias a las reliquias musulmanas en La Meca y Medina, constituye también una "estancia internacional", pero muy poco de lo antes señalado respecto a Suiza y Palestina es aplicable al Yemen.

En primer lugar, la gran masa de peregrinos (con excepción de un insignificante número de chinos mulsumanes, malayos, hindúes y negros) está formada por persas, turcos, árabes, berberiscos e irakeses que están en el mismo nivel cultural y tienen las mismas necesidades. En el Yemen se encuentran, como en Suiza o en Palestina, diversos tipos culturales; allí no se entremezclan diferentes formaciones culturales. La modalidad de las necesidades es propicia para desarrollar la producción en el Yemen. En segundo lugar, todos los peregrinos en el Yemen son adeptos a la misma religión y las sectas no son tan diversas. Tercero: los visitantes tienen un sólo idioma. Es evidente que las condiciones bajo las cuales nació el movimiento nacional árabe son diametralmente opuestas a aquellas bajo las cuales vive la población palestinese. Con excepción de la lengua y de la religión, no tienen los "felajes" palestinos nada en común con los otros, notándose, por lo contrario, una manifiesta enemistad entre unos y otros. Co-

munidad de idioma y de religión pueden darse entre diferentes pueblos y naciones. Tomemos por ejemplo ingleses y norteamericanos, españoles y latinoamericanos, portugueses y brasileños, daneses y noruegos, holandeses y boers, egipcios, árabes y marroquíes. Observemos de paso que el dialecto de los "felajes" palestinos se diferencia sensiblemente del dialecto en Libia, donde se ridiculiza la lengua "fellaja". — (N. del A.)

(47) — Aquí conviene subrayar que Rusia es el país más interesado en la solución del problema judío, y que ella desempeñará un papel muy importante en el Cercano Oriente. En general, no hay que olvidar que Rusia ejercerá una influencia sobre el destino del futuro judío. De esto se desentienden siempre quienes creen que la "redención" vendrá en forma de un "Charter", de Inglaterra — una Potencia mucho MENOS interesada que otras. (N. del A.)

(48) — Entre los años 1905-06 tuvo lugar en las filas de los "poaleisionistas" una polémica prolongada en torno al problema del territorio: ¿por qué precisamente Palestina y no Uganda u otro territorio? Los "palestineses prácticos" sostenían, al igual que los territorialistas, que las masas judías debían elegir para su concentración territorial al país más apropiado, esforzándose en demostrar que Palestina era precisamente el territorio "par excellence" (proximidad geográfica a los grandes centros de la diáspora, su posición estratégica como importante nudo de comunicaciones, posibilidades para una agricultura intensiva, etc.). Por su parte los "palestineses principistas" se basaron especialmente sobre el vínculo histórico existente entre el pueblo judío y Palestina. Poco después de la Conferencia de Poltava (1906), estos últimos ingresaron a las filas del partido Poalei Sión gozando de cierta autonomía. Esta autonomía fué anulada definitivamente en la Conferencia de Krakow (1907) con la redacción del programa oficial del partido "poaleisionista". (N. del T.)

(49) — Nos referimos aquí a la concentración en UN SOLO lugar, dado que hasta el presente la inmigración judía se concentró en lugares distintos, o sea, se ha producido una descentralización de la concentración inmigratoria. (N. del A.)

(50) — Israel Zangwill. — Escritor y activista judeo británico, líder de la Sociedad Territorialista Judía (J.T.O.). Nació en Londres en el año 1864. Fué un partidario entusiasta del proyecto de Uganda y el vocero principal de la corriente te-

rritorialista en el Séptimo Congreso Sionista Mundial. Con el rechazo del proyecto de Uganda, abandona junto con sus partidarios el Congreso Sionista y funda en Basilea la Sociedad Territorialista Judía. (N. del T.)

(51) — En Gran Bretaña el Rey tiene derecho a promulgar un "charter" sin consultar al Parlamento, pero este derecho sólo es válido para "charters" otorgados a sociedades BRITANICAS. En nuestro caso se trata de ceder una posesión colonial a un PUEBLO EXTRANJERO. Una actitud semejante de parte del Ministro de Colonias, sólo podrá provocar la ira del pueblo británico. (N. del A.)

(52) — Antología "Vozrodenie", pág. 79. El subrayado es del escritor. Es de lamentar que el citado escritor no se aperciba cuanta distancia hay entre esta magnífica cita y los demás conceptos de los "Vozrozentzes" (seimistas). (N. del A.)

Este libro se terminó de
imprimir el día 9 de
marzo de 1951 en la
Imprenta "Chile", calle
Charcas 433, Bs. Aires.